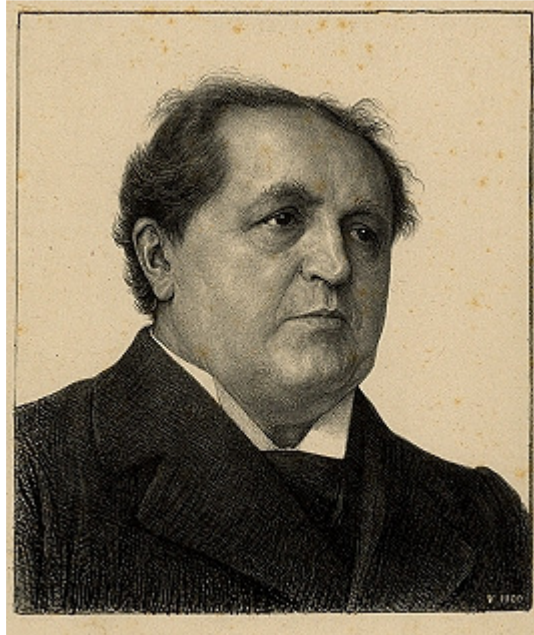


"Conferencias sobre el calvinismo"

por Abraham Kuyper



- Primera exposición** : Sobre el calvinismo como una cosmovisión
- Segunda exposición** : sobre el calvinismo y la religión
- Tercera exposición** : sobre el calvinismo y la política
- Cuarta exposición** : sobre el calvinismo y la ciencia
- Quinta exposición** : sobre el calvinismo y las artes
- Sexta exposición** : sobre el calvinismo y el futuro

Traducido según la versión inglesa publicada en la dirección internet: <http://www.kuyper.org>

Abraham Kuyper (1837-1920) fue Teólogo, Primer Ministro de Holanda, y fundador de la Universidad Libre de Amsterdam.

Prefacio del traductor

Doy gracias a Dios, en primer lugar, por haberme permitido tener acceso a esta obra tan importante y poder traducirla para el beneficio de los lectores hispanohablantes. Esta es una de las muy pocas obras que pude encontrar, que elabora los rasgos fundamentales de una cosmovisión cristiana, que abarca no solamente la iglesia y la vida personal, sino todas las áreas de la vida y de la sociedad.

El lector evangélico, aunque tal vez simpatice con el arminianismo, no debe sentir repugnancia ante el título de "Calvinismo". Este no es en primer lugar un libro calvinista, sino un libro cristiano que se esfuerza por devolver al cristianismo su significado para la sociedad en general. Aunque el autor no disimula sus convicciones calvinistas, su primera meta es desarrollar una cosmovisión cristiana, consistente con los principios revelados en las Sagradas Escrituras.

En nuestro mundo de cambios rápidos, tenemos la tendencia de olvidarnos de las raíces históricas. Y así, muchos evangélicos consideran que el calvinismo y la Reforma son obsoletos, y que las iglesias evangélicas contemporáneas son la cumbre máxima del desarrollo del cristianismo. Es cierto que los reformadores dijeron muy poco o nada acerca de ciertos asuntos importantes que las iglesias evangélicas descubrieron posteriormente: la importancia de una decisión personal, las misiones mundiales, los dones espirituales, y otros. Pero tenemos que preguntarnos si al descubrir nuevamente estas verdades, ¿no nos hemos en cambio olvidado de otras verdades igualmente importantes, que fueron enfatizadas en la Reforma?

Una de estas verdades olvidadas es la injerencia de nuestras convicciones cristianas, no solamente en nuestra vida privada, sino también en el mundo "secular". Encuentro a muy pocos cristianos que se preocupan por aplicar principios bíblicos a su trabajo diario "secular". Las iglesias evangélicas de hoy han dividido el mundo en dos esferas: una esfera "religiosa" de la iglesia, donde gobierna Dios y se aplica Su Palabra, y una esfera "secular" donde la Biblia no tiene nada que decir. El cristiano promedio, si tiene algún celo por su Señor, se esfuerza por escapar de la "esfera secular" y por entregar la mayor parte de sus esfuerzos a la "esfera religiosa". Pero de esta manera, abandona su deber en el mundo y permite que todo tipo de influencias anti-cristianas invadan la "esfera secular".

La Biblia no conoce ninguna "esfera secular" que se encuentre afuera del gobierno de Dios. Por eso, es de mucha actualidad el llamado de Kuyper a reconquistar el mundo para Cristo, en todas sus esferas. El conflicto entre cristianismo y modernismo no ha desaparecido en los cien años que pasaron desde entonces, sino se ha agudizado aun más. Y la polémica esporádica de Kuyper contra los anabaptistas no se dirige en contra del bautismo de adultos, sino exactamente en contra de esta tendencia de muchos evangélicos: de aplicar la Biblia solamente a una "esfera religiosa" limitada, pero no a su vida diaria en el "mundo secular".

Es cierto que Kuyper escribe desde una época histórica y una zona geográfica desconocidas para muchos lectores. Pero los principios fundamentales que él elabora, se aplican a todas las naciones y todos los tiempos, porque son derivados de la Palabra de Dios que es eterna.

En este sentido, es mi deseo que esta obra encuentre el interés de muchos cristianos evangélicos.

Hans Ruegg, 2003

Primera exposición:
El calvinismo como cosmovisión

Un viajero del viejo continente europeo, al desembarcar en las orillas de este Nuevo Mundo, se siente como dice el salmista, que "Sus pensamientos se amontonan sobre él como una multitud." En comparación con los remolinos de las aguas de vuestro nuevo río de vida, el río viejo en el cual se estaba moviendo parece casi congelado y opaco; y aquí, en suelo americano, se da cuenta por primera vez de tantas potencias divinas, que estaban escondidas en el seno de la humanidad desde nuestra misma creación, pero que nuestro viejo mundo estaba incapaz de desarrollar, y que ahora empiezan a revelar su esplendor interior, prometiendo un tesoro todavía más rico de sorpresas para el futuro.

Sin embargo, Uds. no me pedirán olvidar la superioridad que el Viejo Mundo todavía puede reclamar, en muchos aspectos, ante vuestros ojos, como también ante los míos. La vieja Europa lleva aun ahora un pasado histórico más largo, y por tanto está delante de nosotros como un árbol arraigado más profundamente, escondiendo entre sus hojas algunos frutos más maduros de la vida. Ustedes están todavía en su primavera; nosotros pasamos nuestro otoño; ¿y no tiene la cosecha del otoño un encanto particular?

Pero aunque, por otro lado, yo admito completamente la ventaja que tienen Uds. por el hecho de que el tren de la vida viaja con Uds. tanto más rápidamente que con nosotros, dejándonos millas y millas atrás, - siempre sentimos ambos que la vida en la vieja Europa no es algo separado de la vida de aquí; es la misma corriente de la existencia humana que fluye por ambos continentes.

Por nuestro origen común, ustedes podrían llamarnos hueso de vuestros huesos, - nosotros sentimos que ustedes son carne de nuestra carne, y aunque Uds. nos sobrepasan de la manera más desalentadora, Uds. nunca olvidarán que la cuna histórica de vuestra juventud maravillosa se encontraba en nuestra vieja Europa, y que fue mecida muy tiernamente en mi entonces poderosa patria.

Además, aparte de esta herencia común, hay otro factor que, frente a una diferencia aún más grande, continuaría uniendo vuestros intereses y los nuestros. Mucho más precioso para nosotros que el desarrollo de la vida humana, es la corona que la ennoblece, y esta noble corona de la vida para Uds. y para nosotros se encuentra en el nombre de Cristiano. Esta corona es

nuestra herencia común. No fue de Grecia o Roma de donde originó la regeneración de la vida humana, - esta metamorfosis poderosa data de Belén y del Calvario; y si la Reforma, en un sentido más específico, reclama el amor de nuestros corazones, es porque ella despejó las nubes del sacerdotismo, y reveló nuevamente a plena vista las glorias de la cruz. Pero, en oposición mortal contra este elemento cristiano, contra el mismo nombre de Cristiano, y contra su influencia saludable en cada esfera de la vida, la tormenta del modernismo se ha levantado ahora con una intensidad violenta.

En 1789 llegó el momento crítico.

El grito loco de Voltario, "¡Aplasten al infame!", apuntaba a Cristo mismo, pero este grito era solamente la expresión del pensamiento más escondido del cual se originó la Revolución Francesa. El grito fanático de otro filósofo, "Ya no necesitamos a ningún dios", y el shibboleth odioso: "Ningún dios, ningún maestro" de la Convención; - estas eran las consignas sacrílegas que en aquel tiempo heraldeaban la liberación del hombre como una emancipación de toda autoridad divina. Y si en Su sabiduría impenetrable, Dios empleó la revolución como un medio para volcar la tiranía de los burbones, y para traer un juicio sobre los príncipes que abusaron de Sus naciones como el estrado de los pies de ellos, sin embargo, el principio de aquella revolución permanece enteramente anti-cristiano, y se ha extendido desde entonces como un cáncer, disolviendo y minando todo lo que estaba firme y consistente ante nuestra fe cristiana.

No hay duda entonces de que la cristiandad está en peligros grandes y serios. Dos cosmovisiones están luchando uno con el otro, en combate mortal. El modernismo tiene que edificar un mundo propio desde los datos del hombre, y tiene que construir al mismo hombre desde los datos de la naturaleza; mientras, por el otro lado, todos aquellos que reverentemente doblan las rodillas ante Cristo y le adoran como el Hijo del Dios viviente, y ante Dios mismo, se afanan por salvar la "herencia cristiana". Esta es la lucha en Europa, esta es la lucha en América, y esta es también la lucha por los principios en los cuales mi propio país está involucrado, y por los cuales yo mismo he estado gastando toda mi energía por casi cuarenta años.

En esta lucha, la apologética no nos ha hecho avanzar ni un solo paso. Los apologistas empezaron invariablemente con abandonar el parapeto asaltado, para atrincherarse cobardemente detrás de él.

Desde el principio, por tanto, me dije a mí mismo: Si la batalla debe ser peleada con honor y con una esperanza de victoria, entonces un principio tiene que ser levantado contra un principio; entonces debemos sentir que en el modernismo nos asalta la gran energía de una cosmovisión que abarca todo; entonces tenemos que entender también que tenemos que fundamentarnos en una cosmovisión de igual poder y alcance amplio. Y esta poderosa cosmovisión no la necesitamos inventar ni formular nosotros mismos, sino tenemos que tomar y aplicarla tal como se presenta a sí misma en la historia. Tomado así, yo encontré y confesé, y sigo manteniendo, que esta manifestación del principio cristiano nos es dada en el calvinismo. En el calvinismo, mi corazón encontró descanso. Del calvinismo saqué la inspiración para asumir mi posición, firme y resueltamente, en medio de este gran conflicto de principios. Y por tanto, cuando fui invitado muy honorablemente por vuestra facultad para dar las "exposiciones Stone" de este año, no pude vacilar ni un momento en cuanto a mi elección del tema "Calvinismo", como la única defensa decisiva, legal y consistente para las naciones protestantes en contra del modernismo penetrante y abrumador.

Permítanme, por tanto, en seis exposiciones, hablarles acerca del calvinismo.

- 1. Sobre el calvinismo como una cosmovisión;**
- 2. sobre el calvinismo y la religión;**
- 3. sobre el calvinismo y la política;**
- 4. sobre el calvinismo y la ciencia;**
- 5. sobre el calvinismo y las artes;**
- 6. sobre el calvinismo y el futuro.**

¿Qué entendemos con "calvinismo"?

La claridad en la presentación demanda que en esta primera exposición, yo empiece con fijar la concepción del calvinismo históricamente. Para prevenir malentendidos, tenemos que saber primeramente qué no debemos, y qué sí debemos entender con ello. Empezando entonces con el uso corriente del término, encuentro que de ninguna manera es el mismo en diferentes países y en diferentes esferas de la vida. El nombre de calvinista se usa en nuestros tiempos como un nombre sectario. Este no es el caso en

países protestantes, pero sí en países católicos romanos, especialmente en Hungría y en Francia. En Hungría, las iglesias reformadas tienen una membresía de unos dos millones y medio, y en la prensa tanto católica como judía de aquel país, sus miembros son constantemente estigmatizados por el nombre no oficial de "calvinistas", el cual se aplica incluso a aquellos que se han despojado de toda simpatía hacia la fe de sus padres. El mismo fenómeno se presenta en Francia, especialmente en el sur, donde "calvinista" es más enfáticamente todavía un estigma sectario, el cual no se refiere a la fe o a la confesión de la persona estigmatizada, sino que se pone simplemente sobre todo miembro de las iglesias reformadas, aunque sea un ateo. Jorge Thiebaud, conocido por su propaganda antisemita, hizo revivir al mismo tiempo el espíritu anti-calvinista en Francia, y aun en el caso Dreyfus, "judíos y calvinistas" fueron acusados por él como las dos fuerzas antinacionales.

Directamente opuesto a esto es el segundo uso de la palabra calvinismo, y a este le llamo el uso confesional. En este sentido, un calvinista es representado exclusivamente como el que suscribe a voz alta la doctrina de la predestinación. Aquellos que desapruaban esta fuerte adhesión a la doctrina de la predestinación, cooperan con los polémicos romanistas, en que al llamarte "calvinista", te representan como una víctima de estrechez dogmática; y lo que es aun peor, como un peligro para la seriedad de la vida moral. Este es un estigma tan ofensivo que teólogos como Hodge, que de plena convicción eran defensores de la predestinación, y consideraron una honra el ser calvinistas, preferían hablar de agustinismo en vez de calvinismo.

El título denominacional de algunos bautistas y metodistas indica un tercer uso del nombre de calvinista. Nadie menos que Spurgeon pertenecía a una clase de bautistas en Inglaterra que se llaman "Bautistas calvinistas", y los metodistas de Whitefield en Gales llevan hasta hoy el nombre de "Metodistas calvinistas". Entonces aquí también la palabra indica una diferencia confesional, pero se aplica como un nombre para unas denominaciones especiales de la iglesia. Sin duda, Calvino mismo hubiera criticado muy severamente esta práctica. Durante su vida, ninguna iglesia reformada jamás soñó con nombrar la iglesia de Cristo según algún hombre. Los luteranos hicieron esto, pero las iglesias reformadas nunca.

Pero más allá de este uso sectario, confesional, y denominacional, del nombre de "calvinista", sirve además, en cuarto lugar, como un nombre científico, sea en un sentido histórico, filosófico, o político. Históricamente, el nombre de

calvinismo indica el canal en el cual se movía la reforma, en cuanto no era ni luterana, ni anabaptista, ni sociniana. En el sentido filosófico, entendemos con calvinismo aquel sistema de conceptos que se levantó a dominar las diferentes esferas de la vida, bajo la influencia de la mente maestra de Calvino. Y como nombre político, el calvinismo indica aquel movimiento político que garantizó la libertad de las naciones en política constitucional; primero en Holanda, después en Inglaterra, y desde el fin del último siglo en Estados Unidos. En este sentido científico, el nombre de calvinismo es especialmente corriente entre los eruditos alemanes. Y esta no es solamente la opinión de aquellos que tienen simpatías calvinistas, sino también los eruditos que han abandonado todo estándar confesional del cristianismo, sin embargo atribuyen este significado profundo al calvinismo. Esto aparece en el testimonio de tres de nuestros mejores científicos. El primero de ellos, el Dr. Robert Fruin, declara que: "El calvinismo llegó a los Países Bajos consistiendo en un sistema lógico acerca de la divinidad, un orden eclesiástico democrático particular, empujado por un sentido severamente moral, y tan entusiasta por la moral como por la reforma religiosa de la humanidad." - Otro historiador, que manifestaba aun más abiertamente sus simpatías racionalistas, escribe: "El calvinismo es la forma más elevada de desarrollo que alcanzó el principio religioso y político en el siglo XVI." Y una tercera autoridad admite que el calvinismo ha liberado a Suiza, los Países Bajos, e Inglaterra; y que en los Padres Peregrinos proveyó el impulso para la prosperidad de los Estados Unidos. De manera parecida, Bancroft, entre Uds, admitió que el calvinismo "tiene una teoría de ontología, de ética, de felicidad social, y de libertad humana, todo derivado de Dios."

Solo en este último sentido, estrictamente científico, deseo hablarles sobre el calvinismo como una tendencia general independiente, que desde un principio madre particular desarrolló una forma independiente tanto para nuestra vida como para nuestro pensamiento entre las naciones de Europa Occidental y Norteamérica.

El dominio del calvinismo es de hecho mucho más amplio de lo que nos haría suponer la interpretación confesional estrecha. La aversión contra llamar la iglesia según un hombre, dio lugar a que en Francia los protestantes fueron llamados "hugonotes", en los Países Bajos "mendigos", en Gran Bretaña "puritanos" y "presbiterianos", y en Norteamérica "padres peregrinos"; pero todos estos productos de la Reforma en vuestro continente y el nuestro, eran de origen calvinista.

Pero la extensión del dominio calvinista no debe limitarse a estas manifestaciones más puras. Nadie aplica una regla tan exclusiva al cristianismo. Dentro de sus fronteras no incluimos solamente a Europa Occidental, sino también a Rusia, los países de los Balcanes, Armenia, e incluso el imperio de Menelic en Abisinia. Por tanto es justo que incluyamos en el ámbito calvinista también a aquellas iglesias que han divergido más o menos de sus formas más puras. En sus 39 artículos, la Iglesia de Inglaterra es estrictamente calvinista, aunque en su jerarquía y liturgia ha abandonado los caminos rectos, y se encontró con los resultados serios de este desvío en el puseyismo y el ritualismo. La confesión de los Independientes era igualmente calvinista, aunque en su concepción de la Iglesia la estructura orgánica fue quebrantada por el individualismo. Y si bajo el liderazgo de Wesley la mayoría de los metodistas se opusieron a la interpretación teológica del calvinismo, sin embargo es el mismo espíritu calvinista que creó esta reacción espiritual contra la vida eclesiástica petrificante de aquellos tiempos. En cierto sentido, por tanto, podemos decir que el campo entero que fue cubierto por la Reforma, en cuanto no era luterana ni sociniana, fue dominado en principio por Calvino. Incluso los bautistas pidieron abrigo bajo las tiendas de los calvinistas. Es el carácter libre del calvinismo que permitió estos diferentes matices, y las reacciones contra sus excesos. Por su jerarquía, el romanismo es y permanece uniforme. El luteranismo debe su unidad y uniformidad similar al ascenso del príncipe, cuya relación con la iglesia es la de "summus episcopus" y su "ecclesia docens". El calvinismo, por otro lado, que no establece ninguna jerarquía eclesiástica, y ninguna interferencia magisterial, pudo desarrollarse en muchas y variadas formas, por supuesto corriendo el peligro de la degeneración, y provocando todo tipo de reacciones parciales. Con el libre desarrollo de la vida, como fue la intención del calvinismo, tuvo que aparecer la distinción entre un centro, con su plenitud y pureza de vitalidad y fuerza, y una ancha circunferencia con sus declinaciones amenazantes. Pero en este mismo conflicto entre un centro más puro y una circunferencia menos pura, el calvinismo garantizó la obra constante de su espíritu.

Habiendo entendido esto, el calvinismo está arraigado en una forma de religión particular; y desde esta conciencia religiosa específica se desarrolló primeramente una teología específica, después un orden especial de la iglesia, y después una forma dada para la vida política y social, para la interpretación del orden moral del mundo, para la relación entre naturaleza y gracia, entre el cristianismo y el mundo, entre la iglesia y el estado, y finalmente para las artes y la ciencia; y en medio de todas estas

manifestaciones de vida permaneció siempre el mismo calvinismo, en cuanto todos estos desarrollos surgieron simultáneamente y espontáneamente desde su principio más profundo de vida. En esta medida, el calvinismo está en una línea con estos otros grandes complejos de vida humana, conocidos como paganismo, islamismo y romanismo, por lo cual distinguimos cuatro mundos completamente diferentes en el único mundo de la vida humana. Y si, hablando precisamente, debiésemos coordinar el cristianismo y no el calvinismo con el paganismo y el islamismo, sin embargo es mejor poner el calvinismo en una línea con ellos, porque el calvinismo pretende incorporar la idea cristiana de manera más pura y correcta que el romanismo o el luteranismo. En el mundo griego de Rusia y los estados de los Balcanes, el elemento nacional sigue dominando, y por tanto la fe cristiana en aquellos países todavía no fue capaz de producir una forma propia de vida desde las raíces de su ortodoxia mística. En los países luteranos, la interferencia del magistrado impidió la obra libre del principio espiritual. Por tanto, solamente del romanismo se puede decir que incorporó sus pensamientos sobre la vida en un mundo de conceptos y expresiones propias. Pero al lado del romanismo, y en oposición contra él, el calvinismo apareció, no solamente para crear una forma diferente de iglesia, sino una forma completamente diferente para la vida humana, para proveer la sociedad humana con un método de existencia diferente, y para poblar el mundo del corazón humano con ideales y conceptos diferentes.

No debe sorprendernos que esto no fue percibido hasta nuestros días, pero ahora es admitido tanto por amigos como por enemigos, en consecuencia de mejores estudios de historia. Se hubiera percibido antes, si el calvinismo hubiera entrado en la vida como un sistema bien construido, y se hubiera presentado como un resultado de estudios. Pero se originó de una manera muy diferente. En el orden de la existencia, la vida es lo primero. Y para el calvinismo, la vida misma era siempre el primer objeto de sus esfuerzos. Hubo demasiado por hacer y por sufrir, para dedicar mucho tiempo al estudio. Lo que dominó era la práctica calvinista en el campo de batalla. Además, las naciones entre las cuales el calvinismo ganó la batalla - como los suizos, los holandeses, los ingleses y los escoceses - no tenían una disposición muy filosófica. Especialmente en aquel tiempo, la vida era espontánea y no calculada; y solo más tarde se convirtió el calvinismo en el objeto de estos estudios especiales donde los historiadores y teólogos trazaron la relación entre los fenómenos calvinistas y la unidad de su principio que abarca todo. Se puede decir incluso que la necesidad de un estudio teórico y sistemático de un fenómeno tan extenso de la vida, surge solamente cuando su primera vitalidad se agotó y cuando se ve

obligado a trazar sus límites de manera más exacta para poder mantenerse en el futuro. Y si a esto añadimos el hecho de que el énfasis en reflejar nuestra existencia como unidad en el espejo de nuestra conciencia, es mucho más fuerte en nuestra época filosófica que nunca antes, entonces vemos que tanto las necesidades del presente como la preocupación por el futuro nos obligan a un estudio más profundo del calvinismo.

En la iglesia católica romana, todos saben para qué viven, porque disfrutan conscientemente de la unidad de la cosmovisión romana. También en el islam encontramos el mismo poder de una convicción de la vida, dominada por un solo principio. Solo el protestantismo camina por el desierto sin meta ni dirección, moviéndose por acá y allá sin progresar nada. Esto explica por qué en las naciones protestantes, el panteísmo nacido de la nueva filosofía alemana y en la forma de evolución según Darwin, reclama más y más la supremacía en cada esfera de la vida humana, incluso en la teología, e intenta bajo toda clase de nombres volcar nuestras tradiciones cristianas, y se afana incluso por cambiar la herencia de nuestros padres por un budismo moderno sin esperanza. Las ideas dominantes que surgieron durante la Revolución Francesa al fin del siglo pasado, y en la filosofía alemana durante el siglo presente, forman juntas una cosmovisión que es directamente opuesta al sistema de nuestros padres. Sus luchas eran por la gloria de Dios y un cristianismo purificado; el movimiento presente libra su guerra por la gloria del hombre, inspirado no por el espíritu humilde del Calvario, sino por el orgullo de la adoración de héroes. ¿Y por qué estamos nosotros, los cristianos, tan débiles frente a este modernismo? ¿Por qué hemos constantemente perdido terreno? Simplemente porque nos falta una igual unidad en el concepto de la vida, la cual solamente podría capacitarnos con una energía irresistible para repeler al enemigo en la frontera. Esta unidad en el concepto de la vida, sin embargo, no la encontraremos en un concepto difuso de protestantismo que se tuerce, como lo hace, en todo tipo de tortuosidades; sino la encontraremos en este proceso histórico poderoso que en la forma del calvinismo cavó un canal propio para el río poderoso de su vida. Solo por medio de esta unidad de concepción, como existe en el calvinismo, Uds. en América y nosotros en Europa podríamos ser capacitados una vez más para asumir nuestra posición, aparte del romanismo, en la oposición contra el panteísmo moderno. Sin esta unidad en cuanto al punto de partida y la cosmovisión, perderemos nuestro poder de mantener nuestra posición independiente, y nuestra fuerza para resistir disminuirá.

El calvinismo y la relación con Dios

Los intereses supremos están en juego aquí; por tanto, no podemos aceptar sin una prueba más positiva, el hecho de que el calvinismo realmente nos provee con una tal unidad de la cosmovisión; y pedimos pruebas de que el calvinismo no es un fenómeno parcial, ni era un fenómeno tan solo temporal, sino que es un sistema tan extenso de principios, que con sus raíces en el pasado, es capaz de fortalecernos en el presente y llenarnos con confianza para el futuro. Por tanto tenemos que preguntar primero cuáles son las condiciones requeridas para una cosmovisión tan general, como el paganismo, el islamismo, el romanismo y el modernismo; y después demostrar que el calvinismo realmente cumple estas condiciones.

Estas condiciones demandan en primer lugar, que desde un principio especial se obtenga un conocimiento particular en cuanto a las tres relaciones fundamentales de la vida humana, o sea, (1) nuestra relación con Dios, (2) nuestra relación con el hombre, y (3) nuestra relación con el mundo.

Entonces, la primera condición demanda que un tal sistema de la vida encuentre su punto de partida en una interpretación especial de nuestra relación con Dios. Esto no es por casualidad, sino imperativo. Si una tal acción debe poner su sello sobre nuestra vida entera, entonces tiene que partir desde aquel punto en nuestra conciencia donde nuestra vida todavía no es dividida, sino consiste en una unidad, - no en las ramas que se extienden, sino en la raíz de la cual brotan las ramas. Este punto, por supuesto, se encuentra en la antítesis entre todo lo que es finito en nuestra vida humana, y lo infinito que se encuentra más allá de ella. Solamente allí encontramos la fuente común, de la cual surgen y se separan los diferentes ríos de nuestra vida humana. Personalmente es nuestra experiencia repetida que en las profundidades de nuestro corazón, donde nos mostramos abiertamente ante el Eterno, todos los rayos de nuestra vida convergen como en un solo foco; y solamente allí adquieren nuevamente esta armonía que perdemos con tanta frecuencia y tan dolorosamente en el afán de los deberes diarios. En la oración está no solamente nuestra unión con Dios, sino también la unidad de nuestra vida personal. Por tanto, aquellos movimientos históricos que no surgen de esta fuente más profunda, son siempre parciales y pasajeros; y solamente aquellos hechos históricos que surgieron de estas profundidades de la existencia personal del hombre, abarcan lo entero de la vida y tienen la permanencia requerida.

Esto era el caso en el paganismo, cuya forma más general se conoce por el hecho de que asume y adora a Dios en la criatura. Esto se aplica al animismo más primitivo, como también al budismo más desarrollado. El paganismo no se eleva hasta el concepto de un Dios que existe de manera independiente más allá y por encima de la criatura. Pero incluso en esta forma imperfecta, su punto de partida es una interpretación definida de la relación entre lo infinito y lo finito; y de allí obtiene su poder para producir una forma acabada para la sociedad humana. Simplemente porque posee este punto de partida significativa, fue capaz de producir una forma propia para la vida humana entera.

Lo mismo se aplica al islamismo, el cual se caracteriza por su ideal puramente anti-pagano, cortando todo contacto entre la criatura y Dios. Mahoma y el Corán son los nombres históricos, pero en su naturaleza la Media Luna es la única antítesis absoluta contra el paganismo. El islam aísla a Dios de la criatura, para evitar toda mezcla entre Dios y la criatura. Como un antípoda, el islam posee una tendencia igualmente extensa, y fue también capaz de originar un mundo de vida humana completamente peculiar.

Lo mismo es el caso en el romanismo. Allí también, la tiara papal, la jerarquía, la misa, etc, son nada más que el resultado de un solo pensamiento fundamental: que Dios entra en una relación con la criatura por medio de un enlace místico, el cual es la Iglesia - no en el sentido de un organismo místico, sino como una institución visible, palpable, y tangible. Allí la Iglesia se encuentra entre Dios y el mundo, y hasta donde fue capaz de adoptar el mundo e inspirarlo, el romanismo también creó una forma propia para la sociedad humana.

Y ahora, al lado de y en oposición contra estos tres, el calvinismo asume su posición con un pensamiento fundamental que es igualmente profundo. No busca a Dios en la criatura, como el paganismo; ni aísla a Dios de la criatura, como el islamismo; ni interpone una comunión mediata entre Dios y la criatura, como lo hace el romanismo; sino proclama el pensamiento exaltado que Dios, aunque se encuentra en su majestad muy por encima de la criatura, entra en una relación inmediata con la criatura, bajo la forma de Dios el Espíritu Santo. Este es incluso el corazón y núcleo de la confesión calvinista de la predestinación. Hay comunión con Dios, pero solamente en entero acuerdo con su decreto de paz desde toda la eternidad. Entonces no hay ninguna gracia aparte de aquella que nos llega inmediatamente desde Dios. En cada momento de nuestra existencia, nuestra vida espiritual entera descansa en Dios mismo. El "Deo Soli Gloria" no era el

punto de partida, sino el resultado; y la predestinación fue mantenida inexorablemente, no para separar al hombre del hombre, ni en el interés de un orgullo personal, sino para garantizarnos desde la eternidad hasta la eternidad una comunión directa e inmediata con el Dios Viviente. Por tanto, la oposición contra Roma se dirigió con el calvinista primeramente contra una iglesia que se interpuso a sí misma entre el alma y Dios. La iglesia no consistía en un oficio, ni en una institución independiente: los creyentes mismos eran la iglesia, en cuanto por fe estaban en comunión con el Todopoderoso.

Entonces, como en el paganismo, el islamismo y el romanismo, encontramos también en el calvinismo esta interpretación propia, definida, de la relación fundamental entre el hombre y Dios, que se requiere como primera condición para una verdadera cosmovisión.

Por mientras voy a anticipar dos objeciones. En primer lugar, uno podría preguntar si no estoy reclamando honores por el calvinismo que pertenecen al protestantismo en general. Mi respuesta es negativa. Cuando reclamo para el calvinismo el honor de haber restablecido la comunión directa con Dios, no estoy subestimando el significado general del protestantismo. En el dominio protestante, en el sentido histórico, solo el luteranismo está al lado del calvinismo. No quiero quedarme detrás de nadie en mis alabanzas de la iniciativa heroica de Lutero. Fue en su corazón, más que en el corazón de Calvino, donde se peleó el conflicto amargo que llevó a la brecha histórica. Lutero puede ser interpretado sin Calvino, pero no Calvino sin Lutero. En gran medida, Calvino entró en la cosecha de lo que el héroe de Wittenberg había sembrado. Pero cuando se hace la pregunta: ¿Quién tuvo el entendimiento más claro del principio reformador, lo elaboró más completamente y lo aplicó de la manera más extensa? - entonces la historia señala al pensador de Ginebra y no al héroe de Wittenberg. Tanto Lutero como Calvino lucharon por una comunión directa con Dios; pero Lutero lo tomó del lado subjetivo, antropológico, y no del lado objetivo, cosmológico, como lo hizo Calvino. El punto de partida de Lutero fue el principio especial-soteriológico de la fe que justifica; mientras el principio mucho más extenso de Calvino estuvo en el principio general cosmológico de la soberanía de Dios. Como resultado natural de ello, Lutero también siguió considerando a la iglesia como el "maestro" representativo y autoritativo que se interponía entre Dios y el creyente; mientras Calvino era el primero que buscaba la iglesia en los creyentes mismos. Hasta donde podía, Lutero seguía apoyándose en el punto de vista romano acerca de

los sacramentos, y en el culto romano; mientras Calvino era el primero en dibujar la línea que se extiende inmediatamente de Dios al hombre, y del hombre a Dios. Además, en todos los países luteranos, la Reforma se originó desde los príncipes y no desde el pueblo, y por tanto pasó debajo del poder del magistrado, el cual asumió su posición oficial en la iglesia como su sumo obispo, y por tanto fue incapaz de cambiar la vida social o política de acuerdo con su principio. El luteranismo se restringió a sí mismo a un carácter exclusivamente eclesiástico y teológico, mientras el calvinismo puso su sello dentro y fuera de la iglesia sobre todo departamento de la vida humana. Por tanto, en ninguna parte se habla del luteranismo como el creador de una forma peculiar de vida; aún el nombre de "luteranismo" se menciona casi nunca; mientras los estudiantes de historia reconocen con una unanimidad creciente al calvinismo como el creador de un mundo enteramente propio de vida humana.

La segunda objeción es esta: Si es cierto que cada forma general del desarrollo de la vida tiene que tener su punto de partida en una interpretación particular de nuestra relación con Dios - ¿entonces cómo explicamos que el modernismo también llevó a un tal concepto general, aunque se originó en la Revolución Francesa, la cual por principio rompió con toda religión? - La pregunta se responde a sí misma. Si excluimos de nuestros conceptos todo reconocimiento del Dios Viviente, como lo implica el grito "Ningún dios ni maestro", ciertamente llevamos al frente una interpretación propia y claramente definida de nuestra relación con Dios. Un gobierno que retira a su embajador y rompe toda comunión regular con algún otro país, declara con ello que su relación con el gobierno de este país es tensa, lo que generalmente desemboca en una guerra. Este es el caso aquí. Los líderes de la Revolución Francesa, al no conocer ninguna relación con Dios excepto aquella que existía por la mediación de la iglesia romana, aniquilaron toda relación con Dios porque quisieron aniquilar el poder de la iglesia; y como resultado declararon la guerra a toda confesión religiosa. Pero esto, por supuesto, implica una interpretación fundamental y especial de nuestra relación con Dios. Esta era la declaración que desde ahora Dios era considerado como un poder hostil, o incluso como muerto, aunque todavía no para el corazón, pero por lo menos para el Estado, para la sociedad y para la ciencia. De cierto, al pasar de Francia a Alemania, el modernismo no se pudo contentar con una mera negación; el resultado demuestra como desde aquel momento se vistió o de panteísmo o de agnosticismo; pero bajo cualquiera de estos disfraces mantuvo la expulsión de Dios de la vida práctica y teórica, y su enemistad contra el Dios Trino siguió su curso.

Por tanto yo mantengo que es la interpretación de nuestra relación con Dios lo que domina cada cosmovisión general, y que para nosotros este concepto es dado en el calvinismo, gracias a su interpretación fundamental de una comunión inmediata de Dios con el hombre y del hombre con Dios. A esto yo añado que el calvinismo nunca inventó ni concibió esta interpretación fundamental, sino que Dios mismo la implantó en los corazones de sus héroes y sus heraldos. No nos enfrentamos aquí con el producto de un intelectualismo astuto, sino con el fruto de una obra de Dios en el corazón; o, si Ud. desea, con una inspiración de la historia. ¡Este punto tiene que ser enfatizado! El calvinismo nunca quemó su incienso sobre el altar de algún genio, no erigió ningún monumento a sus héroes, apenas los llama con nombre. Solo una piedra en un muro en Ginebra permanece como recuerdo de Calvino. Su misma tumba es olvidada. ¿Fue esto ingratitud? De ninguna manera. Pero si Calvino fue apreciado, aun en los siglos XVI y XVII la impresión estaba viva de que era uno más grande que Calvino, Dios mismo, quien había hecho allí Su obra. Por tanto, ningún movimiento general en la vida es tan libre de una concertación deliberada; ninguno tan inconventional en su manera de extensión. Simultáneamente, el calvinismo se levantó en todos los países de Europa Occidental. Y no apareció en estas naciones porque la Universidad estaba en su vanguardia, ni porque unos eruditos guiaban al pueblo, ni porque un magistrado se puso a su cabeza; sino se levantó desde los corazones del pueblo mismo, con tejedores y campesinos, con comerciantes y siervos, con mujeres y jóvenes; y en cada instante exhibió la misma característica: una fuerte seguridad de la Salvación eterna, no solo sin la intervención de la iglesia, sino incluso en oposición contra la iglesia. El corazón humano había llegado a la paz eterna con su Dios: fortalecido por esta compañía divina, descubrió su llamado santo y sublime a consagrar cada departamento de la vida y toda energía a disposición de la gloria de Dios; y entonces, cuando estos hombres y mujeres que se habían convertido en participantes de esta vida divina, fueron obligados a abandonar su fe, resultó imposible que pudieran habido negado a su Señor; y miles y miles fueron quemados en la hoguera, no quejándose, sino exaltando a Dios, con gratitud en sus corazones y salmos en sus labios. Calvino no era el autor de esto, sino Dios quien por medio de Su Santo Espíritu había obrado en Calvino lo que había obrado en ellos. Calvino no estaba por encima de ellos, sino como un hermano a su lado, compartiendo con ellos la bendición de Dios. De esta manera, el calvinismo llegó a su interpretación fundamental de una comunión inmediata con Dios, no porque Calvino lo hubiera inventado, sino porque en esta comunión inmediata Dios mismo concedió a nuestros padres un

privilegio; y Calvino era solamente el primero que claramente se dio cuenta de ello. Esta es la gran obra del Espíritu Santo en la historia, por la cual el calvinismo fue consagrado, y que nos interpreta su energía maravillosa.

Hay tiempos en la historia cuando el pulso de la vida religiosa es débil; pero en otros tiempos su latido es resonante, y esto fue el caso en el siglo XVI en las naciones de Europa Occidental. El asunto de la fe dominaba cada actividad en la vida pública. La historia de aquellos tiempos nuevos parte de esta fe, igual como la historia de nuestros tiempos parte de la incredulidad de la Revolución Francesa. No podemos decir a qué ley obedece este movimiento de la vida religiosa, pero es evidente que hay una tal ley, y que en los tiempos de alta tensión religiosa la obra del Espíritu Santo en los corazones es irresistible; y esta gran obra interior de Dios fue la experiencia de nuestros calvinistas, puritanos y padres peregrinos. No sucedió en todos los individuos en el mismo grado, porque nunca es así en ningún gran movimiento; pero aquellos que formaron el centro de la vida en aquellos tiempos, que eran los promotores de este cambio poderoso, ellos experimentaron este poder superior al máximo; y ellos eran hombres y mujeres de cada clase de la sociedad y de cada nacionalidad, que por Dios mismo fueron admitidos en la comunión con la majestad de Su ser eterno. Gracias a esta obra de Dios en el corazón, la persuasión de que el todo de la vida de un hombre tiene que ser vivido como en la presencia de Dios, fue la idea fundamental del calvinismo. Por esta idea decisiva, o mejor dicho por este hecho poderoso, el calvinismo se dejó controlar en cada departamento de su dominio entero. Es de este pensamiento que surgió la cosmovisión del calvinismo que abarca todo.

El calvinismo y la relación del hombre con el hombre

Esto nos lleva a la segunda condición, con la cual cada movimiento profundo tiene que cumplir para que se cree una cosmovisión: una interpretación fundamental propia tocante a la relación del hombre con el hombre. Como estamos frente a Dios es la primera, y como estamos frente al hombre es la segunda pregunta principal que decide sobre la tendencia y la construcción de nuestra vida. No hay ninguna uniformidad entre los hombres, sino una multiformidad infinita. En la creación misma se estableció la diferencia entre mujer y hombre. Los dones y talentos físicos y espirituales hacen que cada persona sea diferente de otra. Las generaciones pasadas y nuestra propia vida personal crean distinciones. La posición social del rico y del

pobre difieren mucho. Ahora, estas diferencias son debilitadas o acentuadas de una manera especial por cada cosmovisión consistente, y el paganismo y el islamismo, el romanismo y el modernismo, y también el calvinismo, todos han asumido su posición en este asunto de acuerdo con su principio primordial.

Si, como declara el paganismo, Dios mora en la criatura, entonces se exhibe una superioridad divina en todo lo que es alto entre los hombres. De allí vienen sus semidioses, la adoración a los héroes, y finalmente sus sacrificios sobre el altar del Divus Augustus. Por el otro lado, todo lo que es inferior es considerado como sin Dios, lo que hizo surgir los sistemas de castas en India y Egipto, y la esclavitud en cualquier otro lugar, poniendo al hombre en una sujeción bajo su prójimo.

En el islamismo, que sueña de su paraíso de houries, la sensualidad usurpa una autoridad pública, y la mujer es la esclava del hombre, igual como el kafir (incrédulo) es el esclavo del musulmán.

El romanismo, teniendo sus raíces en suelo cristiano, supera el carácter absoluto de la distinción y la vuelve relativa, para interpretar cada relación del hombre al hombre jerárquicamente. Hay una jerarquía entre los ángeles de Dios, una jerarquía en la iglesia de Dios, y así también una jerarquía entre los hombres; lo que lleva a una interpretación enteramente aristócrata de la vida como incorporación del ideal.

Finalmente el modernismo, que niega y aniquila cada diferencia, no puede descansar hasta que haya convertido a la mujer en hombre y al hombre en mujer, y poniendo toda distinción en un nivel común, mata la vida al ponerla bajo la proscripción de la uniformidad. Un solo tipo tiene que responder por todos, un solo uniforme, una sola posición, y uno y el mismo desarrollo de la vida; y todo lo que vaya más allá y por encima de ello, es considerado como un insulto de la conciencia común.

De la misma manera, el calvinismo derivó de su relación fundamental con Dios una interpretación propia de la relación del hombre con el hombre, y esta es la única relación verdadera que desde el siglo XVI ha ennoblecido la vida social. Si el calvinismo pone nuestra entera vida humana inmediatamente ante Dios, entonces sigue que todos, hombres o mujeres, ricos o pobres, débiles o fuertes, aburridos o talentosos, como criaturas de Dios y como pecadores perdidos, no tienen ningún derecho de enseñorearse unos de los otros, y estamos como iguales ante Dios, y en consecuencia iguales de hombre a hombre. Por tanto no

podemos reconocer ninguna distinción entre los hombres, aparte de aquellas que han sido impuestas por Dios mismo, en cuanto Él dio a uno autoridad sobre el otro, o enriqueció a uno con más talentos que al otro, para que el hombre con más talentos sirva al que tiene menos, y en él le sirva a su Dios. Por tanto, el calvinismo condena no solamente toda esclavitud abierta y sistemas de casta, sino también toda esclavitud encubierta de la mujer y del pobre; es opuesto a toda jerarquía entre los hombres; no tolera a ninguna aristocracia excepto aquella que sea capaz, sea en persona o en familia, por la gracia de Dios, de exhibir una superioridad de carácter o talento, y de demostrar que no reclama esta superioridad para engrandecerse a sí mismo ni por orgullo ambicioso, sino para invertirla en el servicio de Dios. Así tuvo que encontrar el calvinismo su expresión en la interpretación democrática de la vida; en proclamar la libertad de las naciones; y en no descansar hasta que tanto política como socialmente cada persona, simplemente por el hecho de ser humano, sea reconocida, respetada y tratada como una criatura creada según la semejanza de Dios.

Esto no era un producto de la envidia. No era el hombre de clase baja que redujo a su superior a su propio nivel para usurpar la posición más alta, sino que eran todos los hombres arrodillados juntamente a los pies del Santo de Israel. Por eso, el calvinismo no rompió repentinamente con el pasado. Igual como el cristianismo en su etapa temprana no abolió la esclavitud, pero la minó por un juicio moral, así también el calvinismo permitió la continuidad provisional de las condiciones de jerarquía y aristocracia como tradiciones pertenecientes a la Edad Media. Guillermo de Orange no fue acusado por ser un príncipe de linaje real; él fue honrado más por ello. Pero por dentro, el calvinismo modificó la estructura de la sociedad, no por la envidia entre las clases, ni por una estima indebida por las posesiones de los ricos, sino por una interpretación más seria de la vida. Por medio de un mejor trabajo y un desarrollo más elevado del carácter, la clase media y trabajadora provocaron la nobleza y los ciudadanos más pudientes a celos. Primero mirar a Dios, y después al prójimo, este era el impulso, la mente y la costumbre espiritual que introdujo el calvinismo. Y desde este santo temor a Dios y esta posición unida ante el rostro de Dios, una idea democrática más santa se desarrolló, y continuamente ganó terreno.

Este resultado se consiguió por nada tanto como por la compañía en el sufrimiento. Cuando, aunque leales a la fe romana, los duques de Egmont y de Hoorn subieron al mismo patíbulo donde el trabajador y el tejedor habían sido ejecutados por causa de una

fe más noble, la reconciliación entre las clases recibió su confirmación en esta muerte amarga. Por sus persecuciones sangrientas, Alva el aristócrata hizo avanzar el desarrollo del espíritu de la democracia. El haber puesto al hombre en un nivel de igualdad con el hombre, en lo que se refiere a los intereses puramente humanos, esta es la gloria inmortal que pertenece al calvinismo. La diferencia entre ello y el sueño salvaje de igualdad en la Revolución Francesa consiste en que en París se hizo una acción concertada contra Dios, mientras aquí todos, ricos y pobres, estaban en sus rodillas ante Dios, consumidos por un celo común por la gloria de Su nombre.

El calvinismo y la relación con el mundo

La tercera relación fundamental que decide sobre la interpretación de la vida es la relación que tenemos con el mundo. Como declaramos previamente, hay tres elementos principales con los cuales estamos en relación: Dios, el hombre, y el mundo. Habiendo revisado la relación con Dios y con el hombre en la cual nos ubica el calvinismo, nos toca ahora la tercera y última relación fundamental: nuestra actitud hacia el mundo.

Del paganismo se puede decir que tiene una estima demasiado alta del mundo, y entonces tanto está atemorizado por él, como se pierde en él. Por el otro lado, el islamismo tiene una estima demasiado baja del mundo, se burla de él, y triunfa sobre él al estirarse hacia el mundo visionario de un paraíso sensual. Para nuestro propósito no necesitamos decir nada más de ninguno de ellos, porque para la Europa cristiana y para América, la antítesis entre el hombre y el mundo asumió la forma más estrecha de una antítesis entre el mundo y los círculos cristianos. Las tradiciones de la Edad Media dieron origen a esto. Bajo la jerarquía de Roma, la iglesia y el mundo fueron puestos una encima del otro, la primera como siendo santificada y el segundo como estando todavía bajo la maldición. Todo lo que estaba fuera de la iglesia estaba bajo la influencia de los demonios, y el exorcismo expulsó este poder demoniaco de todo lo que vino bajo la protección, influencia e inspiración de la iglesia. Por tanto, en un país cristiano, toda la vida social tenía que ser cubierta por las alas de la iglesia. Los magistrados tenían que ser ungidos y comprometidos confesionalmente; las artes y las ciencias tenían que ser puestas bajo el auspicio y la censura eclesiástica; el comercio tenía que ser atado a la iglesia por los lazos de corporaciones; y desde la cuna hasta la tumba, la

vida familiar tenía que estar bajo la guardia eclesiástica. Este era un esfuerzo gigantesco de reclamar el mundo entero para Cristo, pero que trajo necesariamente consigo el juicio más severo sobre cada tendencia de la vida que se retrajo, sea como herético o como demoniaco, de la bendición de la iglesia. Entonces se alistó la hoguera para la bruja y para el herético igualmente, porque por principio ambos estaban bajo la misma proscripción. Y esta teoría fatal se practicó con una lógica férrea, no por crueldad, ni por alguna ambición baja, sino por el propósito exaltado de salvar al mundo cristianizado, o sea, el mundo bajo la sombra de la iglesia. El antídoto consistía en escaparse del mundo, en las órdenes monásticas y clericales, que enfatizaban la santidad en el centro de la iglesia, para pasar por alto con más ligereza los excesos mundanos afuera. Como resultado natural, el mundo corrompió la iglesia, y por su dominio sobre el mundo, la iglesia se convirtió en un obstáculo contra todo desarrollo libre de la vida.

Al aparecer en un estado social dualista, el calvinismo obró un cambio completo en los pensamientos y conceptos. Al ubicarse ante el rostro de Dios, no solamente honró al hombre por ser semejanza de Dios, sino también al mundo por ser creación divina, y puso adelante el gran principio de que hay una gracia particular que obra la Salvación, y una gracia común por la cual Dios mantiene la vida del mundo, relaja la maldición que está sobre él, detiene su proceso de corrupción, y así permite el desarrollo de nuestra vida para glorificarle a Él como Creador. Entonces la iglesia se retiró para no ser nada más ni menos que la congregación de los creyentes, y en cada departamento de la vida, el mundo no fue emancipado de Dios, pero del dominio de la iglesia. Entonces la vida doméstica ganó nuevamente su independencia; el comercio realizó su fuerza en libertad; las artes y ciencias fueron liberadas de toda atadura eclesiástica y restauradas a sus propias inspiraciones; y el hombre empezó a entender como un deber sagrado la sujeción de la naturaleza con sus fuerzas y tesoros escondidos, un deber impuesto por las ordenanzas originales del paraíso: "Señoread en ellos." A partir de ahora, la maldición ya no debía permanecer sobre el mundo en sí, sino sobre lo que es pecaminoso en él; y en vez de la huida monástica del mundo, se enfatiza ahora el deber de servir a Dios en el mundo, en cada posición en la vida. Alabar a Dios en la iglesia y servirle en el mundo fue el impulso inspirador, y en la iglesia uno adquiere la fuerza para resistir la tentación y el pecado en el mundo. Así, la sobriedad puritana iba de la mano con la reconquista de la vida entera en el mundo, y el calvinismo dio el impulso para este nuevo desarrollo que se atrevió a enfrentar el

mundo con el pensamiento romano: ni humanus a me alien um puto, pero sin permitirse a ser intoxicado por su copa venenosa.

Especialmente en su antítesis contra el anabaptismo, el calvinismo se exhibe en alto relieve. Es que el anabaptismo adoptó el método opuesto, y en sus esfuerzos de evadir el mundo, confirmó el punto de partida monástico y lo generalizó y lo convirtió en una regla para todos los creyentes. No era desde el calvinismo, sino desde este principio anabaptista, que el acosmismo surgió entre tantos protestantes en Europa Occidental. De hecho, el anabaptismo adoptó la teoría romana, solo con esta diferencia: que ubicó el Reino de Dios en el local de la iglesia, y abandonó la distinción entre los dos estándares morales, uno para el clero y otro para los laicos. Del resto, el punto de vista anabaptista era: (1) que el mundo no bautizado estaba bajo la maldición, por lo que se retrajo de todas las instituciones civiles; y (2) que el círculo de los creyentes bautizados - para Roma, la iglesia; pero para ellos, el Reino de Dios - estaba obligado a tomar toda la vida civil bajo su guardia y a remodelarla; y así Juan de Leyden estableció violentamente su poder sin vergüenza en Munster como el rey de la Nueva Sión, y sus devotos corrieron desnudos por las calles de Amsterdam. Entonces, con las mismas razones con las cuales el calvinismo rechazó la teoría de Roma en cuanto al mundo, rechazó la teoría de los anabaptistas, y proclamó que la iglesia tiene que retirarse nuevamente en su dominio espiritual, y que en el mundo debemos realizar las potencias de la gracia común de Dios.

Así queda demostrado que el calvinismo tiene un propio punto de partida claramente definido para las tres relaciones fundamentales de la existencia humana: nuestra relación con Dios, con el hombre y con el mundo. Para nuestra relación con Dios: una comunión inmediata del hombre con el Eterno, independientemente de sacerdote o iglesia. Para la relación del hombre con el hombre: el reconocimiento del valor humano en cada persona, por ser creado según la semejanza de Dios, y por tanto, de la igualdad de todos los hombres ante Dios. Y para nuestra relación con el mundo: el reconocimiento de que en el mundo entero la maldición es restringida por gracia, que la vida del mundo tiene que ser honrada en su independencia, y que en cada área tenemos que descubrir los tesoros y desarrollar las potencias que Dios escondió en la naturaleza y en la vida humana. Esto justifica plenamente nuestra declaración de que el calvinismo responde debidamente a las tres condiciones nombradas arriba, y por tanto es incontestablemente autorizado a asumir su posición al lado del paganismo, islamismo, romanismo y modernismo, y a reclamar para

sí mismo la gloria de poseer un principio bien definido y una cosmovisión que abarca todo.

El significado mundial del calvinismo

Pero esto todavía no es todo. El hecho de que en un círculo dado, el calvinismo formó una interpretación propia de la vida, de la cual tanto en el dominio espiritual como secular se levantó un sistema especial para la vida doméstica y social, justifica su derecho de asegurarse como una formación independiente. Pero esto todavía no le atribuye el honor de haber guiado a la humanidad a un nivel más elevado de desarrollo; y por tanto, esta cosmovisión, hasta donde la hemos considerado, todavía no alcanzó esta posición que únicamente podría darle el derecho de reclamar la energía y devoción de nuestros corazones. En China se puede asegurar con el mismo derecho que el confucianismo produjo una forma propia para la vida en un círculo dado, y que en la raza mongola esta forma de vida descansa sobre una teoría propia. ¿Pero qué hizo China para la humanidad en general, y para el desarrollo continuo de nuestra raza? - Hasta donde las aguas de su vida estaban claras, no formaron nada sino una laguna aislada. Casi el mismo comentario se aplica al alto desarrollo que era una vez el orgullo de India, y al estado de México y de Perú en los tiempos de Montezuma y de los Incas. En todas estas regiones, la gente alcanzó un alto grado de desarrollo, pero se quedó allí, y al permanecer aislados, de ninguna manera demostraron ser un beneficio para la humanidad en general. Esto se aplica más todavía a la vida de las razas coloradas en la costa y el interior de África, una forma de existencia mucho inferior, que ni siquiera nos hace recordar una laguna, sino más bien pozos y pantanos.

Hay un solo río mundial, ancho y fresco, que desde el inicio llevó la promesa del futuro. Este río se levantó en Asia Central y el Medio Oriente, y continuó constantemente su curso de este a oeste. De Europa Occidental pasó a vuestros estados orientales, y de allí a California. Las fuentes de este río de desarrollo se encuentran en Babilonia y en el valle del Nilo. De allí fluyó a Grecia. De Grecia pasó al Imperio Romano. De las naciones romanas continuó su camino hacia el noroeste de Europa, y de Holanda e Inglaterra alcanzó al fin vuestro continente. Al presente, este río está estancado. Su curso hacia al oeste a Japón y China es impedido; mientras nadie puede decir qué fuerzas para el futuro podrían todavía estar dormidas en las razas eslavas que hasta ahora fallaron en progresar. Pero mientras este secreto del futuro sigue siendo un misterio, nadie puede negar el curso de

este río mundial de este a oeste. Y por tanto estoy justificado al decir que el paganismo, el islamismo y el romanismo son las tres formaciones sucesivas que alcanzó este desarrollo, cuando su dirección posterior pasó a las manos del calvinismo; y que al calvinismo a su vez ahora se le niega esta influencia dominante, por parte del modernismo, el hijo de la Revolución Francesa.

La sucesión de estas cuatro fases de desarrollo no sucedió mecánicamente, con divisiones y partes claramente trazadas. Este desarrollo de la vida es orgánico, y por tanto cada nuevo período tiene raíces en el pasado. En su lógica más profunda, el calvinismo ya fue aprehendido por Agustín; y mucho antes de Agustín, había sido proclamado a la ciudad de los siete montes por el apóstol en su Epístola a los Romanos; y a Pablo le llegó desde Israel y sus profetas, aun desde las tiendas de los patriarcas. El romanismo, igualmente, no hace su aparición repentinamente, sino es el producto de las tres potencias del sacerdocio de Israel, la cruz del Calvario, y la organización mundial del Imperio Romano. El islam, de la misma manera, junta el monismo de Israel, el profeta de Nazaret, y la tradición de los kuraishitas. Y aun el paganismo de Babilonia y Egipto por un lado, y de Grecia y Roma por el otro lado, está orgánicamente relacionado con lo que estaba detrás de estas naciones, precediendo la prosperidad de sus vidas.

Pero aún así es obvio que la fuerza suprema en el desarrollo central de la raza humana se movió sucesivamente de Babilonia y Egipto a Grecia y Roma, después a las regiones principales del dominio papal, y finalmente a las naciones calvinistas de Europa Occidental. Si Israel floreció en los días de Babilonia y Egipto, por más alto que era su estándar, la dirección y el desarrollo de nuestra raza humana no estaban en las manos de los hijos de Abraham, sino en las manos de los Belsazares y Faraones. Una vez más, este liderazgo no pasa de Babilonia y Egipto a Israel, sino a Grecia y Roma. - No importa cuán alto había subido el río del cristianismo cuando el islam apareció, en los siglos VIII y IX los seguidores de Mahoma eran nuestros maestros, y en ellos descansaban los asuntos del mundo. Y aunque la hegemonía del romanismo se mantuvo todavía un corto tiempo después de la paz de Munster, nadie cuestiona el hecho de que el desarrollo más avanzado que disfrutamos ahora, no lo debemos ni a España ni a Austria, ni aun a la Alemania de aquel tiempo, sino a los países calvinistas de Holanda e Inglaterra del siglo XVI. Bajo Luis XIV, el romanismo detuvo este desarrollo avanzado en Francia, pero solamente para que exhibiese en la Revolución Francesa una caricatura atroz del calvinismo, que en sus tristes consecuencias quebrantó la fuerza de Francia como nación, y debilitó su

significancia internacional. La idea fundamental del calvinismo fue transplantada de Holanda e Inglaterra a América, empujando nuestro desarrollo avanzado aún más hacia el oeste, hasta las orillas del Pacífico donde ahora espera reverentemente a lo que Dios ordenó. Pero no importa qué misterios el futuro todavía revelará, el hecho permanece de que el río ancho del desarrollo de nuestra raza corre de Babilonia a San Francisco, por las cinco etapas de las civilizaciones Babilonia-Egipcia, Griega-Romana, Islámica, Romanista y Calvinista; y el conflicto presente en Europa y América tiene su causa principal en la antítesis fundamental entre la energía del calvinismo que procede del trono de Dios, encontró la fuente de su poder en la Palabra de Dios, y en cada esfera de la vida humana exalta la gloria de Dios; y su caricatura en la Revolución Francesa, que proclamó su incredulidad en el grito de "Ningún dios, ningún maestro", y que al presente en la forma del panteísmo alemán se reduce a sí mismo más y más a un paganismo moderno.

La influencia internacional del calvinismo

Entonces yo no estuve demasiado audaz al reclamar para el calvinismo el honor de ser no un concepto eclesiástico, ni teológico, ni sectario, sino una de las fases principales en el desarrollo general de nuestra raza humana; y entre ellas la más reciente, cuyo llamado elevado es seguir influenciando el curso futuro de la vida humana.

Ahora, sin embargo, permítanme indicar otra circunstancia que fortalece mi declaración principal: la mezcla de sangres como base física para todo desarrollo humano más alto. Desde los altiplanos de Asia, nuestra raza humana descendió en grupos, y estos se dividieron en razas y naciones; y conforme a la bendición profética de Noé, los hijos de Sem y de Jafet fueron los únicos que llevaron adelante el desarrollo de la raza. Ningún impulso para una vida más elevada procedió del tercer grupo. En los otros dos grupos se presenta un doble fenómeno. Existen naciones que se aislaron, y otras que se mezclaron. Por tanto, hay por un lado grupos que dominaron exclusivamente sus propias fuerzas inherentes, y por el otro lado, grupos que al mezclarse cruzaron sus rasgos con aquellos de otras tribus, y así alcanzaron una perfección más elevada. Es digno de notar que el proceso del desarrollo humano procede continuamente con aquellos grupos cuya característica histórica no es el aislamiento, sino la mezcla de sangres. En general, la raza mongola se mantuvo aparte, y en su aislamiento no contribuyó ningún beneficio a lo largo a nuestra raza. Detrás del Himalaya, una vida similar se

encerró, y por tanto falló en impartir algún impulso permanente al mundo alrededor. Incluso en Europa encontramos que entre los escandinavos y los eslavos no hubo casi ninguna mezcla de sangre, y por consecuencia, fallando en desarrollar un tipo más variado, tomaron poca parte en el desarrollo general de la vida humana. Por el otro lado, las tablas de Babilonia en nuestros grandes museos todavía muestran por los dos idiomas de sus inscripciones que en Mesopotamia, el elemento aryano de los acadianos se mezcló en un período temprano con el semítico-babilónico; y la egiptología nos lleva a la conclusión de que en el país de los faraones tratamos desde el inicio con una población producida por la mezcla de dos tribus muy diferentes. Nadie cree todavía en la unidad racial de los griegos. En Grecia, tanto como en Italia, tratamos con razas de una fecha tardía que se mezclaron con los pelasgianos, etruscos y otros más tempranos. El islam parece ser exclusivamente árabe, pero un estudio sobre la extensión del islam entre los moros, persas, turcos y otras tribus sujetadas, con las cuales los matrimonios mixtos eran comunes, revela de una vez que entre los musulmanes, la mezcla de sangre era aún más grande que entre sus antecesores. Cuando el liderazgo del mundo pasó a las manos de las naciones romanas, el mismo fenómeno se presentó en Italia, España, Portugal y Francia. En estos casos, los nativos eran generalmente vascos o celtas, los celtas a su vez habían sido vencidos por las tribus germanas, y como en Italia los Godos Orientales y los Lombardos, así en España los Godos Occidentales, en Portugal los Suabos, y en Francia los Francos instilaron sangre nueva en las venas debilitadas, y a este rejuvenecimiento las naciones romanas deben su vigor hasta el siglo XVI. Así se repite el mismo fenómeno en la vida de las naciones y sorprende al historiador con el resultado de matrimonios internacionales entre familias de príncipes, como vemos como los Habsburg y los Borbones, los Oranges y los Hohenzollern, por ejemplo, produjeron siglo tras siglo una multitud de estadistas y héroes muy notables. El criador de ganado apunta a la misma meta al cruzar diferentes razas, y los botánicos cosechan grandes ganancias al obedecer la misma ley de la vida en las plantas; y de por sí mismo no es difícil percibir que la unión de poderes naturales, divididos entre diferentes tribus, tiene que producir un desarrollo más elevado.

A esto tenemos que añadir que la historia de nuestra raza no apunta al mejoramiento de una sola tribu, sino al desarrollo de la humanidad entera, y por tanto necesita esta mezcla de las sangres para alcanzar su fin. De hecho, la historia demuestra que las naciones donde floreció más el calvinismo, exhiben esta misma mezcla de razas. En Suiza, los germanos se unieron con los italianos y los franceses; en Francia, los gálicos con los

francos y los borgoñones; en los Países Bajos, los celtas y galeses con los germanos; y también en Inglaterra los antiguos celtas y sajones fueron después elevados a un estándar aun más alto de vida nacional por la invasión de los normandos. De hecho podemos decir que las tres tribus principales de Europa Occidental, los celtas, romanos y germanos, bajo el liderazgo de los germanos, nos dan la genealogía de las naciones calvinistas. En América, donde el calvinismo llegó a desenvolverse en más libertad, esta mezcla de sangres alcanza todavía mayores proporciones. Aquí se reúne la sangre de todas las tribus del mundo antiguo, y otra vez tenemos a los celtas de Irlanda, los germanos de Alemania y Escandinavia, juntos con los eslavos de Rusia y Polonia, que promueven aún más esta mezcla de razas. Este proceso ya no es la unión de una tribu con otra, sino las antiguas naciones históricas se están disolviendo para permitir la re-unión de sus miembros en una unidad superior, constantemente asimilados por el tipo americano. También en este aspecto, el calvinismo cumple plenamente con las condiciones de ser una nueva fase en el desarrollo de la humanidad. Se extiende en un dominio donde la mezcla de sangres es más intensa que bajo el romanismo, y en América la elevó a su realización máxima.

Así queda demostrado que el calvinismo no solamente cumple con la condición necesaria de la mezcla de sangres, sino representa un estado más avanzado. En Babilonia, esta mezcla de sangres tenía poco significado; con los griegos y romanos gana importancia; va más allá bajo el islam; es dominante bajo el romanismo; pero solamente entre las naciones calvinistas alcanza su perfección máxima. Aquí en América se alcanza la mezcla de todas las naciones del mundo antiguo. Una clímax similar de este proceso de desarrollo humano se encuentra en el hecho de que solamente bajo el calvinismo, el impulso para la actividad pública procede del pueblo mismo. En la vida de las naciones hay también un desarrollo desde la niñez hacia la madurez. Como en la vida familiar, durante la niñez, el liderazgo está en manos de los padres, así es natural que también en la niñez de las naciones, primero el déspota asiático, después algún gobernador eminente, después el sacerdocio, y finalmente el sacerdote y el magistrado juntos estén encabezando cada movimiento. La historia de las naciones en Babilonia y bajo los Faraones, en Grecia y Roma, bajo el islamismo y bajo el sistema papal, confirma plenamente este curso del desarrollo. Pero es evidente que este no puede ser un estado permanente. Justamente porque en su desarrollo progresivo las naciones finalmente alcanzan su madurez, tienen que alcanzar por fin una etapa donde el pueblo mismo despierta, se levanta por sus derechos, y origina un movimiento para liderar los eventos

futuros; y en el calvinismo parece que se alcanzó esta etapa. Antes, cada movimiento hacia adelante se originó en las autoridades del Estado, de la Iglesia o de las Ciencias, y de allí descendió al pueblo. En el calvinismo, por el otro lado, la misma gente se levanta y forma una espontaneidad propia, avanza hacia una forma superior de vida y condiciones sociales. El calvinismo tuvo su auge con el pueblo. En los países luteranos, el magistrado siguió siendo el líder en los asuntos públicos; pero en Suiza, entre los hugonotes, en Bélgica, los Países Bajos, en Escocia y también en América, estos pueblos mismos crearon el ímpetu. Ellos parecen haber madurado; haber alcanzado el período adulto. Incluso donde en algunos casos, como en los Países Bajos, la nobleza asumió por un momento una posición heroica en favor de los oprimidos, su actividad terminó en nada, y solo el pueblo, con energía incansable, rompió la barrera; y entre ellos era la "gente común" a quienes Guillermo el Silencioso debió el éxito de su empresa, como él mismo reconoce.

Aquí, como un fenómeno central en el desarrollo de la humanidad, el calvinismo no solamente ocupa una posición honorable al lado de las formas paganas, islamistas y romanistas, al representar un principio singular que domina la vida entera; incluso cumple todas las condiciones para el avance del desarrollo humano a un nivel superior. Esto quedaría una mera posibilidad sin una realidad correspondiente, si la historia no testificase que el calvinismo realmente hizo fluir el río de la vida humana en un canal diferente, y ennobleció la vida social de las naciones. Y por tanto, termino asegurando que el calvinismo no solamente ofreció estas posibilidades, sino comprendió también cómo realizarlas. Para comprobarlo, pregúntense solamente qué hubiera sido de Europa y América, si en el siglo XVI la estrella del calvinismo no se hubiera levantado repentinamente sobre el horizonte de Europa Occidental. En este caso, España hubiera aplastado a los Países Bajos. En Inglaterra y Escocia, los Stuarts hubieron llevado a cabo sus planes fatales. En Suiza, el espíritu de tibieza hubiera prevalecido. Los comienzos de la vida en este mundo nuevo hubieran sido completamente diferentes. Y como una consecuencia inevitable, el equilibrio de poderes en Europa hubiera regresado a su posición anterior. El protestantismo no hubiera sido capaz de mantenerse en la política. No se hubiera presentado ninguna resistencia más contra los poderes romanistas-conservadores de los Habsburg, los Borbones y los Stuart. El desarrollo libre de las naciones, como lo vemos en Europa y América, se hubiera impedido. El entero continente americano hubiera permanecido sujeto a España. La historia de ambos continentes hubiera sido muy triste, y la

pregunta queda abierta si el espíritu del Interino de Leipzig no hubiera tenido éxito al reducir el norte de Europa nuevamente, con una forma de protestantismo romanizado, bajo la jerarquía antigua. La devoción entusiasta de los mejores historiadores de la segunda mitad de este siglo en cuanto a la lucha de los Países Bajos contra España, como uno de los mejores temas de investigación, solo se explica por la convicción de que si el poder de España no hubiera sido quebrantado por el heroísmo del espíritu calvinista, la historia de los Países Bajos, de Europa y del mundo hubiera sido tan dolorosamente triste y oscura, como ahora, gracias al calvinismo, es brillante e inspiradora. El profesor Fruin comenta, con razón, que: "En Suiza, en Francia, en los Países Bajos, en Escocia y en Inglaterra, y dondequiera el protestantismo tuvo que establecerse bajo la amenaza de la espada, fue el calvinismo que prevaleció."

Tengan presente que esta vuelta en la historia del mundo no se hubiera logrado, excepto por medio de la implantación de un principio diferente en el corazón humano, y por el despliegue de un mundo de ideas diferentes ante la mente humana; que solamente por el calvinismo el salmo de la libertad encontró su camino desde la conciencia atribulada hasta los labios; que el calvinismo captó y nos garantizó nuestros derechos civiles constitucionales; y que simultáneamente con esto salió desde Europa Occidental este movimiento poderoso que promovió el nuevo despertar de las ciencias y artes, abrió nuevas avenidas para el comercio, hermoseó la vida doméstica y social, exaltó a las clases medias a posiciones de honor, hizo abundar la filantropía; y más todavía, elevó, purificó, y ennobleció la vida moral por la seriedad puritana; - y entonces juzguen por ustedes si será justificado seguir encerrando este calvinismo dado por Dios en los archivos de historia, y si fuese solamente un sueño la idea de que el calvinismo tiene todavía una bendición a aportar y una esperanza brillante a revelar para el futuro.

La lucha de los bóers en Transvaal contra uno de los poderes más fuertes debe haberles recordado de vuestro propio pasado. ... Si el calvinismo no hubiera pasado de nuestros padres hacia sus descendientes africanos, ninguna república libre hubiera surgido en el sur del Continente Negro. Esto demuestra que el calvinismo no está muerto - que todavía lleva dentro de sí la energía vital de los días de su gloria pasada. Sí, como un grano de trigo de las tumbas de los faraones, cuando se entrega nuevamente al suelo, trae fruto cien veces, así el calvinismo lleva todavía un poder maravilloso para el futuro de las naciones. Y si de nosotros, los cristianos de ambos continentes, en nuestra lucha más heroica se espera que hagamos todavía hazañas, marchando bajo

la bandera de la cruz en contra del espíritu de los tiempos, entonces solamente el calvinismo nos equipa con un principio inflexible, el cual nos garantiza por su poder una victoria aunque no fácil, pero segura.

Segunda exposición:**El calvinismo y la religión**

La conclusión a la cual llegamos en mi exposición anterior era primero, que, hablando científicamente, el calvinismo significa el desarrollo completado del protestantismo, resultando en una etapa superior del desarrollo humano. Además, que la cosmovisión del modernismo, con su punto de partida en la Revolución Francesa, no puede reclamar ningún privilegio más elevado que el de presentar una imitación ateísta del ideal brillante que proclama el calvinismo, y que por tanto no califica para el honor de guiarnos más adelante. Y finalmente, que cualquiera que rechaza el ateísmo como pensamiento fundamental, se ve obligado a regresar al calvinismo; no para restaurar su forma antigua y gastada, sino para agarrar una vez más los principios calvinistas para incorporarlos en una forma tal que, según las necesidades de nuestro propio siglo, pueda restaurar la unidad necesaria del pensamiento protestante y la energía faltante de la vida práctica protestante.

En mi exposición presente, por tanto, al tratar de calvinismo y religión, ante todo trataré de ilustrar la posición dominante que el calvinismo ocupa en el área central de nuestra adoración del Altísimo. Nadie negará que en el ámbito religioso, el calvinismo sí ocupó desde el principio una posición especial e impresionante. Como por un solo golpe mágico, creó su propia confesión, su propia teología, su propia organización eclesiástica, su propia disciplina eclesiástica, su propio culto, y su propia práctica moral. Y la investigación histórica comprueba que todas estas nuevas formas calvinistas para nuestra vida religiosa eran el producto lógico de su propia idea fundamental, y la incorporación del mismo principio. Midan la energía del calvinismo, comparándola con la incapacidad completa que el modernismo exhibió en la misma área, por la esterilidad absoluta de sus esfuerzos. Desde que entró en su período "místico", también el modernismo reconoció la necesidad de dibujar una nueva forma para la vida religiosa de nuestro tiempo. Apenas un siglo después del brillo del racionalismo, ahora que el materialismo anuncia su retiro en las filas de la ciencia, una clase de piedad hueca ejerce nuevamente sus encantos seductores, y cada día se vuelve más de moda bañarse un poco en el río del misticismo. Con un deleite casi sensual, este misticismo moderno

traga su bebida intoxicante de la copa de algún infinito intangible. Incluso se ha propuesto que encima de las ruinas del edificio puritano, se inaugure una nueva religión con un nuevo ritual, como una evolución superior de la vida religiosa. Por más de un cuarto de siglo ya se nos promete la dedicación y apertura solemne de este nuevo santuario. Pero todo llevó a nada. No se produjo ningún efecto tangible. Ningún principio formativo surgió del embrollo de sus hipótesis. Ni siquiera el comienzo de un movimiento asociativo se puede percibir.

Ahora, en contraposición a esto, miren el espíritu gigante de los religiosos del siglo XVI, que con un solo golpe maestro colocó ante la mirada asombrada de todo el mundo un edificio religioso entero, construido en el mejor estilo escritural. Tan rápidamente fue el edificio entero completado, que la mayoría de los espectadores se olvidaron de prestar atención a la estructura maravillosa de sus fundamentos. En todo lo que el pensamiento religioso moderno, no creó, sino amontonó como un principiante sin éxito - ni una nación, ni una familia, apenas un alma solitaria encontró (usando las palabras de Agustín) el descanso para su "corazón quebrantado"; mientras el reformador de Ginebra, por su energía espiritual poderosa, proveyó dirección para cinco naciones de una vez, no solo entonces, sino también después de tres siglos, la elevación del corazón al Padre de los Espíritus, y santa paz, para siempre. Esto nos lleva naturalmente a la pregunta: ¿Cuál fue el secreto de esta energía maravillosa? Permítanme presentar la respuesta a esta pregunta, primero en religión como tal, después en religión como se manifiesta en la vida de la iglesia, y finalmente en el fruto de la religión para la vida práctica.

La religión como tal

Primero, entonces, tenemos que considerar la religión como tal. Aquí surgen cuatro preguntas fundamentales, dependientes entre sí:

1. ¿Existe la religión para el beneficio de Dios, o del hombre?
2. ¿Tiene que operar directamente o mediada?
3. ¿Puede quedarse parcial en su operación, o tiene que abarcar lo entero de nuestra existencia personal?
4. ¿Puede tener un carácter normal, o tiene que revelar un carácter anormal, o sea, soteriológico?

A estas cuatro preguntas, el calvinismo responde:

1. La religión del hombre no debe ser egoísta, ni para el hombre, sino ideal, para el beneficio de Dios.

2. No debe operar de manera mediada, por una interposición humana, sino directamente del corazón.

3. No debe quedarse parcial, como algo que transcurre al margen de la vida, sino tiene que tomar posesión de nuestra existencia entera.

Y 4. su carácter tiene que ser soteriológico, o sea, no debe proceder de nuestra naturaleza caída, sino del nuevo hombre, que fue restaurado por el nuevo nacimiento a su estándar original.

Permítanme, entonces, elucidar sucesivamente cada uno de estos cuatro puntos.

¿Existe la religión para el beneficio de Dios, o del hombre?

La filosofía religiosa moderna atribuye el origen de la religión a una potencia desde la cual no pudo originarse, sino que actuó meramente como su soporte y preservador. Esta filosofía confundió el palo muerto que apoya al vástago vivo, con el mismo vástago. Con razón se llama la atención al contraste entre el hombre y el poder abrumador del universo que lo rodea; y ahora se introduce la religión como una energía mística que intenta fortalecerlo contra el poder inmenso del universo que le inspira un temor mortal. Consciente del dominio que ejerce su alma invisible sobre su cuerpo visible, el filósofo moderno concluye que también la naturaleza tiene que ser movida por el impulso de algún poder espiritual escondido. Entonces, de manera animista, él explica primeramente el movimiento de la naturaleza como el resultado de un ejército de espíritus que la habita, e intenta atraparlos, conjurarlos, y doblarlos para su ventaja. Después, levantándose de esta idea atomista a un concepto más inclusivo, empieza a creer en la existencia de dioses personales, y espera de estos seres divinos que están por encima de la naturaleza, una asistencia efectiva contra el poder enemigo de la naturaleza. Y finalmente, al captar el contraste entre lo espiritual y lo material, rinde homenaje al Espíritu Supremo que está por encima de todo lo visible; hasta que al final, al abandonar su fe en un tal espíritu extramundano como un ser personal, se postra ante

algún ideal impersonal, del cual él mismo desea ser la devota encarnación, adorándose a sí mismo.

(N.d.Tr): Examine bien las ideas sobre el desarrollo de la religión que se expresan en el párrafo anterior. Note que esta no es la convicción de Kuyper; él relata más bien el concepto que tiene la filosofía religiosa moderna.

La idea de que la religión se desarrolló desde el animismo, pasando por el politeísmo hasta llegar al monoteísmo, es un concepto evolucionista acerca de la religión. Además, es un concepto humanista, porque asume que fue el hombre quien creó la religión, y no Dios. Este concepto es actualmente muy difundido entre los antropólogos y algunos historiadores. Sin embargo, no hay evidencia histórica para comprobarlo. Al contrario, el relato Bíblico (y como vimos en la Sección II, también el desarrollo histórico de la religión babilónica) demuestra que al inicio era el monoteísmo, que después degradó al politeísmo y finalmente al animismo y espiritismo. Don Richardson, en "Eternity In Their Hearts" ("Eternidad en sus corazones"), relata numerosos ejemplos de "tribus primitivas", que en sus leyendas trazan su origen desde un único Dios Creador, pero que también saben que en algún momento de su historia se alejaron de su Creador (a veces con sorprendentes paralelas al Génesis). Todo esto no debe sorprendernos, cuando nos recordamos que los primeros 11 capítulos de Génesis son la herencia histórica común de toda la humanidad.

Pero cualesquiera sean las diferentes etapas en el progreso de esta religión egoísta, nunca supera su carácter subjetivo; siempre permanece una religión para el beneficio del hombre. Los hombres son religiosos para conjurar a los espíritus que se mueven detrás del velo de la naturaleza, para liberarse de la vara opresiva del cosmos. No importa si el sacerdote lamaísta encierra los espíritus malos en sus jarras, si se invoca a los dioses de la naturaleza del Oriente para pedir protección contra las fuerzas de la naturaleza, si los dioses más exaltados de Grecia son adorados en su supremacía sobre la naturaleza, o si, finalmente, una filosofía idealista presenta al espíritu del hombre mismo como el objeto de la adoración. En todas estas formas diferentes, es y permanece una religión cultivada para el beneficio del hombre, para su seguridad, su libertad, su exaltación, y en parte también para su triunfo sobre la muerte. Incluso cuando una religión de este tipo se ha desarrollado hacia el monoteísmo, el dios al cual adora es invariablemente un dios que existe para ayudar al hombre, para asegurar el buen orden y la tranquilidad del Estado, para proveer ayuda y socorro en

tiempos de necesidad, o para fortalecer los impulsos más nobles y superiores del corazón humano en su lucha incesante contra las influencias degradantes del pecado. La consecuencia de todo esto es que toda esta religión prospera en tiempos de hambruna y pestilencia, florece entre los pobres y oprimidos, y se extiende entre los humildes y débiles; pero se desvanece en los tiempos de prosperidad, no atrae al pudiente, y es abandonada por los mejor educados. Tan pronto como las clases más civilizadas disfrutan de tranquilidad y comodidad, y por el progreso de la ciencia se sienten liberados de la presión del universo, entonces tiran a un lado las muletas de la religión, y con escarnio hacia todo lo que es sagrado, tropiezan adelante en sus propias pobres piernas. Este es el fin fatal de la religión egoísta: se vuelve superflua y desaparece tan pronto como los intereses egoístas son satisfechos. Este era el curso de la religión en todas las naciones no cristianas, en los tiempos anteriores; y el mismo fenómeno se repite en nuestro propio siglo, entre los cristianos nominales de las clases más altas, más prósperas y más cultas de la sociedad.

(N.d.Tr): Kuyper trata aquí con un segundo malentendido acerca de la religión verdadera: que la religión (o Dios mismo) exista para satisfacer alguna necesidad del hombre. Este malentendido es común aun entre cristianos evangélicos. Frente a este malentendido, Kuyper aclara que no es Dios quien existe para el beneficio del hombre, sino que es el hombre quien existe para el beneficio de Dios. "Buscad primeramente el Reino de Dios..." (Mat.6:33)

Ahora, la posición del calvinismo es diametralmente opuesta a todo esto. No negamos que la religión tenga también su lado humano y subjetivo; no disputamos el hecho de que la religión es promovida, animada y fortalecida por nuestra disposición de buscar ayuda en tiempos de necesidad, y buscar ánimo espiritual ante las pasiones sensuales; pero mantenemos que al ver en estos motivos accidentales la esencia y el propósito de la religión, se invierte el orden correcto de las cosas. El calvinista valora todos estos motivos como frutos de la religión, o como palos que le dan soporte; pero se niega a honrarlos como la razón de su existencia. Por supuesto, la religión como tal produce también una bendición para el hombre, pero no existe para el beneficio del hombre. No es Dios quien existe para el beneficio de Su creación; - la creación existe para el beneficio de Dios. Pues, como dice la Escritura, Él creó todas las cosas para El mismo.

Por esta razón, Dios grabó incluso una expresión religiosa en lo entero de la naturaleza inconsciente - en las plantas, los

animales, y también en los niños pequeños. "Toda la tierra está llena de Su gloria." - "Cuan excelso es Tu nombre, oh Dios, en toda la tierra." - "Los cielos declaran la gloria de Dios, y el firmamento expone la obra de sus manos." - "De la boca de los bebés y de los lactantes estableciste la alabanza." - La helada y el granizo, la nieve y el vapor, el abismo y el huracán - todo alaba a Dios. Pero igual como toda la creación alcanza su punto culminante en el hombre, así encuentra también la religión su expresión clara solamente en el hombre que es creado en la imagen de Dios; y esto no porque el hombre lo busca, sino porque Dios mismo implantó en la naturaleza del hombre la expresión religiosa esencial, por medio de la "semilla de la religión" (semen religionis), como lo define el calvinismo, sembrada en nuestro corazón humano.

Dios mismo hace al hombre religioso por medio del *sensus divinitatis*, o sea, el sentido de lo divino, al cual Él hace tocar los acordes en el arpa de su alma. Un sonido de necesidad interrumpe la armonía pura de esta melodía divina, pero solamente en consecuencia del pecado. En su forma original, en su condición natural, la religión es exclusivamente un sentimiento de admiración y adoración que eleva y une; no un sentimiento de dependencia que agrava y deprime. Como el himno de los serafines alrededor del trono es un grito ininterrumpido de "¡Santo, - Santo, - Santo!", así también la religión del hombre en esta tierra debería consistir en un solo eco de la gloria de Dios, como nuestro Creador e Inspirador. El punto de partida de cada motivo en la religión es Dios y no el hombre. El hombre es el instrumento y el medio, solo Dios es el fin, el punto de partida y el destino, la fuente, de la cual fluyen las aguas, y al mismo tiempo, el océano al cual regresan finalmente. Ser irreligioso significa abandonar la meta suprema de nuestra existencia. Por otro lado, no desear ninguna otra existencia excepto para la gloria de Dios, y ser completamente absorbido en la gloria del nombre de Dios, este es el núcleo de toda religión verdadera. "Santificado sea Tu nombre. Venga Tu Reino. Hágase Tu voluntad" - esta es la triple petición que expresa toda religión verdadera. Nuestra consigna debe ser: "Busca primero el Reino de Dios", y después de esto, piensa en tu propia necesidad. Lo primero es la confesión de la soberanía absoluta del Dios Trino; porque de Él, por Él y para Él son todas las cosas. Y por tanto, nuestra oración es la expresión más profunda de toda vida religiosa. Este es el concepto fundamental de la religión como lo mantiene el calvinismo, y hasta hoy, nadie encontró un concepto superior. Porque no se puede encontrar ningún concepto superior. La idea fundamental del calvinismo, al mismo tiempo la idea fundamental de la Biblia, y del cristianismo mismo, nos lleva en el área de

la religión a realizar el ideal supremo. Ni la filosofía de la religión en nuestro siglo, en sus recorridos más atrevidos, alcanzó un punto de vista superior ni un concepto más ideal.

¿Tiene que operar directamente o mediada?

La segunda pregunta principal en toda religión es si debe ser directa o mediada. ¿Tiene que interponerse una iglesia, un sacerdote, o como antiguamente un brujo, un administrador de misterios sagrados, entre Dios y el alma; o debemos desechar todos los lazos intervinientes para que el enlace de la religión ate el alma directamente a Dios? - Ahora encontramos que en todas las religiones no cristianas, sin excepción, se considera necesarios a los intercesores humanos; y en el área del mismo cristianismo, el intercesor se metió nuevamente en la escena, en la virgen bendita, en el ejército de ángeles, en los santos y mártires, y en la jerarquía sacerdotal del clero; y aunque Lutero se levantó contra toda mediación sacerdotal, la iglesia que lleva su nombre renovó con su título de "ecclesia docens" el oficio del mediador y administrador de misterios. En este punto también era Calvino, y él solo, que alcanzó la realización plena del ideal de la religión pura espiritual. La religión, como él la comprendió, tiene que realizar "nullis mediis interpositis", esto es, sin ninguna intercesión de parte de una criatura, la comunión directa entre Dios y el corazón humano. No por odio contra los sacerdotes como tales, ni por subestimación de los mártires, ni por subvaloración de los ángeles, sino únicamente porque Calvino se sintió obligado a reivindicar la esencia de la religión y la gloria de Dios en esta esencia; y sin retroceder ni vacilar emprendió la guerra, con una indignación santa, contra todo lo que se interponía entre el alma y Dios. Por supuesto, él percibió claramente que para ser apto para la religión verdadera, el hombre caído necesita un mediador; pero un tal mediador no se puede encontrar en ningún otro hombre. Solo el hombre-Dios, solo Dios mismo, puede ser un tal mediador. Y esta mediación no puede ser confirmada por nosotros, sino solamente por parte de Dios, por la morada de Dios el Espíritu Santo en el corazón de los regenerados.

En toda religión, Dios mismo tiene que ser el poder activo. Él tiene que hacernos religiosos; Él tiene que darnos la disposición religiosa, sin dejarnos nada sino el poder de dar forma y expresión al sentimiento religioso profundo que Él, El mismo, despertó en la profundidad de nuestro corazón. Entonces vemos el error de aquellos que consideran a Calvino solamente como un Augustinus redivivus. A pesar de su sublime confesión de la

gracia santa de Dios, Agustín siguió siendo el obispo. Él mantuvo su posición intermedia entre el Dios Trino y el laico. Y aunque fue prominente entre los hombres más piadosos de su tiempo, tuvo tan poca comprensión de las verdaderas necesidades de la religión en cuanto a los laicos, que en su dogmática alaba a la iglesia como la proveedora mística, en cuyo seno Dios hizo fluir toda la gracia y de cuyo tesoro todos los hombres debían aceptarla. Entonces, solamente el que superficialmente restringe su atención a la predestinación, puede confundir el agustinismo con el calvinismo. La religión para el beneficio del hombre lleva consigo la posición de que un hombre tiene que actuar como mediador para sus prójimos. La religión para el beneficio de Dios excluye inexorablemente toda mediación humana. Mientras el propósito principal de la religión es ayudar al hombre, y mientras se cree que el hombre merece la gracia por su devoción, es perfectamente natural que un hombre de piedad inferior debe invocar la mediación de un hombre más santo. Otro tiene que procurar por él lo que él no puede procurar por sí mismo. El fruto está colgado en una rama demasiado alta, y entonces, el hombre que alcanza más alto tiene que cogerlo, y alcanzarlo hacia abajo a su compañero desamparado. Pero si, al contrario, la religión demanda que cada corazón humano dé la gloria a Dios, entonces ningún hombre puede aparecer ante Dios en favor de otro. Entonces cada ser humano tiene que presentarse personalmente, por sí mismo; y la religión alcanza su meta solamente en el sacerdocio general de los creyentes. Incluso el bebé recién nacido tiene que haber recibido la semilla de la religión de Dios mismo; y en el caso que muere sin ser bautizado, no tiene que ser enviado a un limbus innocentium, sino, si es elegido, puede entrar igual como los de vida más larga en la comunión personal con Dios, por toda la eternidad.

La importancia de este segundo punto, en el asunto de la religión, que culmina en la confesión de la elección personal, es incalculable. Por el otro lado, toda religión tiene que tener la meta de hacer libre al hombre, para que exprese de una manera clara esta impresión religiosa general que Dios mismo marcó en la naturaleza inconsciente. Por el otro lado, toda institución de un sacerdote o encantador que se interpone en el área de la religión, ata al espíritu humano con una cadena que le aprieta más fuerte, a medida que la piedad incrementa su fervor. En la iglesia de Roma, aun en el día presente, los buenos católicos son bien encerrados en las cadenas del clero. Solo aquel católico cuya piedad ha disminuido, puede asegurarse una libertad parcial al aflojar el lazo que le conecta con su iglesia. En las iglesias luteranas, las cadenas clericales son menos ajustadas, pero lejos de estar sueltas. Y solamente en las iglesias que asumen una

posición calvinista, encontramos esta independencia espiritual que capacita al creyente a oponerse, si es necesario para la gloria de Dios, incluso al oficial más poderoso de su iglesia. Solo el que está parado personalmente ante Dios por su propia cuenta, y disfruta de una comunión ininterrumpida con Dios, puede propiamente desplegar las alas gloriosas de la libertad. Y tanto en Holanda como en Francia, en Inglaterra como en América, el resultado histórico nos da la evidencia innegable de que el despotismo no encontró ningún antagonista más invencible, y la libertad de las conciencias ningún campeón más bravo y resuelto, que el calvinista. En el último análisis, la causa de este fenómeno está en que toda interposición clerical invariablemente hizo de la religión algo externo, y la ahogó bajo formas sacerdotales. Solo cuando desaparece toda intervención sacerdotal, donde la elección soberana de Dios desde toda la eternidad ata el alma directamente a Dios mismo, y donde el rayo de la luz divina entra directamente en la profundidad de nuestro corazón - solamente allí alcanza la religión, en su sentido más absoluto, su realización ideal.

¿Puede quedarse parcial en su operación, o tiene que abarcar lo entero de nuestra existencia personal?

Esto me lleva naturalmente a la tercera pregunta religiosa: ¿Es la religión parcial, o se sujeta todo y abarca todo, es universal en el sentido estricto de la palabra? Ahora, si la meta de la religión se encuentra en el hombre mismo y si su realización depende de mediadores clericales, entonces la religión puede ser solamente parcial. En este caso, sigue lógicamente que todo hombre limita su religión a aquellas ocurrencias de su vida que despiertan sus necesidades religiosas, y a aquellos casos donde encuentra la intervención humana a su disposición. El carácter parcial de esta clase de religión se demuestra en tres aspectos: en el órgano religioso por el cual, en la esfera en la cual, y en el grupo de personas entre las cuales, la religión tiene que prosperar y florecer.

La controversia reciente provee una ilustración pertinente de la primera limitación. Los hombres sabios de nuestra generación mantienen que la religión tiene que retirarse del recinto del intelecto humano. Tiene que expresarse o por medio de sentimiento místicos, o por medio de la voluntad práctica. Se exaltan las inclinaciones místicas y éticas con entusiasmo, en la esfera de la religión; pero en esta misma esfera, al intelecto hay que ponerle una mordaza porque supuestamente lleva a alucinaciones

metafísicas. La metafísica y la dogmática son más y más tabú, y el agnosticismo es aclamado como la solución del gran enigma. Sobre los ríos del sentimiento y de la emoción, la navegación es libre, y la actividad ética se considera el único criterio para probar la religiosidad de alguien, pero la metafísica se evade como un pantano. Todo lo que se anuncia como un dogma axiomático, es rechazado como contrabando religioso. Y aunque el mismo Cristo al cual estos eruditos honran como un genio religioso nos enseñó enfáticamente: "Amarás a Dios, no solamente con todo tu corazón y con todas tus fuerzas, sino también con toda tu mente", sin embargo ellos, al contrario, se lanzan a despedir nuestra mente, nuestro intelecto, como inapropiado para ser usado en esta esfera sagrada, y como si no cumplierse los requisitos para ser un órgano religioso.

Entonces, (según ellos) el órgano religioso no se encuentra en nuestro ser entero, sino solamente en una parte, restringido a nuestros sentimientos y nuestra voluntad. En consecuencia, también la esfera de la vida religiosa adquiere este mismo carácter parcial. La religión se excluye de las ciencias, y su autoridad se excluye de la vida pública; desde ahora, la cámara secreta, la célula de oración, y la intimidad del corazón debe ser su morada exclusiva. Por medio de su "Du sollst" ("Tú debes"), Kant limitó la esfera de la religión a la vida ética. Los místicos de nuestros tiempos restringen la religión a los sentimientos. Y el resultado es que, de muchas diferentes maneras, la religión que una vez era la fuerza central de la vida humana, está ahora marginada de ella; y lejos de la bulla del mundo, tiene que esconderse en un retiro distante y casi privado.

Esto nos lleva naturalmente a la tercera característica de este punto de vista parcial de la religión: la religión como algo que no pertenece a todos, sino solamente al grupo de gente piadosa entre nuestra generación. Así la limitación del órgano de la religión trae la limitación de su esfera, y la limitación de su esfera trae en consecuencia la limitación de su grupo o círculo entre los hombres. Igual como se cree que las artes tienen un órgano propio, una esfera propia, y por tanto también su propio círculo de devotos, así también, de acuerdo con este punto de vista, tiene que ser también con la religión. Así sucede que la gran mayoría de las personas son casi desposeídas de sentimientos místicos y de una fuerza enérgica de la voluntad. Por eso no tienen la percepción de la chispa del misticismo, o no son capaces de actos realmente piadosos. Pero hay también aquellos cuya vida interior rebosa con un sentido de lo infinito, o que están llenos de energía santa, y entre ellos florece la religión en su poder imaginativo y en su capacidad de realizar cosas.

Desde un punto de vista muy diferente, Roma llegó gradualmente a favorecer el mismo punto de vista parcial. Roma conoció la religión solamente en la forma como existía en su propia iglesia, y consideró que la influencia de la religión tenía que restringirse a aquella porción de la vida que fue consagrada a la iglesia. Reconozco plenamente que la iglesia romana intentó atraer toda la vida humana, hasta donde fuera posible, a esta esfera sagrada; pero todo lo que estaba afuera de esta esfera, todo lo que no fue tocado por el bautismo ni asperjado con su agua bendita, no tenía ninguna eficacia religiosa. Y como Roma trazó una línea entre el lado consagrado y el lado profano de la vida, también dividió su propio recinto sagrado según diferentes grados de intensidad religiosa - el clero y el monasterio constituyeron el lugar santísimo, los laicos piadosos formaron el lugar santo, y el atrio lo dejaron a aquellos que, aunque bautizados, seguían prefiriendo los placeres del mundo a la devoción eclesial. Este sistema de limitación y división terminó con poner nueve décimos de la vida práctica afuera de toda religión. Así la religión se hizo parcial, se trasladó de los días ordinarios a los días festivos, de los días de prosperidad a los días de peligro y enfermedad, y de la plenitud de la vida al tiempo cercano a la muerte. Un sistema dualista que se expresa más enfáticamente en la práctica del carnaval, dando a la religión un dominio pleno sobre el alma durante las semanas de la cuaresma, pero dejando a la carne una oportunidad para que antes de descender a este valle de tristeza, vacíe completamente la copa del placer, para no decir del gozo y de la locura.

A todo este punto de vista le contradice completamente el calvinismo, que reivindica el carácter universal de la religión, y su aplicación completa universal. Si todo lo que es, existe por Dios y para Dios, entonces sigue que la creación entera tiene que dar la gloria a Dios. El sol, la luna, y las estrellas en el firmamento, las aves del cielo, la naturaleza entera alrededor de nosotros, pero sobre todo el hombre mismo, que como un sacerdote tiene que concentrar hacia Dios la creación entera, y toda la vida que se mueve en ella. Y aunque el pecado ha opacado una gran parte de la creación en cuanto a la gloria de Dios: la demanda - el ideal - permanece inalterable, que toda la creación tiene que ser sumergida en el río de la religión, y terminar como un sacrificio religioso sobre el altar del Todopoderoso. Por tanto, una religión limitada al sentimiento o a la voluntad, es impensable para el calvinista. La unción sagrada del sacerdote de la creación tiene que alcanzar su barba, y hasta el borde de sus vestiduras. Su entero ser, con todas sus capacidades y poderes, tiene que ser invadido por el sentido de lo divino, ¿y cómo

entonces podría excluir su consciencia racional - el logos que está en él -, la luz del pensamiento que viene de Dios mismo para iluminarlo? Poseer a Dios para el mundo subterráneo de sus emociones, y en los actos exteriores de su voluntad, pero no en su ser interior, en el mismo centro de su conciencia, y en su pensamiento; tener puntos de partida establecidos para el estudio de la naturaleza y fortalezas axiomáticas para la vida práctica, pero no tener ningún soporte fijo en sus pensamientos acerca del Creador mismo - todo esto sería, para el calvinista, la misma negación del Logos Eterno.

La misma universalidad la ha reclamado el calvinista para la esfera de la religión y su círculo de influencia entre los hombres. Todo lo creado fue provisto por Dios, en el momento de su creación, con una ley inalterable de existencia. Y puesto que Dios ordenó plenamente estas leyes y ordenanzas para el todo de la vida, por tanto, el calvinista demanda que el todo de la vida sea consagrado a Su servicio, en obediencia estricta. El calvinista aborrece, por tanto, una religión restringida a la cámara, la celda, o la iglesia. Con el salmista, invoca a cielos y tierra, invoca a todos los pueblos y todas las naciones, a dar la gloria a Dios. Dios está presente en él todo de la vida, con la influencia de Su poder omnipresente y todopoderoso, y no se puede imaginar ninguna esfera de la vida humana donde la religión no demande que Dios sea alabado, que las ordenanzas de Dios sean observadas, y que toda labora (trabajo) sea penetrada con su ora (oración) ferviente e incesante.

Dondequiera que el hombre esté, cualquier cosa que haga, en la agricultura, en el comercio, y en la industria, o en la mente, en el mundo de las artes, en la ciencia, en cualquier cosa que sea - el hombre está constantemente parado ante el rostro de Dios, es empleado en el servicio de su Dios, tiene que obedecer estrictamente a su Dios, y sobre todo, tiene que apuntar hacia la gloria de Dios. En consecuencia, es imposible para un calvinista restringir la religión a un solo grupo, o a ciertos círculos entre los hombres. La religión concierne lo entero de nuestra raza humana. Esta raza es el producto de la creación de Dios. Es Su obra maravillosa, Su posesión absoluta. Por tanto, la humanidad entera tiene que ser impregnada con el temor a Dios, los viejos como los jóvenes, los inferiores como los superiores - no solo aquellos que fueron iniciados en Sus misterios, sino también aquellos que están todavía lejos. Es que Dios no solamente creó a todos los hombres, El no solo es todo para todos, sino también Su gracia se extiende, no solo como una gracia especial a los elegidos, sino también como una gracia común (gratia communis) a toda la humanidad. Por cierto, hay una

concentración de luz y vida religiosa en la iglesia, pero entonces, en las paredes de esta iglesia hay grandes ventanas abiertas, y por estas ventanas tiene que iluminar la luz del Eterno sobre el mundo entero. Aquí hay una ciudad edificada sobre un monte, la cual puede ver todo hombre desde lejos. Aquí hay una sal sagrada que penetra en cada dirección y previene toda corrupción. Y aun el que todavía no percibe la luz superior, o quizás cierra sus ojos ante ella, sin embargo queda advertido que con el mismo énfasis, y en todas las cosas, dé la gloria al nombre del Señor. Toda religión parcial clava las cuñas del dualismo en la vida, pero el verdadero calvinista nunca abandona el estándar del monismo religioso. Un solo llamado supremo tiene que imprimir el sello de unidad sobre el todo de la vida humana, porque un solo Dios lo sostiene y preserva, como Él lo creó todo.

¿Puede tener un carácter normal, o tiene que revelar un carácter anormal, o sea, soteriológico?

Esto nos lleva directamente a nuestra cuarta pregunta principal: ¿Debe la religión ser normal o anormal, o sea soteriológica? - La distinción que tengo en mente aquí tiene que ver con la pregunta si en los asuntos de la religión, debemos contar con que la condición presente del hombre es normal, o con que el hombre cayó en pecado y por tanto se volvió anormal. En el último caso, la religión tiene que adquirir necesariamente un carácter soteriológico.

La idea que prevalece en el presente favorece el punto de vista de que la religión tiene que empezar con el hombre como normal. Por supuesto, no como si nuestra raza entera ya estuviera conforme a la norma religiosa más elevada. Nadie afirma esto. Todos saben que sería absurdo hacer una tal afirmación. De hecho, nos encontramos con mucha irreligiosidad, y el desarrollo religioso imperfecto sigue siendo la regla. Pero exactamente en este progreso lento y gradual de las formas inferiores hacia los ideales superiores, este punto de vista "normal" de la religión dice que allí encontró la confirmación para la clase de desarrollo que postula. Según este punto de vista, los primeros rasgos de religión se encuentran en los animales. Se encuentran, según ellos, en el perro que adora a su amo; y puesto que el homo sapiens supuestamente se desarrolló del chimpancé, entonces la religión se manifiesta solamente en un nivel superior. Desde aquel tiempo, la religión pasó por todas las notas de la escala musical. En el presente, su desarrollo consiste en soltarse de los lazos de la iglesia y del dogma, para pasar a lo que se

considera el siguiente nivel, la noción inconsciente del infinito desconocido.

Ahora, a toda esta teoría se opone esta otra teoría, completamente diferente, que aunque afirma la pre-formación de tantos elementos humanos en el animal, o (si Uds. me permiten expresarlo así) que los animales fueron creados en la imagen del hombre, igual como el hombre fue creado en la imagen de Dios, - sin embargo mantiene que el primer hombre fue creado en relaciones perfectas con Dios, o sea, impregnado por una religión pura y genuina; y en consecuencia explica las muchas formas de religión inferiores, imperfectas y absurdas del paganismo, no como un resultado de su creación, sino como el efecto de la caída. Estas formas inferiores e imperfectas de la religión no deben entenderse como un proceso que lleva de lo inferior a lo superior, sino como una degeneración lamentable - una degeneración que por su naturaleza permite la restauración de la religión verdadera únicamente por la vía soteriológica.

En la decisión entre estas dos teorías, el calvinismo no conoce dudas. El calvinista, con esta pregunta ante el rostro de Dios, fue tan impresionado por la santidad de Dios que la conciencia de su pecado inmediatamente laceró su alma, y la naturaleza terrible del pecado presionó sobre su corazón como un peso intolerable. Todo intento de explicar el pecado como una etapa incompleta en el camino hacia la perfección, solo suscitó su ira, como un insulto a la majestad de Dios. El confesó desde el principio la misma verdad como la que demostró Buckle empíricamente en su "Historia de la Civilización en Inglaterra": que las formas en las cuales aparece el pecado, pueden mostrarnos un refinamiento gradual; pero que la condición moral del corazón humano como tal, permaneció la misma por todos los siglos. Al de profundis con el cual hace treinta siglos el alma de David clamó a Dios, el alma atormentada de cada hijo de Dios en el siglo XVI siguió respondiendo con igual poder. El concepto de la corrupción por el pecado, como la fuente de toda miseria humana, nunca era más profundo que en el entorno de Calvino. Aun en las aseveraciones que hace el calvinista, de acuerdo con las Sagradas Escrituras, en cuanto al infierno y la condenación, no hay ninguna tosquedad, ninguna rudeza, solamente aquella claridad que es el resultado de la extrema seriedad de la vida, y de la valentía de una convicción muy arraigada de la santidad del Altísimo. ¿No habló El, de cuyos labios fluyeron las palabras más tiernas y más atrayentes - no habló El mismo también muy decididamente y repetidamente de una "oscuridad exterior", de un "fuego que no se apaga", y de un "gusano que nunca muere"? Y en esto también, Calvino tenía razón, porque el rehusar de admitir estas palabras

es solo una falta de consistencia. Esto demostraría una falta de sinceridad en nuestra confesión de la santidad de Dios, y del poder destructivo del pecado. Y al contrario, en esta experiencia espiritual del pecado, en esta consideración empírica de la miseria de la vida, en esta impresión sublime de la santidad de Dios, y en esta terquedad de sus convicciones, que lo llevó a seguir sus conclusiones hasta el fin amargo, el calvinista encontró las raíces de la necesidad, primeramente, de la regeneración, para una existencia real; y segundo, la necesidad de la revelación, para una conciencia limpia.

Ahora, mi tema no me lleva a hablar en detalle sobre la regeneración, este acto inmediato por el cual Dios endereza nuevamente la rueda torcida de la vida. Pero es necesario decir algunas palabras sobre la revelación, y la autoridad de las Sagradas Escrituras. De manera muy inapropiada, Schweizer y otros representaron a las Escrituras solo como el principio formal de la confesión reformada. El concepto del calvinismo genuino es mucho más profundo. Lo que Calvino quiso decir es expresado en lo que él llamó la *necessitas S. Scripturae*, la necesidad de la revelación escritural. Esta *necessitas S.S.* era para Calvino la expresión inevitable para la autoridad de las Sagradas Escrituras que domina sobre todo; y aun ahora es este mismo dogma que nos hace entender por qué el calvinista de hoy en día considera que el análisis crítico y la aplicación del disolvente crítico a las Escrituras iguala a abandonar el mismo cristianismo. En el paraíso, antes de la caída, no había Biblia, y no habrá Biblia en el paraíso futuro de la gloria. Cuando la luz transparente, atizada por la naturaleza, se dirige a nosotros directamente, y la palabra interior de Dios suena en nuestro corazón en su claridad original, y todas las palabras humanas son sinceras, y la función de nuestro oído interior es perfecta, ¿para qué necesitaríamos una Biblia? ¿Qué madre se pierde a sí misma en un tratado sobre "el amor de nuestros hijos", en el mismo momento que sus propios hijitos amados están jugando sobre sus rodillas, y Dios le permite beber en su amor con sorbos llenos? - Pero en nuestra condición presente, esta comunión inmediata con Dios por medio de la naturaleza, y por nuestro propio corazón, es perdida. El pecado trajo una separación, y la oposición que se manifiesta hoy en día contra la autoridad de las Sagradas Escrituras se basa en nada más que la suposición falsa de que nuestra condición sigue siendo normal, y por tanto nuestra religión no necesita ser soteriológica. En este caso, por supuesto, la Biblia no sería deseada; se convertiría en un obstáculo y molestaría nuestros sentimientos, porque sería un libro interpuesto entre Dios y nuestro corazón. La comunicación oral excluye la escritura. Cuando el sol ilumina tu casa, entonces apagas la luz eléctrica;

pero cuando el sol desaparece debajo del horizonte, entonces sientes la necessitas luminis artificiosi, o sea, la necesidad de luz artificial, y en cada morada se enciende la luz artificial. Este es el mismo caso en los asuntos de la religión. Cuando no hay neblinas que esconden la majestad de la luz divina ante nuestros ojo, ¿qué necesidad tenemos de una lámpara para nuestros pies, una luz para nuestro camino? Pero cuando la historia, la experiencia y la conciencia, todas están de acuerdo en que la luz pura y plena del cielo desapareció, y que estamos caminando a tientas en la oscuridad, entonces, una luz diferente, o artificial, tiene que ser encendida para nosotros; y esta luz encendió Dios para nosotros en Su Santa Palabra,

Para el calvinista, por tanto, la necesidad de las Sagradas Escrituras no radica en un racionamiento, sino en el testimonio inmediato del Espíritu Santo, el testimonium Spiritus Sancti. Nuestra teoría de la inspiración es el producto de una deducción histórica, y así lo es cada declaración canónica de las Escrituras. Pero el poder magnético con el cual las Escrituras influyen en el alma y la atraen, como el imán atrae el acero, este poder no es derivado, sino inmediato. Todo esto sucede de una manera que no es mágica, ni mística, sino clara y fácil de entender. Dios nos regenera - esto es, El atiza nuevamente en nuestro corazón la lámpara que el pecado apagó. La consecuencia necesaria de esta regeneración es un conflicto irreconciliable entre el mundo interior de nuestro corazón y el mundo de afuera, y este conflicto se intensifica tanto más, cuanto más el principio regenerativo penetra nuestra conciencia. Ahora, en la Biblia, Dios revela al regenerado un mundo de ideas, un mundo de energías, un mundo de vida plena y hermosa, que está en oposición directa contra su mundo ordinario, pero que concuerda de manera maravillosa con la nueva vida que surgió en su corazón. Entonces el regenerado empieza a darse cuenta de la identidad de lo que surgió en la profundidad de su propia alma, con lo que le es revelado en las Escrituras. Así se entera tanto de la insipidez del mundo que lo rodea, como de la realidad divina del mundo de las Escrituras; y tan pronto como esto se vuelve en certeza para él, entonces recibe personalmente el testimonio del Espíritu Santo. Todo lo que está dentro de él tenía sed del Padre de todas las luces y espíritus. Afuera de las Escrituras, solamente encontró sombras imprecisas. Pero ahora que miró hacia arriba, por el prisma de las Escrituras, redescubre a su Padre y su Dios. Por eso no impone trabas a la ciencia. Si alguien quiere criticar, que critique. Esta crítica incluso promete profundizar nuestra comprensión de la estructura del edificio escritural. Solamente que ningún calvinista jamás permitirá que el crítico arrebatase de su mano, ni por un momento, el mismo prisma que

divide el rayo de luz divina en sus brillantes matices y colores. Ningún llamado a la gracia recibida interiormente, ninguna señal hacia el fruto del Espíritu Santo, le hará renunciar a la necessitas que está incluida en el punto de vista soteriológico de la religión para los pecadores.

Como entidades compartimos nuestra vida con las plantas y los animales. La vida inconsciente la compartimos con los niños pequeños, y con el hombre que duerme, e incluso con el hombre que perdió su razón. Lo que nos distingue, como seres superiores, y como hombres bien despiertos, es nuestra conciencia plena de nosotros mismos. Por tanto, si la religión como la función vital suprema debe operar aun en esta esfera suprema de la conciencia, entonces la religión soteriológica demanda, después de la necesidad de la regeneración interior, también la necesidad de una luz asistente, de una revelación que se enciende en nuestras tinieblas. Y esta luz asistente que viene de Dios mismo, pero nos fue entregada por medio de hombres, brilla sobre nosotros en Su Santa Palabra.

Al resumir los resultados de nuestras investigaciones hasta aquí, puedo expresar mis conclusiones como sigue: En cada uno de los cuatro grandes problemas de la religión, el calvinismo expresó su convicción en un dogma apropiado, y cada vez hizo aquella elección que aun hoy, después de tres siglos, satisface los deseos más ideales, y abre el camino para un desarrollo aún más rico.

Primero, considera la religión no en un sentido utilitarista, como si fuera para el beneficio del hombre, sino para Dios, y solo para Dios. Este es su dogma de la soberanía de Dios. Segundo, en la religión no debe haber ninguna mediación de ninguna criatura entre Dios y el alma, - la religión entera es la obra inmediata de Dios mismo, en el corazón interior. Esta es la doctrina de la elección. Tercero, la religión no es parcial sino universal - este es el dogma de la gracia común o universal. Y finalmente, en nuestra condición pecaminosa, la religión no puede ser normal, sino tiene que ser soteriológica, - esta es su posición en el dogma doble de la necesidad de la regeneración, y de la necesidad de las Sagradas Escrituras.

La iglesia organizada

Después de haber considerado la religión como tal, llegamos ahora a la iglesia como forma organizada. Presentaré en tres etapas

sucesivas el concepto calvinista de la esencia, la manifestación y el propósito de la Iglesia de Cristo en la tierra.

En su esencia, para el calvinista, la iglesia es un organismo espiritual que incluye el cielo y la tierra, pero que tiene al presente su centro y el punto de partida para su acción no en la tierra, sino en el cielo. Esto debemos entenderlo así: Dios creó el cosmos de manera geocéntrica, o sea, El puso el centro espiritual del cosmos sobre nuestro planeta, y todas las divisiones de los reinos de la naturaleza en esta tierra las hizo culminar en el hombre, al cual llamó, como el que lleva Su imagen, a consagrar el cosmos a Su gloria. En la creación de Dios, por tanto, el hombre está puesto como profeta, sacerdote y rey; y aunque el pecado alteró estos designios sublimes, Dios sigue cumpliéndolos. El ama al mundo de tal manera que se dio a Sí mismo, en la persona de Su Hijo; y así trajo nuevamente nuestra raza, y por medio de nuestra raza Su cosmos entero, en un nuevo contacto con la vida eterna. De cierto, muchas ramas y hojas se cayeron del árbol de la raza humana, pero el árbol mismo será salvo; en su nueva raíz en Cristo florecerá nuevamente de manera gloriosa. Es que la regeneración no salva solamente a algunos individuos aislados para juntarlos al fin mecánicamente como un montón. La regeneración salva el mismo organismo de nuestra raza. Y por tanto, toda la vida humana regenerada forma un solo cuerpo orgánico, del cual Cristo es la cabeza, y cuyos miembros son unidos por su unión mística con El. Pero no antes de Su segunda venida se manifestará este organismo universal como el centro del cosmos. Al presente está escondido. Aquí, en la tierra, solo se puede discernir nebulosamente su silueta. En el futuro, esta Nueva Jerusalén descenderá de Dios, del cielo; pero en el presente esconde su luz de nuestra vista en los misterios de lo invisible. Y por tanto, el verdadero santuario es ahora arriba. Allá arriba están el altar de la expiación, y el altar de incienso de la oración; y allá arriba está Cristo, el único sacerdote que ministra al altar según el orden de Melquisedec, en el santuario, ante Dios.

En la Edad Media, la iglesia perdió más y más de la vista este carácter celestial, y se volvió mundana. El santuario fue traído de regreso a la tierra, el altar fue reedificado de piedras, y una jerarquía sacerdotal se reconstituyó para ministrar al altar. Después, por supuesto, fue necesario renovar el sacrificio tangible en la tierra, y esto llevó a la iglesia a crear el sacrificio sin sangre de la misa. Contra todo esto se opuso el calvinismo, no para luchar contra el sacerdocio por principio, ni contra altares como tales, ni contra el sacrificio en sí, puesto que el oficio de sacerdote no puede perecer, y el que conoce la

realidad del pecado sabe en su propio corazón que un sacrificio expiatorio es absolutamente necesario; sino para dejar de una lado todas estas añadiduras terrenales, y para llamar a los creyentes a levantar sus ojos nuevamente a lo alto, al santuario verdadero, donde Cristo, nuestro único sacerdote, ministra al único verdadero altar. La batalla no fue contra el sacerdocio, sino contra el sacerdotalismo; y solo Calvino peleó esta batalla hasta el fin con consistencia. Los luteranos y los episcopales reedificaron una forma de altar en la tierra; solo el calvinismo se atrevió a desecharlo enteramente. En consecuencia, entre los episcopales se mantuvo el sacerdocio terrenal, incluso en la forma de una jerarquía; y en los países luteranos el príncipe se convirtió en summus episcopus y se imitaron las divisiones de los rangos eclesiásticos; pero el calvinismo proclamó la igualdad absoluta de todos los que se involucran en el servicio de la iglesia, y se negó a atribuir a sus líderes y oficiales algún otro carácter que el de ministros (esto significa siervos). Todo lo que debía instruir al pueblo en la forma de tipos y símbolos, bajo las sombras de la dispensación del Antiguo Testamento, fue para Calvino un perjuicio de la gloria de Cristo y rebajó la naturaleza celestial de la iglesia, puesto que ahora los tipos se han cumplido. Por tanto, el calvinismo no pudo descansar hasta que estos adornos mundanos habían dejado de seducir y atraer el ojo. Solo cuando el último grano de la levadura sacerdotal estaba eliminado, la Iglesia en la tierra pudo volver a ser el atrio, desde el cual los creyentes pudieron mirar hacia arriba y adelante al verdadero santuario del Dios vivo en el cielo.

La Confesión de Westminster declara de manera hermosa esta naturaleza celestial y universal de la Iglesia, cuando dice: "La Iglesia Católica o Universal, que es invisible, consiste en el número completo de los elegidos que han sido, son, o serán juntados en uno, bajo Cristo la Cabeza, como su esposa, el cuerpo, la plenitud de El que llena todo en todo." Solo así, el dogma de la iglesia invisible fue consagrado religiosamente y entendido en su significado cosmológico y duradero. Por supuesto, la realidad y plenitud de la Iglesia de Cristo no puede existir en la tierra. Aquí encontramos, a lo máximo, una generación de creyentes a la vez. En el portal del Templo, todas las generaciones previas, desde el comienzo y la fundación del mundo, han dejado esta tierra y han subido a El. Por tanto, los que se quedaron aquí, eran peregrinos, caminando desde el portal hasta el mismo santuario, sin que quede alguna posibilidad de salvación después de la muerte para aquellos que no habían sido unidos con Cristo durante esta vida presente. No se pudo dejar lugar para misas por los muertos, ni para un llamado al arrepentimiento al otro lado de la tumba, como lo defienden ahora los teólogos

alemanes. Todas estas transiciones procesionales y graduales fueron consideradas por Calvino como algo que destruye el contraste absoluto entre la esencia de la Iglesia en el cielo, y su forma imperfecta aquí en la tierra. La Iglesia en la tierra no envía su luz arriba al cielo, sino la Iglesia en el cielo tiene que enviar su luz abajo a la Iglesia en la tierra. Ahora permanece una cortina extendida delante de nuestros ojos, que nos impide penetrar en la verdadera esencia de la Iglesia mientras estamos en la tierra. Por tanto, todo lo que permanece posible para nosotros en la tierra es primero, una comunión mística con esta iglesia verdadera, por medio del Espíritu; y segundo, disfrutar de las sombras que se dibujan en la cortina transparente delante de nosotros. Por tanto, ningún hijo de Dios debe imaginarse que la Iglesia verdadera está aquí en la tierra, y que detrás de la cortina está solamente un producto ideal de nuestra imaginación; sino, al contrario, debe confesar que Cristo en forma humana, en nuestra carne, ha entrado en lo invisible, detrás de esta cortina, y que con El, alrededor de El, y en el, nuestra Cabeza, es la Iglesia verdadera, el santuario verdadero y esencial de nuestra salvación.

Al haber así entendido claramente la naturaleza de la Iglesia, con sus implicaciones sobre la re-creación tanto de nuestra raza humana como del cosmos entero, prestemos ahora atención a su forma de manifestación, aquí en la tierra. Como tal nos muestra diferentes congregaciones locales de creyentes, grupos de confesores, que viven en alguna unión eclesiástica, en obediencia a las ordenanzas de Cristo mismo. La iglesia en la tierra no es una institución para la dispensación de la gracia, como si fuera un botiquín de medicinas espirituales. No hay ninguna orden mística, espiritual, dotada de poderes místicos para operar con una influencia mágica sobre los laicos. Solo hay individuos regenerados y confesantes, que de acuerdo con el mandamiento escritural y bajo la influencia del elemento sociológico de toda religión, formaron una sociedad, y se esfuerzan para vivir juntos en subordinación bajo Cristo como su Rey. Solo esto es la Iglesia en la tierra - no el edificio, ni la institución, ni una orden espiritual. Para Calvino, la iglesia se encuentra en los individuos que confiesan, no en cada individuo de manera separada, sino en todos ellos juntos, y unidos, no como a ellos mismos les parece bien, sino de acuerdo con las ordenanzas de Cristo. En la iglesia en la tierra tiene que realizarse el sacerdocio universal de los creyentes.

No me entiendan mal. No estoy diciendo que la iglesia consiste en personas piadosas que se unen en grupos para propósitos

religiosos. Esto, por sí mismo, no tendría nada en común con la Iglesia. La Iglesia verdadera, celestial, invisible tiene que manifestarse en la Iglesia terrenal. Sino tendríamos una asociación, pero no una iglesia. La verdadera iglesia esencial es y permanece el cuerpo de Cristo, del cual las personas regeneradas son miembros. Por tanto, la Iglesia en la tierra consiste solamente en aquellos que han sido incorporados en Cristo, que se inclinan ante El, viven en Su Palabra, y se adhieren a Sus ordenanzas; y por esta razón la Iglesia en la tierra tiene que predicar la Palabra, administrar los sacramentos, y ejercer disciplina, y en todo estar ante el rostro de Dios.

Esto determina a la vez la forma de gobierno de la Iglesia en la tierra. Este gobierno se origina, como la Iglesia misma, en el cielo, en Cristo. El gobierna de la manera más eficaz a Su Iglesia por medio del Espíritu Santo, por medio del cual El obra en Sus miembros. Por tanto, al ser todos iguales bajo El, no puede haber ninguna distinción de rangos entre los creyentes; solo hay ministros que sirven, lideran y regulan; una forma de gobierno presbiteriana; el poder de la Iglesia desciende directamente de Cristo mismo, en la congregación, concentrado desde la congregación en los ministros, y por ellos administrado a los hermanos. Así la soberanía de Cristo permanece absolutamente monárquica, pero el gobierno de la Iglesia en la tierra se vuelve democrático hasta los tuétanos; un sistema que lleva lógicamente a esta otra conclusión, que todos los creyentes y todas las congregaciones son de igual posición, ninguna iglesia puede ejercer algún dominio sobre otra, sino todas las iglesias locales son del mismo rango, y como manifestaciones de uno y el mismo cuerpo, pueden unirse solamente de forma sinodal, o sea, por una confederación.

Ahora déjenme dirigir su atención hacia otra consecuencia muy importante del mismo principio: la multiformidad de denominaciones como el resultado necesario de la diferenciación de las iglesias, de acuerdo a los diferentes grados de su pureza. Si la Iglesia es considerada como una institución de la gracia, independiente de los creyentes, o una institución donde un sacerdocio jerárquico distribuye el tesoro de gracia que le es encomendado, entonces el resultado tiene que ser que esta misma jerarquía se extiende por todas las naciones, e imparte el mismo sello a todas las formas de vida eclesiástica. Pero si la Iglesia consiste en la congregación de los creyentes, si las iglesias se forman por la unión de los confesores, y son unidas solamente por medio de la confederación, entonces las diferencias de climas y

naciones, del pasado histórico, y de las disposiciones de la mente, llegan a ejercer una influencia muy variada, y el resultado tiene que ser una multiformidad en asuntos eclesiales. Esto es muy importante, porque aniquila el carácter absoluto de toda iglesia visible, y las pone todas lado a lado, con sus diferencias en el grado de pureza, pero permaneciendo de una u otra manera una manifestación de la única Iglesia santa y católica de Cristo en el cielo.

No estoy diciendo que los teólogos calvinistas proclamaron esta consecuencia desde el inicio. El deseo de un poder dominante acechaba también en la puerta de su corazón, y aun aparte de esta disposición peligrosa era justo y natural para ellos, el juzgar teóricamente a cada iglesia de acuerdo a sus propios ideales. Pero aun así, al ver a su iglesia no como una jerarquía o institución, sino como una reunión de individuos que confiesan, entonces empezaron (no solo para la vida de la iglesia, sino también del Estado y de la sociedad civil) con el principio no de la obligación, sino de la libertad. A raíz de este punto de partida no hubo ningún poder eclesiástico superior a las iglesias locales, excepto el que las mismas iglesias constituyeron por medio de su confederación. De allí sigue necesariamente que también las diferencias naturales y históricas entre los hombres se abrieron camino en la vida de la iglesia en la tierra. Las diferencias nacionales en cuanto a la moral, las diferencias en disposición y emociones, los diferentes grados de profundidad en vida y entendimiento, necesariamente llevaron a enfatizar aquí un lado, y allá otro lado de la misma verdad. De allí las numerosas agrupaciones y denominaciones en las cuales se dividió la vida externa de la iglesia, a raíz de este principio. Así hay de nuestro lado denominaciones que pueden haberse apartado de la plena Confesión calvinista, incluso hasta oponerse amargamente contra más de un artículo capital de nuestra Confesión; pero todas ellas deben su origen a una oposición arraigada contra el sacerdotismo, y al reconocimiento de la Iglesia como "la congregación de los creyentes", la verdad en la cual el calvinismo expresó su concepto fundamental. Y aunque este hecho llevó inevitablemente a mucha rivalidad no santa, e incluso a errores pecaminosos de conducta; sin embargo, después de la experiencia de tres siglos hay que admitir que esta multiformidad, que es conectada inseparablemente con la idea fundamental del calvinismo, ha sido mucho más favorable al crecimiento y la prosperidad de la vida religiosa que la uniformidad compulsiva en la cual otros buscaron la base de su fuerza. Y en el futuro se puede esperar todavía un fruto más abundante, con tal que el principio de la libertad eclesiástica

no degenerare en indiferencia, y que ninguna iglesia que en su nombre y confesión sigue levantando la bandera calvinista, deje de cumplir su santa misión de recomendar a otros la superioridad de sus principios.

Todavía hay otro punto a mencionar en este respecto. El concepto de la Iglesia como la "congregación de los creyentes" podría llevar a la idea de que incluye solamente a los creyentes, sin sus hijos. Esto, sin embargo, no es la enseñanza del calvinismo; su enseñanza sobre el bautismo de infantes demuestra lo contrario. Los creyentes que se unen no dañan por eso los lazos naturales que les unen con sus descendientes. Al contrario, ellos consagran este lazo, y por el bautismo incorporan a sus hijos en la comunión de su iglesia, y estos menores son mantenidos en la comunión de la Iglesia hasta que, al alcanzar la edad, se vuelvan confesores ellos mismos, o se separen de la iglesia por su incredulidad. Este es el importante dogma calvinista del pacto; un artículo prominente de nuestra Confesión, que demuestra que las aguas de la Iglesia no fluyen por afuera del río natural de la vida humana, sino que hacen la vida de la Iglesia proceder de la mano con la reproducción natural orgánica de la humanidad en sus generaciones subsiguientes. Pacto e Iglesia son inseparables: el Pacto ata la Iglesia a la raza, y Dios mismo sella en él la conexión entre la vida de la gracia y la vida de la naturaleza. Por supuesto, la disciplina eclesiástica tiene que entrar aquí, para preservar la pureza de este Pacto tan pronto como la penetración de la gracia por la naturaleza empiece a disminuir la pureza de la Iglesia.

Desde el punto de vista calvinista, por tanto, es imposible hablar de una iglesia nacional como destinada a abarcar a todos los habitantes de un país entero. Una iglesia nacional, o sea, una iglesia que abarca una sola nación, y esta nación enteramente, es un concepto pagano, o a lo máximo un concepto judío. La Iglesia de Cristo no es nacional sino ecuménica, en el sentido de que ni una sola nación, sino el mundo entero es su dominio. Y cuando los reformadores luteranos, instigados por sus soberanos, nacionalizaron sus iglesias, y las iglesias calvinistas permitieron ser desviados por el mismo camino, entonces no ascendieron a un concepto superior al de una iglesia mundial de Roma, sino descendieron a un terreno muy inferior. ...

Después de haber dado un resumen de la naturaleza de la Iglesia, y de la forma de su manifestación, dirigiré ahora vuestra atención al propósito de su presencia en la tierra. No diré nada,

por ahora, sobre la separación de Iglesia y Estado. Esto tendrá su lugar en la próxima exposición. Por ahora, me limitaré al propósito que fue asignado a la Iglesia en su peregrinaje por el mundo. Este propósito no puede ser humano ni egoísta, no puede ser la preparación del creyente para el cielo. Un niño regenerado, muriendo en la cuna, va directamente al cielo, sin ninguna preparación más; y dondequiera el Espíritu Santo encendió la chispa de la vida eterna en el alma, la perseverancia de los santos asegura la salvación eterna. También en la tierra, la Iglesia existe solamente para la gloria de Dios. La regeneración es suficiente para el elegido, para asegurarlo de su destino eterno, pero no es suficiente para satisfacer la gloria de Dios en Su obra entre los hombres. Para la gloria de nuestro Dios es necesario que a la regeneración le siga la conversión, y a esta conversión tiene que contribuir la Iglesia, predicando la Palabra. En el hombre regenerado, la chispa arde apenas, pero solamente en el hombre convertido la chispa salta en una llama, y esta llama irradia la luz de la Iglesia al mundo, para que según el mandamiento de nuestro Señor, nuestro Padre, que está en los cielos, sea glorificado. Y tanto nuestra conversión como nuestra santificación en buenas obras no tendrán el carácter sublime que exige Jesús, excepto cuando las hacemos servir, en primer lugar, no como una garantía de nuestra propia salvación, sino para glorificar a Dios. En segundo lugar, la iglesia tiene que atizar esta llama para que brille más, por medio de la comunión de los santos y por los sacramentos.

Solo cuando cientos de velas arden en un candelero, podemos realmente percibir la luz; y de la misma manera es la comunión de los santos la que tiene que unir las muchas lucecitas de los creyentes individuales para incrementar mutuamente su brillo, y Cristo, caminando en medio de los siete candeleros, podrá sacramentalmente purificar su brillo a un fervor aún más brillante. Entonces, el propósito de la Iglesia no está en nosotros, sino en Dios, y en la gloria de Su nombre.

De este propósito solemne origina, en la misma manera, el culto tan seriamente espiritual que el calvinismo intentó restaurar. Incluso Von Hartman, el filósofo tan lejos del cristianismo, percibió que el culto se vuelve más religioso a medida que tiene el coraje de despreiciar toda apariencia externa, y la energía de levantarse por encima del simbolismo, para vestirse de una belleza de un orden mucho superior - la belleza interna, espiritual, del alma que adora. Los cultos sensuales agradan y lisonjean al hombre religiosamente; solamente el servicio puramente espiritual del calvinismo apunta a la adoración pura de Dios, y a Su adoración en espíritu y en verdad. - La misma

tendencia nos lleva a nuestra disciplina eclesiástica, este elemento indispensable de toda actividad eclesiástica genuinamente calvinista. La disciplina eclesiástica no fue instituida en primer lugar para evitar los escándalos, ni siquiera para cortar las ramas silvestres, sino para preservar la santidad del Pacto de Dios, y para impresionar incluso al mundo de afuera con el hecho de que Dios es demasiado puro para tolerar lo malo. - Finalmente, tenemos en el servicio de la Iglesia la filantropía, en el diaconado que solo Calvino entendió y restauró a su honor primordial. Ni Roma ni la iglesia griega, ni la iglesia luterana ni la episcopal, captaron el significado verdadero del diaconado. Solo el calvinismo restauró el diaconado a su lugar de honor, como un elemento indispensable y constituyente de la vida eclesiástica. Pero también en este diaconado, tiene que prevalecer el principio sublime de que no se glorifique a aquel que da limosnas, sino solamente a Aquel que mueve los corazones de los hombres a la generosidad. Los diáconos no son nuestros siervos, sino siervos de Cristo. Lo que les encomendamos, simplemente lo devolvemos a Cristo, como mayordomos de Su propiedad; y en Su nombre tiene que ser distribuido a los pobres, nuestros hermanos y hermanas. El miembro pobre de la iglesia, que agradece al diácono y al dador, pero no a Cristo, en realidad niega a Aquel que es el dador verdadero y divino, y que a través de Sus diáconos desea manifestar que para el hombre entero, y para el todo de la vida, El es el Cristo Consolador, el Redentor Celestial, ungido y escogido por Dios mismo, para nuestra raza caída, desde toda la eternidad. Y así, como Uds. ven, el resultado demuestra claramente que en el calvinismo, el concepto fundamental de la Iglesia encaja perfectamente en la idea fundamental de la religión. Todo egoísmo es excluido de ambos, hasta el final. Siempre y en todo lugar tenemos una religión, y una iglesia, para el beneficio de Dios, y no para el hombre. El origen de la Iglesia está en Dios, su forma de manifestación es de Dios, y de principio a fin, su propósito es siempre engrandecer la gloria de Dios.

El fruto de la religión para la vida práctica

Finalmente, estoy llegando al fruto de la religión en nuestra vida práctica, o la posición del calvinismo en cuanto a la moral - la tercera y última división con la cual esta exposición sobre calvinismo y religión concluirá.

Aquí, lo primero que llama nuestra atención es la contradicción aparente entre una declaración de fe que, como se dice, les quita el filo a todos los incentivos morales, y una práctica que en su

seriedad moral supera la práctica de todas las otras religiones. El antinomista y el puritano parecen estar mezclados en este campo como cizaña y trigo. A primera vista parece que el antinomista fuera el resultado lógico de la declaración de fe calvinista, y que solamente por una inconsistencia afortunada el puritano pudo infundir el calor de su seriedad moral en el frío congelante que emana del dogma de la predestinación. Los romanistas, luteranos, arminianos y libertinistas han siempre acusado al calvinismo de que su doctrina absoluta de la predestinación, culminando en la perseverancia de los santos, tiene que resultar necesariamente en una conciencia demasiado liviana y una flojera en la moral. Pero el calvinismo responde a esta acusación, no razonando, sino demostrando un hecho de reputación mundial en contra de esta deducción falsa de consecuencias ficticias. Simplemente pregunta: "¿Qué frutos morales pueden demostrar otras religiones, que sean iguales a los estándares morales elevados de los puritanos?" - "Perseveremos en el pecado para que la gracia abunde más", es la vieja mentira diabólica que el espíritu malo lanzó contra el santo apóstol mismo en la niñez de la Iglesia cristiana. Y cuando en el siglo XVI el catecismo de Heidelberg tuvo que defender al calvinismo contra la acusación vergonzosa: "¿No lleva esta doctrina a vidas despreocupadas y poco piadosas?", Ursino y Oleviano se enfrentaron con nada más que el eco de la misma vieja calumnia. Por cierto, el deseo malo de persistir en el pecado, e incluso el mismo antinomismo, abusaron de la confesión calvinista vez tras vez y la levantaron como un escudo para esconder los apetitos carnales del corazón no convertido. Pero como la repetición mecánica de una confesión escrita no tiene nada que ver con la religión verdadera, tampoco podemos hacer responsable a la confesión calvinista de aquellas piedras muertas que hacen eco de las fórmulas de Calvino sin tener ni un grano de la seriedad calvinista en sus corazones. Solamente aquel es un calvinista verdadera, con el derecho de levantar la bandera calvinista, que en su propia alma, personalmente, fue tocado por la majestad del Todopoderoso, se entregó al poder abrumador de su amor eterno, y se atrevió a proclamar este amor majestuoso en contra de satanás y del mundo, y de la mundanidad de su propio corazón, en la convicción personal de haber sido elegido por Dios mismo, y por tanto, de tener que agradecerle a El solo, por toda gracia eternamente. Un tal no puede sino temblar ante el poder y la majestad de Dios, y aceptar Su Palabra como principio gobernador de su conducta en la vida; un principio que lleva tan lejos que por su fuerte adhesión a las Escrituras, el calvinismo fue censurado como una religión nomista, pero sin razón válida. Nomista es el nombre apropiado para una religión que proclama que la salvación se alcanza por el cumplimiento de la ley; mientras

el calvinismo, en un sentido completamente soteriológico, nunca derivó la salvación de otro lugar que de Cristo y el fruto redentor de Sus méritos.

Pero sigue siendo el rasgo especial del calvinismo que coloca al creyente ante el rostro de Dios, no solamente en Su iglesia, sino también en su vida personal, familiar, social y política. La majestad de Dios, y la autoridad de Dios, impulsan al calvinista en el todo de su existencia humana. El es un peregrino, no en el sentido de caminar por un mundo que no le interesa, sino en el sentido de que a cada paso del largo camino tiene que recordar su responsabilidad hacia este Dios tan lleno de majestad, que le espera al final de su viaje. Al frente del portal que se abre para él, a la entrada a la eternidad, se encuentra el juicio final; y este juicio será una prueba amplia que abarca todo, para averiguar si el peregrinaje largo fue cumplido con un corazón que apuntaba a la gloria de Dios, y de acuerdo con las ordenanzas del Altísimo.

¿Qué quiere decir ahora el calvinista con su fe en las ordenanzas de Dios? - Nada menos que una convicción bien arraigada, de que todo en la vida fue primero en los pensamientos de Dios, antes de ser realizado en la creación. Por tanto, toda vida creada lleva necesariamente dentro de sí una ley de su existencia, instituida por Dios mismo. No hay ninguna vida en la naturaleza sin tales ordenanzas divinas - ordenanzas que llamamos las leyes de la naturaleza -, un término que estamos dispuestos a aceptar, con tal que se entienda con ello, no leyes que se originan desde la naturaleza, sino leyes impuestas a la naturaleza. Así hay ordenanzas de Dios para el firmamento arriba, y ordenanzas para la tierra abajo, por medio de las cuales el mundo se mantiene, y, como dice el salmista: Estas ordenanzas son los siervos de Dios. En consecuencia, hay ordenanzas de Dios para nuestro cuerpo, para la sangre que corre por nuestras venas, y para nuestros pulmones como órganos de respiración. E igualmente hay ordenanzas de Dios para la lógica, para poner en orden nuestros pensamientos; ordenanzas de Dios para nuestra imaginación, en el área de la estética; y así también ordenanzas estrictas de Dios para el todo de la vida humana en el área de la moral. No ordenanzas morales en el sentido de leyes sumarias generales, que dejen a nosotros la decisión en los casos concretos y detallados; sino como la ordenanza de Dios determina el rumbo del asteroide más pequeño y de la estrella más grande, así también las ordenanzas morales de Dios descienden a los detalles más pequeños y más particulares, diciéndonos lo que es la voluntad de Dios en cada caso. Y estas ordenanzas de Dios que gobiernan tanto los problemas más fuertes como las pequeñeces más insignificantes, nos urgen, no como los

estatutos de un libro de la ley, no como reglas a ser leídas desde un papel, no como una codificación de la vida que podría en algún momento ejercer una autoridad propia -, no, estas ordenanzas nos urgen como la voluntad constante del Dios omnipresente y todopoderoso, que en cada instante determina el rumbo de nuestra vida, ordenando sus leyes y continuamente comprometiéndonos por su autoridad divina. El calvinista no asciende en su razonamiento, como Kant, desde el "Tú debes" a la idea de un legislador; sino, porque se encuentra ante el rostro de Dios, porque ve a Dios y camina con Dios, y siente a Dios en su entero ser y existencia, por eso no puede cerrar su oído ante este "Tú debes" que procede continuamente de Dios, en la naturaleza, en su cuerpo, en su razón, y en su acción.

De allí sigue que el verdadero calvinista se ajusta a estas ordenanzas no a la fuerza, como si fuera un yugo del cual quisiera despojarse, sino con la misma disposición con la cual seguimos a un guía por el desierto, reconociendo que no conocemos el camino pero el guía sí lo conoce, y por tanto admitiendo que no hay seguridad excepto al seguir sus pisadas de cerca. Cuando nuestra respiración es obstruida, intentamos inmediata e irresistiblemente de quitar el obstáculo para volver a una respiración normal, o sea, para restaurarla, al hacerla concordar nuevamente con las ordenanzas que Dios dio para la respiración del hombre. Tener éxito en esto, nos da una sensación de alivio indecible. Exactamente así, en toda alteración de la vida normal, el creyente tiene que esforzarse tan rápidamente como sea posible a restaurar su respiración espiritual, de acuerdo con los mandamientos morales de Dios, porque solamente después de esta restauración puede la vida interior desarrollarse nuevamente con libertad en su alma, y nuevas energías están a disposición para actuar. Por tanto, no conoce ninguna distinción entre ordenanzas morales generales, y mandamientos específicamente cristianos. ¿Podríamos imaginar que en cierto tiempo Dios quisiera gobernar las cosas de cierta manera, pero que ahora, en Cristo, El quisiera gobernar de otra manera? ¿Como si El no fuera el Eterno, el Incambiable, que desde la misma hora de la creación, y hasta toda la eternidad, quiso, quiere, y querrá y mantendrá, un solo y el mismo orden moral mundial! Por cierto, Cristo removi6 el polvo con el cual las limitaciones pecaminosas del hombre habían cubierto este orden del mundo, y le devolvió su brillo original. Por cierto, Cristo, y El solo, nos reveló Su eterno amor que fue, desde el inicio, el principio que mueve este orden del mundo. Sobre todo, Cristo fortaleció en nosotros la capacidad de caminar en este orden del mundo con un paso firme sin vacilar. Pero el orden del mundo en sí permanece el mismo que fue desde el inicio. Este orden requiere su cumplimiento, no solo del creyente (como

si menos fuera requerido del no creyente), sino de todo ser humano y de todas las relaciones humanas. Por tanto, el calvinismo no nos lleva a filosofar sobre una susodicha vida moral, como si nosotros tendríamos que crear, descubrir, u ordenar esta vida. El calvinismo simplemente nos coloca bajo la impresión de la majestad de Dios, y nos sujeta bajo Sus ordenanzas eternas y mandamientos incambiables. De allí, para el calvinista, todo estudio ético se basa en la Ley del Sinai, no como si en aquel tiempo el orden moral del mundo se hubiera establecido, sino para honrar la Ley del Sinai como el resumen auténtico y divino de aquella ley moral original que Dios escribió en el corazón del hombre, en su creación, y que Dios está re-escribiendo en las tablas de cada corazón en su conversión. El calvinista se somete a la conciencia, no como a un legislador individual que cada persona llevaría dentro de sí, sino como un sentido de lo divino directo, por medio del cual Dios mismo llama la atención del hombre interior y lo sujeta a Su juicio. El calvinista no se adhiere a una religión, con su dogmática como una entidad separada, y después coloca su vida moral con su ética como una segunda entidad al lado de la religión; sino él se adhiere a la religión como algo que le coloca en la presencia de Dios mismo, quien por medio de ella le impregna con Su voluntad divina. El amor y la adoración son, para Calvino, ellos mismos los motivos de cada actividad espiritual, y así el temor de Dios se imparte al todo de la vida como una realidad - a la familia, y a la sociedad, a la ciencia y las artes, a la vida personal, y a la carrera política. Un hombre redimido que en todas las cosas y en todas las decisiones de la vida es controlado solamente por la reverencia más escudriñadora por un Dios que está siempre presente ante su conciencia, y que siempre le tiene ante Sus ojos - este es el tipo calvinista como se presenta en la historia. Siempre y en todas las cosas la reverencia más profunda, más sagrada por el Dios omnipresente como regla de la vida - esta es la única imagen verdadera del puritano original.

El evitar el mundo nunca ha sido la marca calvinista, sino el shibolet del anabaptista. El dogma específico anabaptista del "evitamiento" lo comprueba. Según este dogma, los anabaptistas, anunciándose como "santos", fueron separados del mundo; se pusieron en oposición contra él. Rehusaron asumir un juramento; aborrecieron todo servicio militar; condenaron el tener oficios públicos. Ya aquí, en medio de este mundo de pecado, ellos dieron forma a un nuevo mundo, pero que no tenía nada que ver con esta nuestra existencia presente. Ellos rechazaron toda obligación y responsabilidad hacia el mundo antiguo, y lo evitaron sistemáticamente, por miedo a la contaminación y al contagio.

Pero este es exactamente lo que el calvinista siempre disputaba y negaba. No es cierto que haya dos mundos, uno malo y uno bueno, que estuvieran metidos uno dentro del otro. Es una y la misma persona a la cual Dios creó perfecta y que cayó después, y se volvió pecador - y es este mismo "ego" del viejo pecador que nace de nuevo, y que entra a la vida eterna. Así también es uno y el mismo mundo que una vez exhibió toda la gloria del paraíso, que después fue puesto bajo maldición, y que, desde la caída, se mantiene por la gracia común; que ahora ha sido redimido y salvado por Cristo, en su centro, y que pasará por el horror del juicio hasta el estado de gloria. Por esta misma razón, el calvinista no puede encerrarse en su iglesia y abandonar el mundo a su destino. Al contrario, él siente su llamado elevado de avanzar el desarrollo de este mundo a un nivel más alto, y de hacerlo en constante acuerdo con la ordenanza de Dios, para la gloria de Dios, levantando en medio de tanta corrupción todo lo que es honorable, amable, y de buena reputación entre los hombres. Por tanto vemos en la historia (si me permiten hablar de mis propios antepasados) que apenas que el calvinismo se había establecido firmemente en los Países Bajos por cuarto siglo, cuando hubo un despertar de la vida en todas las direcciones, y una energía indomable trabajó en cada área de actividad humana, y su comercio y sus negocios, sus artesanías e industrias, su agricultura y horticultura, sus artes y ciencias, florecieron con una brillantez antes desconocida, e impartieron un nuevo impulso para un desarrollo completamente nuevo de la vida, para toda Europa Occidental.

Esto permite una sola excepción, y esta excepción deseo mantener y colocarla en su luz apropiada. Lo que quiero decir es esto: No toda relación íntima con el mundo no convertido es considerado legítimo por el calvinismo, puesto que colocó una barrera contra la influencia malsana de este mundo, poniendo un "veto" claro contra tres cosas, jugando a las cartas, teatros, y bailar - tres formas de diversión que primeramente trataré por separado, y después los expondré en su significado combinado.

Jugar a las cartas fue proscrito por el calvinismo, no como si los juegos de todo tipo fueron prohibidos, ni como si algo demoniaco estuviera acechándonos en las cartas mismas; sino porque fomenta en nuestro corazón la tendencia peligrosa de quitar la mirada de Dios, y de poner nuestra confianza en la fortuna o la suerte. Un juego donde se establece el ganador por medio de su agudeza de visión, rapidez de reacción, o su horizonte de experiencia, nos ennoblece; pero un juego como cartas, que se decide principalmente por la manera como las

cartas son mezcladas en el paquete y distribuidas ciegamente, nos induce a atribuir cierto significado a este poder imaginativo fatal, fuera de Dios, que llamamos azar o fortuna. Cada uno de nosotros tiene una inclinación hacia esta forma de incredulidad. La fiebre de especulación en la bolsa de valores demuestra diariamente como las personas se sienten mucho más atraídos e influenciados por la seducción de la fortuna, que por una dedicación sólida a su trabajo. Por tanto, el calvinista decidió que la generación emergente debía ser protegida contra esta tendencia peligrosa, porque por medio del juego a las cartas se fomentaría esta tendencia. Y puesto que la sensación de la presencia de Dios fue sentida en cada momento por Calvino y sus seguidores, como la fuente infalible de la cual sacaron su seriedad de la vida, ellos tenían que condenar un juego que intoxicaba esta fuente al colocar el azar por encima de la disposición de Dios, y la búsqueda de la suerte por encima de la confianza firme en Su voluntad. Temer a Dios, y a la vez pedir los favores de la fortuna, les pareció tan irreconciliable como fuego y agua.

Unas objeciones muy diferentes se mantuvieron en contra del ir al teatro. En sí no hay nada pecaminoso en la ficción - el poder de la imaginación es un don precioso de Dios mismo. Ni hay algo especialmente malo en la imaginación dramática. Cuán altamente apreció Milton los dramas de Shakespeare, ¿y no escribió él mismo en forma dramática? Lo malo tampoco está en representaciones teatrales en público, en sí. Se dieron espectáculos públicos para toda la gente en el mercado de Ginebra, en los tiempos de Calvino y con su aprobación. No, lo que ofendió a nuestros antepasados no era la comedia ni la tragedia, ni la ópera en sí, sino el sacrificio moral que se requería generalmente de los actores, para la diversión del público. Un grupo teatral, especialmente en aquellos tiempos, se encontraba moralmente a un nivel bastante bajo. Este estándar moral bajo resultaba, por una parte, del hecho de que la representación cambiante del carácter de una persona diferente finalmente trunca el desarrollo del carácter propio; y por otra parte porque nuestro teatro moderno, no como el griego, ha introducido la presencia de mujeres en el escenario, en una manera que la prosperidad del teatro a menudo se decide por la medida en la cual una mujer echa a perder los tesoros más sagrados que Dios le encomendó, su nombre y conducta irreprochable. Ciertamente, un teatro estrictamente normal se podría imaginar; pero con la excepción de algunas ciudades grandes, tales teatros no podrían existir económicamente; y por todo el mundo permanece un hecho que la prosperidad de un teatro por lo general aumenta en proporción con la degradación moral de sus actores. muchas veces, Hall Caine en su "Cristiano" corroboró

la triste verdad de que la prosperidad de los teatros es comprada al precio del carácter viril y de la pureza femenina. Y el calvinista que honra todo lo que es humano en el hombre por la gloria de Dios, no pudo sino condenar la compra de diversión para el oído y el ojo a un tan alto precio moral.

Finalmente, en cuanto al baile, incluso revistas mundanas como el "Fígaro" de París justifican al presente la posición del calvinista. Solo recientemente, un artículo en esta revista llamó la atención al dolor moral con el cual un padre lleva a su hija a la sala de baile por primera vez. Se declara que este dolor moral es evidente, por lo menos en París, para todos los que están familiarizados con los cuchicheos, las miradas y las acciones indecentes que prevalecen en estos círculos. Aquí también, el calvinista no protesta contra el baile en sí, sino exclusivamente contra la impureza a la cual lleva a menudo.

Con esto regreso a la barrera de la cual hablé. Nuestros padres percibieron de manera excelente que eran exactamente estos tres: el baile, el juego a las cartas, y el teatro, de los cuales el mundo estaba locamente enamorado. En círculos mundanos, estos placeres no se consideraban pequeñeces, sino fueron honrados como asuntos de suma importancia; y cualquiera que se atrevía a atacarlos se exponía al desprecio y a la enemistad más amarga. Por eso, ellos vieron en estos tres el Rubicón el cual ningún calvinista verdadero podía cruzar sin sacrificar su seriedad y su temor a Dios. Y ahora, yo pregunto, ¿no justificó el resultado su protesta fuerte y audaz? Aún ahora, después de tres siglos, Uds. encontrarán en mi país calvinista, en Escocia, y en vuestros propios Estados, círculos sociales enteros en los cuales nunca se permite entrar la mundanidad, pero donde la riqueza de la vida humana se volvió de afuera hacia adentro, y donde, como resultado de la concentración espiritual sana, se desarrolló un sentido tan profundo para todo lo sublime, y tanta energía para todo lo sagrado, que se excita la envidia aun de nuestros antagonistas. No solo quedó intacta el ala de la mariposa en estos círculos, sino incluso el polvo de oro sobre esta ala sigue brillando como siempre.

Esta es ahora la prueba a la cual quiero invitar vuestra atención respetuosa. Nuestra época es muy adelantada a la época calvinista en cuanto a su abundancia de ensayos y tratados y exposiciones éticos. Los filósofos y teólogos realmente se hacen la competencia al descubrir para nosotros (o al esconder ante nosotros, si preferimos decir así) el camino recto en cuanto a la

moral. Pero hay algo que todo este ejército de eruditos no fue capaz de hacer: No fueron capaces de restaurar la firmeza moral en la conciencia pública debilitada.

Al contrario, tenemos que quejarnos de que más y más se aflojan y se conmueven los fundamentos de nuestro edificio moral, hasta que finalmente no queda ni una fortaleza de la cual la gente en general puede sentir que allí se garantiza una certeza moral para el futuro. Los políticos y abogados proclaman abiertamente el derecho del más fuerte; la propiedad de un terreno se llama robo; se aboga por el "amor libre"; y se ridiculiza la honestidad. Un panteísta se atrevió a poner a Jesús y a Nerón sobre el mismo estrado; y Nietzsche, yendo aún más allá, condenó la bendición de Cristo para los humildes como la maldición de la humanidad.

Ahora comparen todo esto con los resultados maravillosos de tres siglos de calvinismo. El calvinismo entendió que el mundo no iba a salvarse con filosofías éticas, sino solamente con la restauración de la ternura de la conciencia. Por tanto no se dedicó al razonamiento, sino apeló directamente al alma, y la colocó cara a cara con el Dios Viviente, para que el corazón temblara ante Su Santa Majestad, y en esta majestad descubriera la gloria de Su amor. Y yendo atrás en este recorrido histórico, cuando Uds. observan cuan enteramente corrompido y podrido era el mundo que el calvinismo encontró, a qué nivel bajo había decaído la vida moral en aquel tiempo, en las cortes, y entre el pueblo, en el clero y entre los líderes de la ciencia, entre hombres y mujeres, entre las clases altas y bajas de la sociedad - ¿entonces cuál árbitro entre Uds, negará la corona de la victoria moral al calvinismo, que en una sola generación, aunque perseguido desde el campo de batalla a la sentencia de muerte, creó en cinco naciones a la vez grupos tan amplios de hombres nobles, y mujeres aún más nobles, que hasta ahora no fueron igualados en sus conceptos sublimes y el poder de su dominio propio?

Tercera exposición:
El calvinismo y la política

Mi tercera exposición deja atrás el santuario de la religión y entra en el dominio del Estado - la primera transición del círculo sagrado al campo secular de la vida humana. Solo ahora, entonces, procedemos de manera sumaria y principal a combatir la sugerencia no histórica de que el calvinismo represente un movimiento exclusivamente eclesiástico y doctrinal.

El impulso religioso del calvinismo colocó también debajo de la sociedad política un concepto fundamental, suyo propio, porque no solamente cortó las ramas y limpió el tronco, sino alcanzó hasta la misma raíz de nuestra vida humana.

El hecho de que tuvo que ser así se hace evidente para cualquiera que se dé cuenta de que nunca se hizo dominante ningún esquema político que no hubiera sido basado en algún concepto religioso o anti-religioso específico. Y que este fue el caso en el calvinismo, se hace aparente en los cambios políticos que causó en estos tres países históricos de la libertad política, en los Países Bajos, en Inglaterra y en los Estados Unidos.

Todo historiador competente sin excepción confirmará las palabras de Bancroft: "El fanático del calvinismo era un fanático de la libertad; pues en la guerra moral por la libertad, su credo era parte de su ejército, y su aliado más fiel en la batalla." Y Groen van Prinsterer lo expresó así: "En el calvinismo está el origen y la garantía de nuestras libertades constitucionales." - Que el calvinismo llevó las leyes públicas por nuevos caminos, primero en Europa Occidental, después en dos continentes, y hoy más y más entre todas las naciones civilizadas, esto es admitido por todos los científicos, aunque no plenamente por la opinión pública.

Pero para mi propósito, no es suficiente solamente nombrar este hecho importante.

Para que se perciba la influencia del calvinismo en nuestro desarrollo político, tenemos que demostrar cuáles son los conceptos políticos fundamentales para los cuales el calvinismo abrió la puerta, y cómo estos conceptos políticos surgieron de su principio raíz.

Este principio dominante no era, soteriológicamente, la justificación por fe, sino en el sentido cosmológico más amplio, la soberanía del Dios Trino sobre el cosmos entero, en todas sus

esferas y reinos, visibles e invisibles. Una soberanía primordial que irradia a la humanidad en una triple soberanía derivada: 1. la soberanía en el Estado, 2. la soberanía en la sociedad, y 3. la soberanía en la iglesia.

Permítanme argumentar sobre este asunto en detalle, señalando cómo esta triple soberanía fue entendida por el calvinismo.

La soberanía en el Estado

Primero, una soberanía derivada en esta esfera política que definimos como el Estado. Y después admitimos que el impulso para formar estados surge de la naturaleza social del hombre, que ya fue expresada por Aristóteles cuando llamó al hombre un *zoon politikon*. Dios podría haber creado a los hombres como individuos desconectados, parados lado a lado y sin coherencia genealógica. Así como Adán fue creado de manera individual, Dios podría haber llamado en existencia individualmente al segundo, tercero, y a cada subsiguiente hombre; pero no lo hizo así.

El hombre es creado del hombre, y por su nacimiento es unido orgánicamente con la raza entera. Juntos formamos una sola humanidad, no solamente con los que viven ahora, sino también con todas las generaciones antes de nosotros y con todos aquellos que vendrán después de nosotros. Toda la raza humana es de una sola sangre. El concepto de estados, sin embargo, que subdividen la tierra en continentes, y cada continente en pedazos, no armoniza con esta idea. La unidad orgánica de nuestra raza se realizaría políticamente solamente si un solo Estado podría abarcar todo el mundo, y si la humanidad entera sería asociada en un solo imperio mundial. Si el pecado no hubiera intervenido, sin duda esto hubiera sido así. Si el pecado, como fuerza desintegrante, no hubiera dividido la humanidad en diferentes secciones, nada hubiera perjudicado la unidad orgánica de nuestra raza. Y el error de los Alejandros, y de los Augustos, y de los Napoleones, no fue el que sintieron el encanto de la idea de un solo imperio mundial; su error fue que se lanzaron a realizar esta idea a pesar de que la fuerza del pecado había disuelto nuestra unidad.

De manera parecida, los esfuerzos internacionales cosmopolitas de la democracia social del presente, en su concepto de unión, son un ideal que en este momento nos encanta, pero intentan alcanzar lo inalcanzable porque tratan de realizar este ideal sublime y sagrado ahora, en un mundo de pecado. Sí, e incluso la anarquía, el intento de deshacer todas las conexiones mecánicas entre los hombres y toda la autoridad humana, y de animar el

crecimiento de un nuevo lazo orgánico que surja de la misma naturaleza - yo digo, todo esto es solamente el mirar atrás hacia un paraíso perdido.

De hecho, sin el pecado no hubiera habido ni un gobierno ni un orden de estado; sino la vida política entera se hubiera evolucionada de forma patriarcal, desde la vida de la familia. Ni jueces ni policía, ni ejército ni marina, son concebibles en un mundo sin pecado; y por tanto toda regla y ordenanza y ley desaparecería, así como todo control y poder del magistrado, si la vida se desarrollara de manera normal y sin obstáculo desde su impulso orgánico. ¿Quién venda, donde nada es fracturado? ¿Quién usa muletas, cuando sus miembros están sanos?

Por tanto, toda formación de Estado, todo poder del gobierno, todo medio mecánico de forzar un orden y de garantizar un rumbo sano de la vida es siempre algo poco natural, algo contra lo cual las aspiraciones más profundas de nuestra naturaleza se rebelan; y que en este mismo momento podría convertirse en la fuente de un terrible abuso de poder por parte de aquellos que lo ejercen, y de una revolución continua de parte de las multitudes. Esto originó la batalla de todos los tiempos entre autoridad y libertad, y en esta batalla fue la sed innata por la libertad, dada por Dios mismo, la que frenó la autoridad dondequiera que se convirtió en despotismo. Y así, todo concepto verdadero de la naturaleza del Estado y de la autoridad del gobierno, y todo concepto verdadero del derecho y deber del pueblo a defender la libertad, depende de lo que el calvinismo puso al frente en este asunto, como la verdad primordial - que Dios instituyó el gobierno, por causa del pecado.

En este pensamiento están escondidos tanto el lado luminoso como el lado oscuro de la vida del Estado. El lado oscuro, porque esta multitud de estados no debería existir; debería haber un solo imperio mundial. Estos gobiernos gobiernan mecánicamente y no armonizan con nuestra naturaleza. Y esta autoridad del gobierno se ejerce por hombres pecaminosos, y por tanto es sujeta a todo tipo de ambiciones despóticas. Pero también el lado luminoso, porque una humanidad pecaminosa, sin una división en estados, sin ley y sin gobierno, sería un verdadero infierno en la tierra; o por lo menos una repetición de lo que existía en la tierra cuando Dios hundió la primera raza degenerada en el diluvio. Por tanto, el calvinismo, con su concepto profundo del pecado, descubrió la verdadera raíz de la vida del Estado, y nos enseñó dos cosas: Primero, que recibamos con gratitud, de las manos de Dios, la institución del Estado con su gobierno, como un medio de

conservación que por ahora es indispensable. Y por el otro lado también que con nuestro impulso natural, tenemos que vigilar siempre contra el peligro que acecha contra nuestra libertad personal, en el poder del Estado.

Pero el calvinismo hizo más que esto. En la política nos enseñó también que el elemento humano - el pueblo - no debe ser considerado como el objetivo principal, de manera que a Dios solamente se le llama para que ayude a este pueblo en la hora de su necesidad; sino al contrario, que Dios, en Su Majestad, tiene que brillar ante los ojos de toda nación, y que todas las naciones juntas son consideradas por El solo como una gota en el balde o como el polvo en la balanza. Desde los extremos de la tierra, Dios cita a todas las naciones y pueblos ante Su trono de juicio. Dios creó las naciones. Ellas existen para El. Ellas son Su propiedad. Y por tanto, todas estas naciones, y en ellas la humanidad, tienen que existir para Su gloria y consecuentemente según Sus ordenanzas, para que en su prosperidad, cuando ellas caminen según Sus ordenanzas, Su sabiduría divina se haga visible.

Entonces, cuando la humanidad se divide por el pecado, en una multitud de pueblos separados; cuando el pecado, en el seno de estas naciones, separa a los hombres y los aleja uno del otro, y cuando el pecado se revela en todas las maneras de vergüenza e injusticia - la gloria de Dios exige que estos horrores sean frenados, que el orden regrese a este caos, y que una fuerza coactiva desde afuera se establezca para que la sociedad humana sea posible.

Este derecho lo tiene Dios, y El solo. Ningún hombre tiene el derecho de gobernar sobre otro hombre; sino un tal derecho se convertiría necesariamente e inmediatamente en el derecho del más fuerte. Como el tigre en la jungla se enseñorea del antílope indefenso, así se enseñoreó un faraón de los egipcios al borde del Nilo.

Ni puede un grupo de personas, por medio de un contrato y de su propio derecho, obligarle a Ud. a obedecer a otro hombre. ¿Qué fuerza existiera que me obligara, por el solo hecho de que hace años alguno de mis antecesores hizo un "contrato social" con otros hombres de su tiempo? Como hombre me paro libre y audaz, contra el más poderoso de mis prójimos.

No hablo de la familia, porque allí gobiernan los lazos orgánicos, naturales; pero en la esfera del Estado no me rindo ni me postro ante nadie que es hombre como yo.

La autoridad sobre los hombres no puede surgir de los hombres. Tampoco de una mayoría sobre una minoría, pues la historia demuestra, casi en cada página, que con mucha frecuencia la minoría tenía la razón. Y por tanto, a la primera declaración calvinista de que solo el pecado hizo necesaria la institución de gobiernos, añadimos esta segunda declaración no menos impactante, que toda la autoridad de los gobiernos en la tierra se origina únicamente en la soberanía de Dios. Cuando Dios me dice: "Obedece", entonces yo humildemente inclino mi cabeza, sin comprometer en lo más mínimo mi dignidad personal como hombre. En la misma medida como Ud. se degrada cuando se inclina ante un hijo del hombre, así Ud. se eleva cuando se somete a la autoridad del Señor del cielo y de la tierra.

Así dice la Escritura: "Por mí gobiernan lo reyes"; o como declara el apóstol: "Las autoridades que están, son ordenadas por Dios. Por tanto, el que resiste contra la autoridad, se opone a la ordenanza de Dios." El gobierno es un instrumento de la "gracia común", para contrarrestar todo libertinaje y transgresión, y para proteger al bueno contra el malo. Pero el gobierno es más todavía. Aparte de todo esto, es instituido por Dios como Su siervo, para conservar la obra gloriosa de Dios en la creación de la humanidad, contra la destrucción total. El pecado ataca la obra de Dios, el plan de Dios, la justicia de Dios, la honra de Dios, como el arquitecto y constructor supremo. Así, estableciendo las autoridades que son, para mantener por medio de ellas Su justicia contra los intentos del pecado, Dios dio a los gobiernos el terrible derecho sobre vida y muerte. Por tanto, todas las autoridades que son, sea en imperios o en repúblicas, en ciudades o en estados, gobiernan "por la gracia de Dios". Por la misma razón, la justicia tiene un carácter santo. Y por el mismo motivo, cada ciudadano es obligado a obedecer, no solo por el temor al castigo, sino por causa de la conciencia.

Además. Calvino declaró explícitamente que la autoridad como tal no es afectada de ninguna manera por la forma como un gobierno es instituido y en qué forma se manifiesta. Sabemos que él mismo prefirió una república, y que no tuvo ninguna preferencia para una monarquía como si fuera la forma divina e ideal de un gobierno. Este hubiera sido el caso en un estado sin pecado. Si el pecado no hubiera entrado, Dios hubiera sido el único rey de todos los hombres; y esta condición volverá en la gloria futura, cuando Dios será nuevamente todo y en todo. El gobierno directo de Dios mismo es absolutamente monárquico; ningún monoteísta lo negará. Pero Calvino consideró deseable una cooperación de muchas personas bajo un control mutuo, o sea, una república, ahora que

una institución mecánica de un gobierno es necesaria por causa del pecado.

En su sistema, sin embargo, esta diferencia era solamente gradual y no fundamental. Él considera una monarquía y una aristocracia, como también una democracia, como formas de gobierno igualmente posibles y practicables; con tal que se mantenga de manera incambiable que nadie en la tierra puede reclamar autoridad sobre sus prójimos, excepto que esta autoridad haya sido puesta sobre él "por la gracia de Dios"; y por tanto, el deber de la obediencia no nos es impuesto por ningún hombre, sino por Dios mismo.

La pregunta cómo se indican aquellas personas que por autoridad divina deben ser investidas con poder, según Calvino, no puede ser respondida para todos los pueblos y todos los tiempos de la misma manera. Sin embargo, él declara que en un sentido ideal, la condición más deseable se encuentra donde el mismo pueblo elige a su propio gobierno. Donde una tal condición existe, él piensa que el pueblo debe reconocer en ello con gratitud un favor de Dios, exactamente como se expresa en el preámbulo de más de una de vuestras constituciones: - "En gratitud al Dios Todopoderoso porque El nos dio el poder de elegir a nuestro propio gobierno." En su comentario sobre Samuel, Calvino advierte a tales naciones: "Y ustedes, oh naciones, a las cuales Dios dio la libertad de elegir a vuestros propios gobiernos, vigilen para que no pierdan este favor al elegir en las posiciones de más alto honor a infames y a enemigos de Dios."

Puedo añadir que la elección del pueblo gana de manera natural donde no existe ninguna otra regla, o donde se deshace la regla existente. Dondequiera que se fundaron nuevos Estados, excepto por conquista o fuerza, el primer gobierno siempre se estableció por elección popular; e igualmente donde la máxima autoridad había caído en desorden, sea por ausencia de una sucesión determinada, o por la violencia de una revolución, siempre era el pueblo el cual a través de sus representantes reclamó el derecho de restaurarla. Pero de la misma manera decidida, Calvino asegura que Dios tiene el poder soberano, en Su providencia, de quitar de un pueblo esta condición más deseable, o de nunca concedérsela, cuando una nación no es apta para ella, o por su pecado dejó de merecer esta bendición.

El desarrollo histórico de una nación muestra en qué otras maneras se concede autoridad. Puede fluir del derecho de herencia, como en una monarquía hereditaria. Puede resultar de una guerra y conquista, como en el caso de Pilato que tuvo poder

"dado de lo alto" sobre Jesús. Puede proceder de electores, como en el imperio germano antiguo. Puede descansar sobre los estados del país, como en la antigua república holandesa. En forma resumida, puede asumir una variedad de formas porque hay diferencias interminables en el desarrollo de las naciones. Una forma de gobierno como la vuestra no podría existir ni un solo día en China. Hasta ahora, el pueblo de Rusia no es apto para ninguna forma de gobierno constitucional. Y entre los negros de Sudáfrica, aun un gobierno como el que existe en Rusia sería completamente inconcebible. Todo esto es determinado y señalado por Dios, por medio del consejo secreto de Su providencia.

Todo esto, sin embargo, no es ninguna teocracia. Una teocracia existía solamente en Israel, porque en Israel Dios intervenía inmediatamente. Tanto por los Urim y Tumim como por la profecía, por Sus milagros de protección y por Sus juicios de castigo, El mantuvo en Sus propias manos la jurisdicción y el liderazgo de Su pueblo. Pero la confesión calvinista de la soberanía de Dios se aplica al mundo entero, es verdad para todas las naciones, y vigente en toda autoridad que el hombre ejerce sobre el hombre; incluso en la autoridad que los padres tienen sobre sus hijos. Por tanto, es una fe política que podemos expresar en estas tres declaraciones:

1. Solo Dios - ninguna criatura - tiene derechos soberanos, en el destino de las naciones, porque solo Dios las creó, las mantiene por Su poder, y las gobierna con Sus ordenanzas.
2. El pecado, en el área de la política, quebrantó el gobierno directo de Dios; y por tanto, el ejercicio de autoridad para gobernar fue después puesto sobre hombres, como un remedio mecánico.
3. En cualquier forma que se manifieste esta autoridad, el hombre nunca posee poder sobre su prójimo en alguna otra manera aparte de una autoridad que desciende sobre él desde la majestad de Dios.

Directamente opuestos a esta confesión calvinista hay dos otras teorías. La teoría de la soberanía popular, como fue proclamada como antitesis en París en 1789, y la teoría de la soberanía del Estado, como fue últimamente desarrollada por la escuela histórica-panteísta de Alemania. Ambas teorías son idénticas en el corazón, pero para fines de claridad hay que tratarlas de manera separada.

¿Qué fue lo que impulsó y animó los espíritus de los hombres en la gran Revolución Francesa? ¿La indignación ante los abusos que se habían introducido? ¿El horror ante un despotismo coronado? ¿Una noble defensa de los derechos y libertades del pueblo? Por partes, ciertamente; pero en todo esto hay tan poco de pecado que incluso un calvinista reconoce en estos tres puntos con gratitud el juicio divino que en aquel tiempo fue ejecutado en París.

Pero la fuerza que impulsó la Revolución Francesa no estaba en este odio contra los abusos. Cuando Edmundo Burke compara la "revolución gloriosa" de 1688 con la revolución de 1789, dice: "Nuestra revolución y la de Francia son exactamente lo opuesto una de la otra, en casi cada punto en particular, y en su espíritu entero."

Este mismo Edmundo Burke, un antagonista tan fuerte contra la Revolución Francesa, ha defendido varonilmente vuestra propia rebelión contra Inglaterra, como "surgiendo de un principio de energía que mostró en esta buena gente la principal causa de un espíritu libre, el más adverso contra toda sumisión implícita de la mente y opinión."

Las tres revoluciones en el mundo calvinista dejaron intacta la gloria de Dios; ellas incluso surgieron del reconocimiento de Su majestad. Cada uno admitirá esto de nuestra rebelión contra España, bajo Guillermo el Silencioso. Tampoco se ha dudado de ello en la "revolución gloriosa" que fue coronada con la llegada de Guillermo de Orange III y la caída de los Stuart. Y lo mismo es cierto en vuestra propia revolución. Se expresa en tantas palabras en la Declaración de Independencia, por John Hancock, que los americanos se aseguraron "por la ley de la naturaleza y del Dios de la naturaleza"; que actuaron "como provistos por el Creador con ciertos derechos inajenables"; que apelaron "al Juez Supremo del mundo en cuanto a la rectitud de su intención", y que publicaron su Declaración de Independencia "con una firme confianza en la protección de la Providencia Divina". En los "Artículos de la Confederación" se confiesa en el preámbulo "que plació al gran Gobernador del mundo inclinar los corazones de los legisladores". También se declara en el preámbulo de la constitución de muchos Estados: "En gratitud al Dios Todopoderoso por la libertad civil, política y religiosa que El nos permitió disfrutar por tanto tiempo, y mirando a El, para una bendición sobre nuestros esfuerzos." Dios es honrado allí como "el Gobernador Soberano" y "el Legislador del Universo", y se admite allí específicamente que solo de Dios recibieron los pueblos "el derecho de escoger su propia forma de gobierno". En una de las

reuniones de la Convención, Franklin propuso en un momento de ansiedad suprema que buscaran la sabiduría de Dios en oración. Y si alguien sigue teniendo dudas de si la revolución americana era similar a la de París o no, esta duda será completamente tranquilizada por la lucha amarga en 1793 entre Jefferson y Hamilton. Por tanto, permanece lo que expresó el historiador alemán Von Holtz: "Sería locura decir que los escritos de Rousseau hubieran ejercido alguna influencia sobre el desarrollo en América." O como Hamilton mismo lo expresó, que él consideró "la Revolución Francesa no más similar a la Revolución Americana, de lo que la esposa infiel en una novela francesa parece a la matrona puritana en Nueva Inglaterra."

La Revolución Francesa es en su principio distinta de todas estas revoluciones nacionales que fueron emprendidas con los labios en oración y con la confianza en la ayuda de Dios. La Revolución Francesa ignora a Dios. Se opone a Dios. Se niega a reconocer alguna base más profunda para la vida política, de la que se encuentra en la naturaleza, o sea, en el hombre mismo. Por tanto, el primer artículo de la confesión de la infidelidad absoluta es: "Ni Dios ni maestro". El Dios soberano es destronado, y el hombre con su libre albedrío se sienta en el trono vacante. Es la voluntad del hombre que determina todo. Todo poder, toda autoridad se origina en el hombre. Así uno llega desde el hombre individual a los muchos hombres; y en estos muchos hombres comprendidos como "el pueblo", está escondida la fuente más profunda de toda soberanía. No hay ninguna mención, como en vuestra Constitución, de una soberanía derivada de Dios que El, bajo ciertas condiciones, implanta en el pueblo. Aquí se asegura una soberanía propia, que siempre y en todos los estados puede solamente proceder del pueblo mismo, sin ninguna raíz más profunda que en la voluntad humana. Es una soberanía del pueblo que es perfectamente idéntica con el ateísmo. En la esfera del calvinismo, como también en vuestra Declaración, las rodillas se doblan ante Dios, mientras las cabezas se levantan orgullosamente frente al hombre. Pero aquí, desde el punto de vista de la soberanía del pueblo, el puño se cierra de manera desafiante contra Dios, mientras el hombre se arrastra ante sus prójimos, adornando su humillación con la ficción de que hace miles de años algunos hombres de los cuales nadie se acuerda, acordaron un contrato político, o como ellos lo llamaron, "contrato social". Ahora, ¿Uds. preguntan por los resultados? Entonces, permitan que la historia les cuente como la rebelión de los Países Bajos, la "revolución gloriosa" de Inglaterra y vuestra propia rebelión contra la corona británica trajeron libertad, y respondan para Uds. mismos a la pregunta: ¿Resultó la Revolución Francesa en algo más que el encadenamiento de la libertad en la omnipotencia

del Estado? De hecho, ningún país en nuestro siglo XIX ha tenido una historia más triste que Francia.

No nos sorprende que la Alemania científica haya roto con esta soberanía ficticia del pueblo, desde los días de De Savigny y Niebuhr. La escuela histórica, fundada por estos hombres eminentes, ha denunciado públicamente la ficción de 1789. Cada conocedor de historia ahora la ridiculiza. Solo que aquello que recomiendan en su lugar, no es mejor.

Ahora ya no es la soberanía del pueblo, pero la soberanía del Estado, un producto del panteísmo filosófico alemán. Las ideas se encarnan en la realidad, y entre estas, la idea del Estado era la suprema, la más rica, la más perfecta idea de la relación entre el hombre y el hombre. Entonces, el Estado se convirtió en un concepto místico. El Estado fue considerado como un ser misterioso, con un "yo" escondido; con una conciencia de Estado que se desarrolla lentamente; y con una voluntad de Estado que incrementa su fuerza, y que por medio de un proceso lento se esfuerza a alcanzar ciegamente la meta suprema del Estado. El pueblo no se consideraba, como con Rousseau, como la suma total de los individuos. Se entendió correctamente que un pueblo no es un agregado de personas, sino una entidad orgánica. Este organismo necesariamente tiene que tener sus miembros orgánicos. Lentamente, estos órganos llegaron a su desarrollo histórico. Por medio de estos órganos opera la voluntad del Estado, y todo tiene que inclinarse ante esta voluntad. Esta voluntad soberana del Estado puede manifestarse en una república, una monarquía, en un César, un déspota asiático, un tirano como Felipe de España, o un dictador como Napoleón. Todos estos eran solamente formas en las cuales se incorporaba la misma idea del Estado; las etapas del desarrollo como un proceso interminable. Pero en cualquier forma que se revelaba este ser místico del Estado, la idea permanecía suprema: el Estado pronto aseguraba su soberanía, y para cada miembro del Estado la piedra de toque de su sabiduría consistía en dar lugar a esta apoteosis del Estado.

Así se deja de un lado todo derecho transcendente en Dios, hacia el cual el oprimido levanta su rostro. No hay ningún otro derecho sino el derecho inmanente que está escrito en la ley. La ley tiene la razón, no porque su contenido estuviera en armonía con los principios eternos del derecho, sino porque es la ley. Si mañana se legisla exactamente lo contrario, esta ley también debe tener la razón. Y el fruto de esta teoría fatal es naturalmente que la conciencia del derecho es destruida, que toda seguridad del derecho se aparta de nuestras mentes, y que se extingue todo entusiasmo por el derecho. Lo que existe es bueno porque existe;

y ya no es la voluntad de Dios, de Aquel que nos creó y nos conoce, sino es la voluntad cambiante del Estado que se convierte en un dios, no teniendo a nadie por encima de sí, y que decide como nuestra vida debe ser.

Y si Uds. consideran además que este Estado místico expresa y afirma su voluntad solamente por medio de hombres, ¿qué otra prueba necesitamos de que esta soberanía del Estado, igual como la soberanía popular, no supera la humillante sujeción del hombre bajo su prójimo, y nunca asciende a un deber de sujeción que encuentra su agente en la conciencia?

Por tanto, en oposición contra la soberanía popular ateísta de los enciclopedistas, y también contra la soberanía del Estado panteísta de los filósofos alemanes, el calvinista mantiene la soberanía de Dios, como la fuente de toda autoridad entre los hombres. El calvinista levanta lo mejor y supremo en nuestras aspiraciones, al colocar a cada hombre y cada pueblo ante el rostro de nuestro Padre en los cielos. El calvinismo señala la diferencia entre la unión natural de nuestra sociedad orgánica, y el lazo mecánica que impone la autoridad del gobierno. Lo hace fácil para nosotros obedecer a la autoridad porque en toda autoridad nos hace honrar la soberanía divina. Nos levanta desde una obediencia nacida del terror ante el brazo fuerte, a una obediencia por causa de la conciencia. Nos enseña a levantar la mirada desde la ley existente hacia la fuente del Derecho eterno en Dios, y crea en nosotros la valentía indomable para protestar incesantemente contra la injusticia de la ley en el nombre de este Derecho supremo. Y no importa cuan poderosamente el Estado se levante para oprimir el desarrollo libre individual, por encima de este Estado poderoso siempre brilla ante el ojo de nuestra alma, infinitamente más poderoso, la majestad del Rey de reyes, cuyo tribunal justo siempre mantiene el derecho de apelación para todos los oprimidos, y al cual la oración del pueblo siempre asciende, para bendecir nuestra nación, y en esta nación, a nosotros y nuestra casa.

La soberanía en la sociedad

Esto en cuanto a la soberanía del Estado. Llegamos ahora a la soberanía en la esfera de la sociedad.

Con esto entendemos, en un sentido calvinista, que la familia, los negocios, la ciencia, las artes etc. son todas esferas sociales, que no deben su existencia al estado, y que no derivan la ley de su vida de la superioridad del estado, sino que

obedecen a una autoridad superior dentro de su propio seno; una autoridad que gobierna, por la gracia de Dios, igual como lo hace la soberanía del estado.

Esto involucra la antítesis entre Estado y sociedad, pero bajo la condición de que no entendemos esta sociedad como un conglomerado sino analizada en sus partes orgánicas, para honrar en cada una de estas partes el carácter independiente que les pertenece.

En este carácter independiente, necesariamente está involucrada una autoridad superior especial, y esta autoridad la llamamos la soberanía en las esferas sociales individuales, para expresar decididamente que estas esferas de la vida social no tienen nada por encima de ellas excepto Dios, y que el Estado no puede intervenir aquí, y no tiene nada que mandar en estos dominios. Como Uds. sienten de una vez, este es el asunto interesante de nuestras libertades civiles.

Aquí es sumamente importante tener en mente la diferencia entre la vida orgánica de la sociedad y el carácter mecánico del gobierno. Cualquier cosa entre los hombres que se origina directamente de la Creación, contiene todos los datos para su desarrollo en la naturaleza humana como tal. Uds. pueden ver esto en la familia y en la conexión de los lazos sanguíneos. De la dualidad de hombre y mujer surge el matrimonio. De la existencia original de un solo hombre y una sola mujer, surge la monogamia. Los niños existen a causa del poder innato de reproducción. Naturalmente, los niños están conectados entre ellos como hermanos y hermanas. Y cuando estos hijos, con el tiempo, se casan también, todas estas conexiones surgen de la relación de sangre y otros lazos que dominan la entera vida familiar. En todo esto no hay nada mecánico. El desarrollo es espontáneo, como el del tronco y las ramas de una planta. Es cierto, el pecado tuvo aquí también una influencia destructora y distorsionó en una maldición mucho de lo que fue creado para ser bendición. Pero este efecto fatal del pecado fue detenido por la gracia común. El "amor libre" y el concubinato pueden tratar de disolver el lazo más sagrado; pero para la gran mayoría de nuestra raza, el matrimonio sigue siendo el fundamento de la sociedad humana, y la familia mantiene su posición como esfera primordial en la sociología.

Lo mismo podemos decir de las otras esferas de la vida.

Aunque la naturaleza que nos rodea haya perdido la gloria del paraíso por causa del pecado, aunque la tierra produzca cardos y espinos para que comamos nuestro pan en el sudor de nuestra

frente, sin embargo la meta principal de todo esfuerzo humano permanece lo que era antes de la caída: el dominio sobre la naturaleza. Y este dominio no lo podemos obtener excepto ejerciendo los poderes que están innatos en la misma naturaleza, por las ordenanzas de la Creación.

En consecuencia, toda ciencia es solamente la aplicación al cosmos, de los poderes de la investigación y del pensamiento que Dios creó en nosotros; y las artes no son otra cosa que la productividad natural de las potencias de nuestra imaginación. Cuando admitimos entonces que el pecado, aunque detenido por la "gracia común", ha causado muchas modificaciones de estas distintas expresiones de la vida, modificaciones que se originaron solamente después de que el paraíso fue perdido, y que desaparecerán otra vez con la llegada del Reino de gloria - entonces siempre sostenemos que el carácter fundamental de estas expresiones permanece tal como era originalmente. Todas ellas juntas forman la vida de la creación, en acuerdo con las ordenanzas de la creación, y por tanto se desarrollan orgánicamente.

Pero el caso es completamente diferente con los poderes del gobierno. Aunque podemos admitir que aun sin el pecado, hubiera sido necesario combinar las muchas familias en una unidad superior, esta unidad hubiera sido internamente envuelta en el Reino de Dios, quien hubiera gobernado directa y armoniosamente en los corazones de todos los hombres. Entonces no hubieran existido estados, sino un solo imperio mundial orgánico, con Dios como su Rey; exactamente lo que es profetizado para el futuro que nos espera, cuando todo pecado haya desaparecido.

Pero es exactamente esto lo que el pecado ahora ha eliminado de la vida humana. Esta unidad ya no existe. Este gobierno de Dios ya no prevalece. Un imperio mundial no puede ni debe establecerse. Este mismo deseo contumaz llevó a la construcción de la torre de Babel. Así surgieron pueblos y naciones. Estos pueblos formaron estados. Y sobre estos estados, Dios puso gobiernos. Y así, si me permiten la expresión, no es una cabeza natural que haya crecido orgánicamente desde el cuerpo de los pueblos, sino una cabeza mecánica, que desde afuera fue puesta sobre el tronco de la nación. Solo un remedio para una condición equivocada. Un palo puesto al lado de la planta para mantenerla parada, porque sin este palo caería al suelo por su debilidad.

La característica principal del gobierno es el poder sobre vida y muerte. Según el testimonio apostólico, el gobierno lleva la espada, y esta espada tiene un triple significado.

Es la espada de la justicia, para ejercer el castigo corporal sobre el criminal. Es la espada de la guerra para defender la honra, los derechos y los intereses del estado contra sus enemigos. Y es la espada del orden, para contrarrestar cualquier rebelión. Lutero y sus co-reformadores señalaron correctamente que la institución propia, y la investidura plena del gobierno con poder, surgieron solamente después del diluvio, cuando Dios ordenó que la pena capital caiga sobre aquel que derramase sangre humana. El derecho de quitar una vida pertenece solamente a Aquel que puede dar la vida, o sea, a Dios; y por tanto nadie en la tierra tiene esta autoridad, excepto Dios mismo se la haya dado. En esta perspectiva, el derecho romano que concedió el derecho sobre vida y muerte al padre y al amo de esclavos, está a un nivel mucho inferior a la ley de Moisés, que no conoce la pena capital excepto por orden del gobierno.

El deber supremo del gobierno entonces es la justicia, y en segundo lugar tiene que cuidar al pueblo como una unidad; en el interior, para que esta unidad se refuerce y no sea rota; y en el exterior, para que la existencia nacional no sufra daño. La consecuencia de todo esto es que por un lado, en una nación surge todo tipo de vida orgánica, desde sus esferas sociales; pero que muy por encima de estas, se observa la fuerza mecánica unificadora del gobierno. De allí surge toda fricción y conflicto. Pues el gobierno siempre se inclina a invadir la vida social con su autoridad mecánica, a sojuzgarla y a arreglarla mecánicamente. Pero por el otro lado, la vida social siempre se esfuerza para sacudir la autoridad del gobierno, como al presente donde estos esfuerzos culminan en la democracia social y en el anarquismo, que ambos no son otra cosa que la subversión total de la institución de la autoridad. Pero dejando de lado estos dos extremos, podemos decir que toda vida saludable de pueblos o naciones era siempre la consecuencia histórica de la lucha entre estos dos poderes. Fue el "gobierno constitucional" que intentó más firmemente reglamentar la relación mutua entre los dos. Y en esta lucha, el calvinismo fue el primero al asumir su posición. En la misma medida como honró la autoridad del gobierno, instituido por Dios, exaltó también esta segunda soberanía, que fue implantada por Dios en la esfera social, en acuerdo con las ordenanzas de la creación.

El calvinismo exigió para ambos la independencia en su propia esfera y una reglamentación de la relación entre ambos, no por el ejecutivo, sino bajo la ley. Y con esta exigencia seria, el calvinismo generó la idea fundamental de la ley pública constitucional.

El testimonio histórico es irrefutable, que la ley constitucional no floreció en estados católicos romanos ni en luteranos, sino entre las naciones calvinistas. La idea fundamental es que la soberanía de Dios, al descender sobre los hombres, se separa en dos esferas. Por un lado, la esfera mecánica de la autoridad del Estado, y por el otro lado la esfera orgánica de la autoridad de los círculos sociales. Y en estas ambas esferas, su autoridad inherente es soberana, o sea, no tiene nada encima de sí excepto Dios.

Ahora, en cuanto a la autoridad del gobierno, no necesitamos más explicación; pero sí en cuanto a la autoridad orgánica social.

En ningún lugar podemos discernir más claramente el carácter dominante de esta autoridad social orgánica, que en las ciencias. En la introducción a una edición de las "Sentencias" de Lombardo y de la "Suma Teológica" de Tomás Aquinas, el tomista erudito escribió: "La obra de Lombardo gobernó ciento cincuenta años y produjo a Tomás, y después de él, la "Suma" de Tomás ha gobernado todo Europa durante cinco siglos y ha generado a todos los teólogos subsecuentes." - Aun admitiendo que este lenguaje es demasiado audaz, la idea que se expresa es correcta. El dominio de hombres como Aristóteles y Platón, Lombardo y Tomás, Lutero y Calvino, Kant y Darwin, se extiende, para cada uno de ellos, sobre épocas. El genio es un poder soberano; forma escuelas; reclama para sí los espíritus de los hombres, con una fuerza irresistible; y ejerce una influencia inmensurable sobre toda la condición de la vida humana. Esta soberanía del genio es un don de Dios que uno puede tener solo por Su gracia. No es sujeto a nadie y es responsable solo ante El mismo.

El mismo fenómeno se observa en la esfera de las artes. Cada maestro es un rey en el Palacio del Arte, no por la ley de la herencia ni por elección, sino solamente por la gracia de Dios. Y estos maestros también imponen autoridad, y no son sujetos a nadie, sino gobiernan sobre todo y al fin reciben homenaje de todos por su superioridad artística.

Y lo mismo podemos decir del poder soberano de la personalidad. No hay igualdad de personas. Hay personas débiles, con la mente estrecha, cuya envergadura no es mayor que la de un gorrión común; pero hay también caracteres amplios, imponentes, que vuelan como águilas. Ellos gobiernan en su propia esfera, no importa si la gente se aleja de ellos o los sabotea, al contrario, crecen más grandes por más oposición que tienen. Y

este proceso se lleva a cabo en todas las esferas de la vida. En el trabajo del mecánico, en la tienda, en el comercio, en alta mar, en la esfera de caridad y filantropía. En todo lugar, uno es más poderoso que el otro, por su personalidad, su talento y las circunstancias. En todo lugar se ejerce dominio; pero es un dominio que trabaja orgánicamente, no por investidura del Estado, sino por la soberanía de la vida misma.

En relación con ello, y sobre el mismo fundamento como la superioridad orgánica, existe también la soberanía de la esfera. La universidad ejerce un dominio científico; la academia de bellas artes tiene poder sobre las artes; las corporaciones ejercen dominio técnico; las empresas gobiernan sobre el trabajo - y cada una de estas esferas es consciente del poder de juicio independiente exclusivo, y de acción autoritativa, dentro de su propia esfera de operación. Detrás de estas esferas orgánicas, con soberanía intelectual, estética y técnica, se abre la esfera de la familia, con su derecho del matrimonio, paz doméstica, educación y posesión; y también en esta esfera la cabeza natural es consciente de que ejerce una autoridad inherente - no porque el gobierno lo permite, sino porque Dios lo impuso. La autoridad paternal está arraigada en la misma sangre de la vida, y es proclamada en el quinto Mandamiento. Y finalmente podemos comentar también que la vida social de ciudades y pueblos forma una esfera de existencia que surge de las mismas necesidades de la vida, y que por tanto tiene que ser autónoma.

En muchas diferentes direcciones vemos entonces que la soberanía en la propia esfera de uno, se afirma 1. en la esfera social, por superioridad personal, 2. en la esfera corporativa de universidades, asociaciones, etc. 3. en la esfera doméstica de la familia y vida marital, y 4. en la autonomía comunal.

En todas estas cuatro esferas, el gobierno del Estado no puede imponer sus leyes, sino tiene que reverenciar la ley innata de la vida. Dios gobierna en estas esferas, por sus "virtuosos" escogidos, tan supremo y soberano como Él ejerce dominio en la esfera del Estado por sus magistrados escogidos.

Obligado por su propio mandato, entonces, el gobierno no debe ignorar ni modificar ni irrumpir en el mandato divino bajo el cual están las esferas sociales. La soberanía del gobierno, dada por la gracia de Dios, es aquí puesta de un lado y limitada, por causa de Dios, por otra soberanía que es igualmente divina en su origen. Ni la vida de la ciencia ni de las artes, ni de la agricultura, ni de la industria, ni del comercio, ni de la navegación, ni de la familia, ni de las relaciones humanas, deben

ser forzadas a acomodarse a la gracia del gobierno. El Estado no debe nunca convertirse en un pulpo que ahoga la vida entera. El Estado tiene que ocupar su propio lugar, sobre su propia raíz, entre todos los otros árboles del bosque, y así tiene que honrar y mantener toda forma de vida que crece independientemente en su propia autonomía sagrada.

¿Significa esto que el Estado no tiene ningún derecho en absoluto de interferir en estas esferas autónomas de la vida? - De ninguna manera.

El Estado tiene el triple derecho y deber: 1. donde diferentes esferas entran en conflicto, de obligarlas a respetar mutuamente sus límites; 2. de defender a los individuos y a los más débiles, en estas esferas, contra el abuso de poder de los demás, y 3. de obligar a todos a llevar cargas personales y financieras para el mantenimiento de la unidad natural del Estado.

Sin embargo, en estos casos, la decisión no puede tomarla unilateralmente el gobierno. La Ley tiene que indicar los derechos de cada uno; y el derecho de los ciudadanos sobre sus propios bolsillos tiene que permanecer como fortaleza invencible contra el abuso de poder de parte del gobierno.

Y exactamente aquí está el punto de partida para esta cooperación de la soberanía del gobierno con la soberanía de la esfera social, que es reglamentada en la Constitución. Según el orden de las cosas en su tiempo, esto era para Calvino la doctrina de los "magistrados inferiores". La institución de la caballería, los derechos de la ciudad, los derechos de las corporaciones y mucho más, llevó al establecimiento de "estados" sociales, con su propia autoridad civil. Por eso, Calvino deseaba que la ley sea elaborada en cooperación entre estos y los magistrados superiores.

Desde aquel tiempo, estas relaciones medievales se han vuelto totalmente anticuadas. Estas corporaciones u órdenes sociales ya no tienen el poder de gobernar. Su lugar ha sido tomado por el parlamento o una institución parecida de representantes. Ahora es el deber de estas asambleas, de mantener los derechos y libertades populares, de todos y en el nombre de todos, con el gobierno y si es necesario en contra del gobierno. El parlamento debe ser una defensa unida, mejor que la resistencia individual, para simplificar la construcción y operación de las instituciones del Estado y para acelerar sus funciones.

Pero en cualquier modificación, es esencialmente el antiguo plan calvinista, asegurar que el pueblo tenga en todas sus clases y órdenes, en todos sus círculos y esferas, en todas sus instituciones corporativas e independientes, una influencia legal y ordenada en la elaboración de la ley y en el rumbo del gobierno, en un sentido democrático saludable. Y la única diferencia de opinión consiste en la pregunta importante si debemos continuar con la solución presente de los derechos especiales de estas esferas sociales en el derecho de voto individual, o si se debe poner a su lado un derecho de voto corporativo, que permitiría a los diferentes círculos presentar una defensa separada. En el presente, surge una nueva tendencia de organización en las esferas de comercio e industria, y también en el trabajo, y aun desde Francia se escuchan voces que claman por conceder un derecho al voto a estas organizaciones.

Personalmente estaría a favor de un tal cambio, con tal que su aplicación no sea parcial ni mucho menos exclusiva; pero no quiero perderme en estos asuntos marginales. Que sea suficiente haber demostrado que el calvinismo protesta contra la omnipotencia del Estado; contra el concepto horrible de que no existe ningún derecho por encima y más allá de la ley existente; y contra el orgullo del absolutismo que no reconoce ningún derecho constitucional excepto por un favor del príncipe.

Estos tres conceptos, que encuentran tanto suelo fértil en la ascendencia del panteísmo, son la muerte para nuestras libertades civiles. Y es el mérito del calvinismo haber levantado un dique contra este río absolutista, no apelando a la fuerza popular, ni a la alucinación de la grandeza humana, sino deduciendo estos derechos y estas libertades de la vida social desde la misma fuente de donde fluye la autoridad del gobierno: de la soberanía absoluta de Dios. Desde esta única fuente, en Dios, se deriva la soberanía en la esfera individual, en la familia y en todo círculo social, tan directamente como se deriva de ella la autoridad del Estado. Entonces, estos dos tienen que llegar a una comprensión, y ambos tienen la misma obligación sagrada de mantener su autoridad soberana dada por Dios y servir con ella a la majestad de Dios.

Por tanto, una nación que entrega a la soberanía del Estado los derechos sobre la familia, o una universidad que le entrega los derechos sobre la ciencia, es igualmente culpable ante Dios como una nación que se levanta contra la autoridad del gobierno. Y por tanto, la lucha por la libertad no solo es permisible, sino es incluso un deber para cada individuo en su propia esfera. Y esto no de la manera como se hizo en la Revolución Francesa, donde se

puso a Dios de un lado y se puso al hombre sobre el trono de la omnipotencia de Dios; sino al contrario, haciendo que todos los hombres, incluido los gobernantes, se inclinen en la humildad más profunda ante la majestad del Dios Todopoderoso.

La soberanía en la iglesia

Como tercera y última parte de esta exposición, nos queda discutir una pregunta aun más difícil que la anterior: cómo debemos entender la soberanía de la Iglesia en el Estado.

Lo llamo un problema difícil, no porque estuviera en duda acerca de las conclusiones, ni porque dudaría de vuestro consentimiento con estas conclusiones. Porque en cuanto a la vida americana (en Estados Unidos), toda incertidumbre se acaba con lo que vuestra Constitución declaró originalmente - y que más adelante fue modificado en vuestras Confesiones acerca de la libertad del culto y la coordinación de Iglesia y Estado. Y en cuanto a mi persona, hace más de cuarto siglo escribí sobre mi revista semanal el lema: "Una iglesia libre en un Estado libre". En una lucha dura, siempre he puesto en alto este lema, y nuestras iglesias holandeses también están reconsiderando el artículo de nuestra Constitución que trata de esta materia.

La dificultad de este problema está en otro lado. La dificultad está en la hoguera de Serveto. Está en la actitud de los presbiterianos contra los independientes. Está en las restricciones de la libertad del culto y en las "incapacidades civiles" bajo las cuales aun en Holanda sufrieron los católicos romanos. La dificultad está en que un artículo de nuestra antigua Declaración de Fe calvinista encarga al gobierno con la tarea "de defender en contra de, y de extirpar, toda forma de idolatría y de religión falsa, y de proteger el servicio sagrado de la Iglesia." La dificultad está en el consejo unánime y uniforme de Calvino y de sus seguidores, que exigieron la intervención del gobierno en los asuntos de la religión.

Entonces, sería natural acusarnos de que al defender la libertad religiosa, no nos estamos poniendo del lado del calvinismo, sino que lo oponemos directamente. Para protegerme contra esta sospecha, voy a adelantar la regla de que un sistema no se distingue por lo que tiene en común con los sistemas precedentes; sino que se distingue por aquello en que difiere de estos sistemas precedentes.

El deber del gobierno de extirpar toda forma de religión falsa e idolatría, no es un hallazgo del calvinismo, sino data desde Constantino, y fue la reacción contra las persecuciones horribles de sus antecesores paganos contra los cristianos. Desde aquel día, este sistema fue defendido por todos los teólogos romanos y fue aplicado por todos los príncipes cristianos. En los tiempos de Lutero y Calvino, fue una convicción universal de que este sistema era el verdadero. Todos los teólogos famosos de aquel período, Melanchthon como primero, aprobaron la muerte de Serveto; y el patíbulo que fue erigido por los luteranos en Léipzig para Krell, el calvinista convencido, era mucho más repudiable desde un punto de vista protestante.

Pero mientras los calvinistas, en la época de la Reforma, fueron víctimas, por decenas de miles, de sus perseguidores (las víctimas de los luteranos y de los católicos romanos ni valen la pena contarlas), la historia fue culpable de esta injusticia de echarles siempre en su cara esta única ejecución por fuego de Serveto, como un crimen nefandum.

Con todo esto, yo desapruuebo completamente aquella ejecución, pero no como si fuera una expresión de una característica especial del calvinismo, sino al contrario, como el efecto tardío de un sistema antiguo que existía antes del calvinismo, bajo el cual había crecido el calvinismo, y del cual todavía no se había liberado completamente.

Si yo quiero saber qué conclusiones sacar al respecto desde los principios específicos del calvinismo, entonces tengo que hacer una pregunta muy diferente. Entonces tenemos que ver y reconocer que este sistema de traer diferencias religiosas bajo la jurisdicción criminal del Estado, resultaba directamente de la convicción de que la Iglesia de Cristo en la tierra podía expresarse en una sola forma y bajo una sola institución. Esta única iglesia, en la Edad Media, era considerada la Iglesia de Cristo, y todo lo que se veía diferente, fue considerado enemigo de esta única iglesia. El gobierno, por tanto, no fue llamado a juzgar o decidir por sí mismo. Había una sola Iglesia de Cristo en la tierra, y era la tarea del gobierno proteger esta Iglesia de las divisiones, herejías y sectas.

Pero rompamos esta Iglesia en fragmentos, admitamos que la Iglesia de Cristo puede manifestarse en muchas formas, en diferentes países; incluso dentro del mismo país en una multiplicidad de instituciones; e inmediatamente desaparece de la vista todo lo que fue deducido de aquella unidad de la iglesia visible. Y por tanto, si no podemos negar que el mismo calvinismo

ha roto la unidad de la Iglesia, y que en los países calvinistas se manifestó una amplia variedad de todos tipos de iglesias, entonces concluimos que no debemos buscar la verdadera característica calvinista en lo que retuvo, por un tiempo, del sistema antiguo, sino en lo que salió, nuevo y fresco, de su propia raíz.

Los resultados demostraron que aun después de tres siglos, en todos los países distintivamente católicos, aun en las repúblicas sudamericanas, la iglesia católica romana es y permanece la Iglesia Estatal; igualmente como lo es la iglesia luterana en países luteranos. Y las iglesias libres florecieron exclusivamente en aquellos países que recibieron el aliento del calvinismo, o sea, en Suiza, Holanda, Inglaterra, Escocia, y los Estados Unidos.

En los países católicos romanos, se sigue manteniendo la identificación de la iglesia invisible y visible, bajo la unidad papal. En los países luteranos, con la ayuda del "cuius regio eius religio", la confesión del gobierno ha sido impuesta monstruosamente sobre el pueblo como la confesión del país; allí se trató duramente a los calvinistas, fueron exiliados y perseguidos como enemigos de Cristo. En la Holanda calvinista, al contrario, todos los que fueron perseguidos por causas religiosas encontraron refugio. Los judíos fueron recibidos amablemente; los luteranos eran honrados; los menonitas florecieron; y aun a los arminianos y a los católicos romanos se les permitía el libre ejercicio de su religión en casa y en iglesias apartadas. Los independientes, cuando fueron expulsados de Inglaterra, encontraron descanso en la Holanda calvinista; y desde este mismo país, la "Mayflower" viajó con los Padres Peregrinos a su nueva tierra.

Entonces, no estoy buscando subterfugios, sino estoy apelando a hechos históricos. Y repito, la característica básica del calvinismo no debemos buscar en lo que adoptó del pasado, sino en lo nuevo que creó. Es notable, en este respecto, que desde el mismo inicio, nuestros teólogos y abogados calvinistas defendieron la libertad de la conciencia contra la inquisición. Roma percibió muy claramente como la libertad de la conciencia iba a sacudir los fundamentos de la unidad de la iglesia visible, y por tanto se opuso a ella. Pero por el otro lado, tenemos que admitir que al exaltar a voz alta la libertad de la conciencia, el calvinismo abandonó por principio toda característica absoluta de la iglesia visible.

Tan pronto como dentro de un mismo pueblo, la conciencia de una mitad testificó contra la otra mitad, se hizo una brecha. Tan temprano como en 1649, se declaró que la persecución por causas de la fe era "un asesinato espiritual, un asesinato del alma, una rabia contra Dios mismo, el más horrible de los pecados." Y es evidente que Calvino mismo escribió las premisas de la conclusión correcta cuando reconoció que contra los ateos, incluso los católicos son nuestros aliados; cuando reconoció abiertamente la iglesia luterana; y todavía más enfáticamente en su declaración: "Scimus tres esse errorum gradus, et quibusdam fatemur dandam esse veniam, aliis modicam castigationem sufficere, ut tantum manifesta impietas capitali supplicio plectatur." (Existen tres grados de desviaciones de la verdad cristiana: una leve, que debemos dejar sola; una moderada, que es restaurada por un castigo moderado; y solo la impiedad manifiesta debe recibir la pena capital.) Admito que esta es una decisión severa; pero sin embargo una decisión donde se abandonó el principio de la unidad visible; y donde esta unidad es quebrantada, la libertad amanecerá en el curso natural de los eventos. Es que aquí está la solución: En Roma, el sistema de persecución surgió de la identificación de la iglesia visible con la iglesia invisible. De esta línea peligrosa, Calvino se apartó. Pero él todavía defendía la identificación de su Confesión de la verdad con la Verdad absoluta; y solo con más experiencia salió a la luz que también esta proposición (tan verdadera como sea en nuestra convicción personal) nunca se debe imponer a la fuerza sobre otras personas.

Hasta aquí los hechos. Ahora probaremos nuestra teoría y examinaremos sucesivamente los deberos de los gobernantes en asuntos espirituales: 1. hacia Dios, 2. hacia la iglesia, y 3. hacia las personas individuales.

En cuanto al primer punto, los gobernantes son y permanecen "los siervos de Dios". Ellos tienen que reconocer a Dios como el gobernante supremo, del cual ellos derivan su poder. Ellos tienen que servir a Dios, gobernando al pueblo según Sus ordenanzas. Ellos tienen que restringir la blasfemia donde adquiere directamente el carácter de una afrenta contra la Majestad Divina. Y se debe reconocer la soberanía de Dios al confesar Su nombre en la Constitución como fuente de todo poder político, al mantener el día de reposo, al proclamar días de oración y de acción de gracias, y al invocar Su bendición divina.

Por tanto, para que gobiernen según Sus ordenanzas santas, cada gobernante es obligado a investigar las leyes de Dios, tanto en la vida natural como en Su Palabra. No para sujetarse a alguna

iglesia, sino para que él mismo, como gobernante, reciba la luz que necesita para conocer la voluntad de Dios. Y en cuanto a la blasfemia, el derecho del gobierno para restringirla descansa sobre la conciencia de Dios que es innata en cada hombre; y el deber de ejercer este derecho fluye del hecho de que Dios es el gobernador supremo y soberano sobre todo estado y toda nación. Pero por esta razón, el hecho de blasfemia se establece solamente cuando la intención es aparente, de afrentar esta majestad de Dios como gobernante supremo del Estado. Entonces, lo que se castiga no es la ofensa religiosa, ni el sentimiento impío, sino el ataque contra el fundamento de la ley pública, sobre el cual descansan el Estado y su gobierno.

En este respecto existe una diferencia notable entre estados que son gobernados por un monarca, y estados que son gobernados de manera constitucional, y más todavía repúblicas que son gobernadas por una asamblea extensa.

En el monarca absoluto, la conciencia y la voluntad personal son una, y por tanto, esta única persona es llamada a gobernar su pueblo según su propio concepto personal de las ordenanzas de Dios. Cuando, al contrario, operan la conciencia y la voluntad de muchos, se pierde esta unidad, y el concepto subjetivo de las ordenanzas de Dios, en estos muchos, se puede aplicar solo indirectamente. Pero sea que se trate de la voluntad de una sola persona, o de la voluntad de muchos que llegan a una decisión por votación, el gobierno debe siempre juzgar y decidir de manera independiente. No como un apéndice de la iglesia, ni como su alumno. La esfera del Estado está directamente bajo la majestad del Señor. Entonces, en esta esfera se mantiene una responsabilidad hacia Dios independiente. La esfera del estado no es "profana". Pero ambos, la iglesia y el estado, tienen que obedecer a Dios y servir Su honor, cada uno en su propia esfera. Y para este fin, en cada esfera tiene que gobernar la Palabra de Dios, pero en la esfera del Estado solamente por medio de la conciencia de las personas en autoridad. Lo primero es que todas las naciones deben ser gobernadas de una manera cristiana; o sea, de acuerdo con los principios que fluyen desde Cristo para toda política. Pero esto se puede realizar solamente por medio de las convicciones subjetivas de aquellos en autoridad, según sus percepciones personales de las exigencias de este principio cristiano en cuanto al servicio público.

El segundo asunto es muy diferente, la relación entre el gobierno y la iglesia visible. Si hubiera sido la voluntad de Dios mantener la unidad formal de la iglesia visible, entonces

tendríamos que dar una respuesta muy diferente de lo que es ahora el caso. Es natural que al principio se buscaba esta unidad. La unidad religiosa tiene gran valor para la vida de un pueblo y es atractiva. También se puede entender que al inicio se establecía esta unidad. Lo más bajo que una nación se encuentra en la escala del desarrollo, menos diferencias de opinión se manifiestan. Por tanto, vemos que casi todas las naciones empiezan con una unidad religiosa. Pero es igualmente natural que esta unidad se divide donde la vida individual, en el proceso del desarrollo, gana fuerza, y donde la multiformidad se hace necesaria para un desarrollo más avanzado. Entonces nos enfrentamos al hecho de que la iglesia visible es dividida, y que en ningún país se puede seguir manteniendo la unidad absoluta de la iglesia visible.

¿Cuál es entonces el deber del gobierno?

¿Tiene que hacer un juicio individual, para determinar cuál de las muchas iglesias es la verdadera? ¿Y tiene que mantener a ésta en contra de las demás? ¿O es el deber del gobierno suspender su juicio propio y considerar que el complejo multiforme de todas estas denominaciones es la totalidad de la manifestación de la Iglesia de Cristo en la tierra?

Desde un punto de vista calvinista, tenemos que decidir en favor de la última sugerencia. No por una falsa idea de neutralidad, ni como si el calvinismo tuviera que ser indiferente en cuanto a lo que es verdadero y lo que es falso; pero porque el gobierno no tiene los datos para un tal juicio, y porque todo juicio gubernamental aquí infringe la soberanía de la iglesia. De otra manera, si el gobierno fuera una monarquía absoluta, tendríamos el "cuius regio eius religio" de los príncipes luteranos. O si el gobierno descansa en una pluralidad de personas, la iglesia que ayer fue considerada la falsa, hoy se considera la verdadera, según la decisión por voto; y así se pierde la continuidad de la administración del estado y de la posición de la iglesia.

Por tanto, los calvinistas han siempre luchado tan orgullosa y valientemente por la libertad, o sea, por la soberanía, de la iglesia dentro de su propia esfera; en distinción contra los teólogos luteranos. En Cristo, dijeron ellos, la Iglesia tiene su propio Rey. Su posición en el estado no es asignada por el gobierno, sino iure divino. La iglesia tiene su propia organización. Tiene sus propios oficiales. Y tiene sus propios dones para distinguir la verdad. Por tanto, es su privilegio, y no del estado, determinar sus propias características como iglesia verdadera, y proclamar su propia confesión como la confesión de la verdad.

Si en esta posición se le oponen otras iglesias, entonces luchará contra ellas su batalla espiritual, con armas espirituales y sociales; pero niega el derecho de cualquiera, incluso del gobierno, de sentarse como un poder por encima de estas diferentes instituciones y de forzar una decisión entre ella y sus iglesias hermanas. El gobierno lleva la espada con heridas; no la espada del Espíritu que decide en asuntos espirituales. Y por esta razón, los calvinistas siempre han rehusado asignar al estado una patria potestad. Por cierto, un padre gobierna en su familia sobre la religión de su familia. Pero cuando se organizó el gobierno, la familia no fue puesta a un lado; y el gobierno recibió solamente una tarea limitada, que es definida por la soberanía en la esfera individual, y por la soberanía de Cristo en Su Iglesia.

Solo cuidémonos aquí contra un puritanismo exagerado y no rehusemos, por lo menos en Europa, reconocer los efectos de las condiciones históricas. Es algo muy diferente si alguien levanta un edificio nuevo sobre un terreno vacío, o si uno tiene que restaurar una casa que ya existe.

Pero esto no puede quebrantar la regla fundamental de que el gobierno tiene que honrar el complejo de iglesias cristianas como la manifestación multiforme de la Iglesia de Cristo en la tierra. Que el gobierno tiene que respetar la libertad, o sea, la soberanía, de la Iglesia de Cristo en la esfera individual de estas iglesias. Que las iglesias florecen más cuando el gobierno les permite vivir en sus propias fuerzas por el principio de voluntarios. Y que por tanto ni el cesaropapismo del Zar de Rusia, ni la sujeción del Estado bajo la Iglesia que enseña Roma, ni el "cuius regio eius religio" de los abogados luteranos, ni el punto de vista neutral irreligioso de la Revolución Francesa, pero solo el sistema de una iglesia libre en un estado libre, puede ser honrado desde un punto de vista calvinista.

La soberanía del estado y la soberanía de la iglesia existen lado a lado, y se limitan mutuamente.

De una naturaleza muy diferente es la última pregunta que mencioné, el deber del gobierno en cuanto a la soberanía de la persona individual.

En la segunda parte de esta exposición, ya indiqué que el hombre desarrollado posee también una esfera individual de vida, con una

soberanía en su propio círculo. Aquí no me refiero a la familia, pues este es un lazo social entre varios individuos. Me refiero a lo que expresa el profesor Weitbrecht: "Por medio de su conciencia, cada uno es un rey, un soberano, por encima de toda responsabilidad." O lo que Held formuló de esta manera: "De cierta manera, cada hombre es un soberano, pues cada uno debe tener y tiene una esfera propia, en la cual él es superior."

Con esto no quiero sobreestimar la conciencia, pues a cada uno que quiere liberar la conciencia aun de Dios y de Su Palabra, yo me le opondré. Pero aun así mantengo la soberanía de la conciencia como fortaleza de toda libertad personal, en este sentido: que la conciencia nunca es sujeta a un hombre, sino siempre y solamente al Dios Todopoderoso.

Esta necesidad de la libertad de la conciencia, sin embargo, no se manifiesta inmediatamente. No se expresa con énfasis en un niño, sino solamente en un hombre maduro; y de la misma manera, está dormitada en pueblos no desarrollados, y es irresistible solo entre naciones muy desarrolladas. Un hombre maduro en su desarrollo preferirá ir al exilio, sufrir el encarcelamiento, incluso sacrificar su vida, a tolerar restricciones en cuanto a su conciencia. Y la repugnancia contra la inquisición, que duró tres largos siglos, vino de la convicción de que sus prácticas violaban y asaltaban la vida humana en el hombre. Esto impone al gobierno una doble obligación. En primer lugar, tiene que hacer que la iglesia respete esta libertad de la conciencia, y en segundo lugar, el mismo gobierno tiene que dar lugar a la conciencia soberana.

En cuanto a lo primero, la soberanía de la iglesia encuentra su límite natural en la soberanía de la persona libre. Soberana dentro de su propio dominio, no tiene poder sobre aquellos que viven afuera de esta esfera. Y dondequiera que ocurriera una transgresión de su poder, en violación de este principio, el gobierno tiene que proteger a cada ciudadano. La iglesia no puede ser obligada a tolerar entre sus miembros a alguien a quien se siente obligada expulsarlo; pero por el otro lado, ningún ciudadano del estado puede ser obligado a permanecer en una iglesia la cual su conciencia le obliga abandonar.

Lo que el gobierno exige de parte de las iglesias en este respecto, lo tiene que practicar él mismo, dando a cada ciudadano la libertad de conciencia, como el primer e inajenable derecho de todos los hombres.

Ha costado una lucha heroica, arrancar esta libertad humana más grande de las manos del despotismo; y ríos de sangre humana han sido derramados antes que la meta fue alcanzada. Pero por esta misma razón, cada hijo de la Reforma pisotea la honra de sus padres, si no defiende diligentemente y sin retractarse esta fortaleza de nuestras libertades. Para poder gobernar a hombres, el gobierno tiene que respetar este poder ético más profundo de nuestra existencia humana. Una nación que consiste en ciudadanos con una conciencia quebrantada, es ella misma quebrantada en su fuerza nacional.

Y aun si estoy obligado a admitir que nuestros padres, en la teoría, no tenían la valentía de llegar a las conclusiones que siguen de esta libertad de la conciencia: la libertad de la expresión, y la libertad del culto; aun si estoy consciente de que ellos hicieron un esfuerzo desesperado para impedir la propagación de literatura que no les gustaba - todo esto no anula el hecho de que la libre expresión del pensamiento, por la palabra hablada y escrita, alcanzó su victoria por primera vez en la Holanda calvinista. Cualquiera que estaba restringido en otro lugar, pudo por primera vez disfrutar de la libertad de las ideas y de la prensa en suelo calvinista. Entonces, el desarrollo lógico de lo que contiene la libertad de la conciencia, y esta misma libertad, bendijeron al mundo por primera vez desde el lado del calvinismo.

Es cierto que en los países católicos, el despotismo espiritual y político ha sido vencido finalmente por la Revolución Francesa, y que esta revolución también empezó promoviendo la causa de la libertad. Pero si nos enteramos de la historia de que la guillotina, en toda Francia, por años y años no pudo parar de ejecutar a aquellos que tenían una mente diferente; si nos recordamos cuan cruelmente se mató al clero católico romano porque rehusaron violar su conciencia con un juramento impío; y si conocemos, como yo mismo por una triste experiencia, la tiranía espiritual que el liberalismo y el conservadurismo han aplicado en el continente europeo, y siguen aplicando - entonces tenemos que admitir que la libertad en el calvinismo y la libertad en la Revolución Francesa son dos cosas muy diferentes.

En la Revolución Francesa es una libertad civil para cada cristiano estar de acuerdo con la mayoría incrédula; en el calvinismo, una libertad de la conciencia, que permite a cada hombre servir a Dios de acuerdo con su propia convicción y el dictado de su propio corazón.

Cuarta exposición:
El calvinismo y la ciencia

En mi cuarta exposición, permítanme dirigir vuestra atención al nexo entre calvinismo y ciencia. No para agotar un tema de tanto peso en una sola exposición, por supuesto. Solo cuatro puntos encomendaré a vuestra consideración:

primero, que el calvinismo cultivó el amor a la ciencia;
segundo, que restauró a la ciencia su dominio;
tercero, que liberó a la ciencia de ataduras no naturales;
y cuarto, en qué manera buscó y encontró una solución del inevitable conflicto científico.

El calvinismo cultivó al amor a la ciencia

Primero, entonces: Se encuentra en el calvinismo un impulso escondido, una inclinación, un incentivo, para la investigación científica. Es un hecho que la ciencia fue incentivada por ello, y su principio exige un espíritu científico. Una sola página gloriosa de la historia del calvinismo sea suficiente para comprobar el hecho, antes de entrar plenamente en la discusión del incentivo a la investigación científica que se encuentra en el calvinismo como tal. La página de la historia del calvinismo, o mejor dicho de la humanidad, sin igual en su belleza, a la cual me refiero, es el sitio de Leyden, hace más de trescientos años. El sitio de Leyden era de hecho una lucha entre Alva y el príncipe Guillermo sobre el rumbo futuro de la historia mundial; y el resultado fue que al fin Alva tuvo que retirarse, y que Guillermo el Silencioso fue capaz de enarbolar la bandera de la libertad sobre Europa. Leyden, defendida casi exclusivamente por sus propios habitantes, se enfrentó contra las mejores tropas de lo que era considerado el mejor ejército del mundo. Tres meses después de comenzar el sitio, se agotaron los alimentos. Los ciudadanos aparentemente vencidos lograron vivir de perros y ratas. A esta hambruna le siguió pronto la "muerte negra", la peste, que se llevó la tercera parte de los habitantes. Los españoles ofrecieron paz y perdón a la gente moribunda; pero Leyden, recordando la mala fe del enemigo en su trato con las ciudades de Naarden y Haarlem, respondieron audazmente y con orgullo: Si fuera necesario, somos dispuestos a comer nuestros brazos izquierdos y defender con nuestros brazos derechos a nuestras esposas, nuestra libertad y nuestra religión contra ti, oh tirano.

Así perseveraban. Ellos esperaban pacientemente la venida del Príncipe de Orange para levantar el sitio ... pero ..., el príncipe tuvo que esperar a Dios. Los diques de la provincia de Holanda habían sido cortados; la tierra alrededor de Leyden estaba inundada; una flota estaba lista para socorrer a Leyden, pero el viento empujó el agua hacia afuera y la flota no pudo entrar. Dios probó a su pueblo severamente. Por fin, el primero de octubre, el viento volteó al oeste, forzó las aguas hacia adentro, y la flota pudo alcanzar la ciudad sitiada. Entonces los españoles huyeron apresuradamente para escapar de la subida de las aguas. El 3 de octubre, la flota entró al puerto de Leyden, y al levantarse el sitio, Holanda y Europa estuvieron a salvo. Los habitantes, casi muertos de hambre, apenas pudieron arrastrarse; pero todos cojearon como un solo hombre a la casa de oración. Allí cayeron sobre sus rodillas y dieron gracias a Dios. Pero cuando intentaron expresar su gratitud en salmos de alabanza, se quedaron sin voz, porque no les sobraban fuerzas, y las notas de su canto se desvanecieron en un llanto agradecido.

Esta es lo que llamo una página gloriosa en la historia de la libertad, escrita en sangre; y si Uds. me preguntan qué tiene esto que ver con ciencia, he aquí la respuesta: En reconocimiento de tal valentía patriótica, el Estado de Holanda otorgó a Leyden no unas condecoraciones, ni oro, ni honra, sino una escuela de ciencias - la Universidad de Leyden, con renombre en todo el mundo. Nadie excede a los alemanes en orgullo de su gloria científica; sin embargo, nadie menos que Niebuhr testificó "que la sala del senado de la Universidad de Leyden es el aula más memorable de la ciencia." Los mejores eruditos fueron convencidos a llenar sus cátedras. Uds. conocen a los Lipsii, los Hemsterhuizen, los Boerhaves. Uds. saben que en Holanda se inventaron el telescopio, el microscopio y el termómetro, y por tanto, la ciencia empírica, digna de su nombre, fue hecho posible. Es un hecho innegable que la Holanda calvinista amaba la ciencia y la cultivaba. La prueba más evidente es el establecimiento de la Universidad de Leyden. Recibir como recompensa suprema una Universidad de Ciencias, cuando en una lucha temerosa el rumbo de la historia mundial fue cambiado por tu heroísmo - esto es imaginable solo en una nación cuyo mismo principio de vida incluye el amor a la ciencia.

Y ahora trataré del principio mismo. No es suficiente haberse familiarizado con los hechos; tengo que demostrar también por qué el calvinismo no puede hacer otra cosa que incentivar el amor a la ciencia. Y no lo vean como algo extraño si señalo a la doctrina calvinista de la predestinación como el motivo más

fuerte en estos días para la cultivación de la ciencia en un sentido superior. Pero para prevenir los malentendidos, déjenme explicar primero lo que significa el término "ciencia" aquí.

Estoy hablando de la ciencia humana como un entero; no lo que Uds. llaman "ciencias", o como lo expresa el francés "ciencias exactas". Especialmente, yo niego que el mero empirismo en sí mismo ya sea ciencia perfecta. Aun la investigación microscópica más minuciosa, la investigación telescópica de alcance más lejano, no es nada más que percepción con ojos reforzados. Esto se torna en ciencia cuando Ud. descubre, en los fenómenos específicos percibidos, una ley universal, y entonces llega al pensamiento que gobierna la constelación entera de fenómenos. De esta manera se originan las ciencias especiales; pero aun en ellas la mente humana no encuentra reposo. La materia de las diversas ciencias tiene que agruparse bajo una sola cabeza y llevarse bajo el gobierno de un solo principio por medio de la teoría o hipótesis; y finalmente la sistemática, la reina de las ciencias, sale de su tienda para tejer de todos los resultados diferentes una unidad entera orgánica. Es cierto que la palabra famosa de Dubois Raymond, Ignorabimus, ha sido usada por muchos para hacer aparentar que nuestra sed por la ciencia en su sentido supremo nunca sería satisfecha, y que el agnosticismo que pone una cortina delante del fondo y sobre los abismos de la vida, se satisface con el estudio de los fenómenos de las diferentes ciencias. Pero hace cierto tiempo, la mente humana empezó a tomar su venganza contra este vandalismo espiritual. No se puede suprimir la pregunta acerca del origen, la interconexión y el destino de todo lo que existe; y la victoria veloz con la cual la teoría de la evolución ocupó todas las esferas, en enemistad contra la Palabra de Dios, es una prueba de cuánto necesitamos esta unidad de una cosmovisión.

¿Cómo, entonces, podemos comprobar que el amor por la ciencia en este sentido superior, que apunta a la unidad en nuestro conocimiento del cosmos entero, es efectivamente asegurado mediante nuestra fe calvinista en la predestinación de Dios? Si Uds. quieren entender esto, entonces regresen de la predestinación hacia el decreto de Dios en general. La fe en la predestinación no es otra cosa que la penetración del decreto de Dios en nuestra vida personal; o, si Uds. prefieren, el heroísmo de aplicar la soberanía de la voluntad de Dios a nuestra propia existencia. Esto significa que no estamos satisfechos con una mera confesión en palabras, sino que estamos dispuestos a mantener nuestra confesión, tanto respecto a esta vida como a la vida por venir. Es una prueba de honestidad, firmeza y solidez en

nuestras expresiones en cuanto a la unidad entre la voluntad de Dios y la certeza de sus operaciones. Pero cuando procedemos al decreto de Dios, ¿qué significa la predestinación de Dios, si no la certeza de que la existencia y el rumbo de todas las cosas, o sea, del cosmos entero, no son un juego de capricho y suerte, sino obedecen a una ley y un orden; y que existe una voluntad firme que lleva a cabo sus designios, tanto en la naturaleza como en la historia? ¿No están Uds. de acuerdo con que esto nos obliga a aceptar el concepto de una unidad que abarca todo, y de un solo principio que gobierna todo? Nos obliga a reconocer que existe algo que es general, escondido, y sin embargo se expresa en todo lo que es particular. Nos obliga a confesar que una estabilidad y regularidad gobierna sobre todo. Entonces Uds. reconocen que el cosmos no es un montón de piedras amontonadas, sino un edificio monumental, levantado según un estilo consecuente. Si abandonamos este punto de vista, entonces en cualquier momento es incierto qué va a suceder, qué rumbo tomarán las cosas, qué nos espera cada mañana y cada noche, a nosotros, nuestra familia, nuestro país, el mundo en general. La preocupación principal sería entonces la voluntad caprichosa del hombre. Cada persona podría entonces elegir y actuar en cierto momento de cierta manera, pero igualmente podría hacer exactamente lo contrario. No podríamos confiar en nada. No hubiera ninguna interconexión, ningún desarrollo, ninguna continuidad; una crónica, pero ninguna historia. Y ahora díganme, ¿qué sería de la ciencia bajo estas condiciones? Podríamos hablar todavía del estudio de la naturaleza, pero el estudio de la vida humana sería ambiguo e incierto. Solo podríamos acertar históricamente los hechos desnudos; la historia no tendría lugar para una interconexión y un plan. La historia moriría.

No quiero entrar ahora en una discusión sobre el libre albedrío del hombre; no tenemos tiempo para ello. Pero es un hecho que el desarrollo más avanzado de la ciencia en nuestra época ha decidido, casi unánimemente, en favor del calvinismo, respecto a la antítesis entre la unidad y estabilidad del decreto de Dios (lo que profesa el calvinismo), y la superficialidad y casualidad (que prefieren los arminianos). Los sistemas de los grandes filósofos modernos, casi todos, están a favor de la unidad y estabilidad. La "Historia de la civilización en Inglaterra", por Buckle, demostró el orden firme de las cosas con una fuerza asombrosa, casi matemática. Lombroso, y su entera escuela de criminalistas, también se mueven a lo largo de las líneas calvinistas. Y la última hipótesis, que las leyes de herencia y variación que controlan toda la organización de la naturaleza, no permiten ninguna excepción en el dominio de la vida humana, ya ha sido aceptada como "el credo común" por todos los evolucionistas.

Aunque me abstengo por el momento de criticar estos sistemas filosóficos e hipótesis naturalistas, todos ellos demuestran que el desarrollo entero de la ciencia en nuestra época presupone un cosmos que no es preso de la casualidad, sino que existe y se desarrolla a base de un principio, según un orden firme, apuntando a un plan fijo. Este concepto es diametralmente opuesto al arminianismo, y en completa armonía con la fe calvinista de que hay una sola voluntad suprema en Dios, la causa de todas las cosas existentes, sujetándolas a ordenanzas fijas y dirigiéndolas hacia un plan preestablecido. Los calvinistas nunca pensaban que la idea del cosmos, en la predestinación de Dios, consistiría en un agregado de decretos sueltos; sino mantenían siempre que lo entero formaba un solo programa orgánico de la creación entera y de la historia entera. Y puesto que un calvinista considera que el decreto de Dios es el fundamento y origen de las leyes naturales, encuentra en ello también el fundamento firme y el origen de toda ley moral y espiritual. Ambas, la ley natural y la ley espiritual, forman juntas un solo orden supremo, que existe de acuerdo con el mandamiento de Dios y en el cual se cumplirá el consejo de Dios en la consumación de su plan eterno que abarca todo.

La fe en una tal unidad, estabilidad y orden de las cosas, personalmente, como predestinación, cósmicamente, como el decreto de Dios, no pudo hacer otra cosa que despertar e incentivar el amor a la ciencia. Sin una convicción profunda de esta unidad, estabilidad y orden, la ciencia no puede llegar más allá de meras conjeturas; y solo donde hay fe en la interconexión orgánica del universo, allí habrá también una posibilidad que la ciencia ascienda desde la investigación empírica de los fenómenos particulares a lo general, y de lo general a la ley que lo gobierna, y de la ley al principio que domina sobre todo. Recuerden que en aquellos días cuando el calvinismo se hizo por primera vez un camino en esta vida, el semipelagianismo había truncado esta convicción de unidad, estabilidad y orden, de manera que aún Tomás Aquinas perdió mucho de su influencia, mientras los escotistas, místicos y epicúreo competían unos con otros en sus esfuerzos de desviar la mente humana de su rumbo firme. Y quién no percibe el impulso completamente nuevo para emprender investigaciones científicas, que creció desde el calvinismo recién nacido, el cual sacó orden del caos, puso bajo disciplina el libertinaje espiritual, puso fin a este vacilar entre dos o más opiniones, y en vez de las neblinas nos mostró el cuadro de un río poderoso, que toma su rumbo por un lecho bien regulado hacia un océano que espera para recibirlo. El calvinismo pasó por muchas luchas feroces por causa de su adhesión al decreto de Dios. Vez tras vez parecía estar cerca a la

destrucción. El calvinismo ha sido despreciado y calumniado por ello; y cuando rehusó excluir aun nuestras acciones pecaminosas del plan de Dios, para no romper en piezas otra vez el programa del orden del mundo, nuestros opositores se atrevieron a acusarnos de hacer de Dios el autor del pecado. Ellos no sabían lo que hicieron. En medio de mala fama y buena fama, el calvinismo mantuvo firmemente su confesión. No se permitió desviarse, ni por burla ni por desprecio, de la convicción firme de que nuestra vida entera tiene que estar bajo el gobierno de una unidad, solidez y orden, establecidos por Dios mismo. Por eso necesita una unidad de conceptos, firmeza del conocimiento, orden en su cosmovisión; y esto es lo que se practica entre nosotros, aun entre la gente común; y esta necesidad manifiesta es la razón por qué despertó la sed del conocimiento. Esto explica por qué encontramos en los escritos de aquellos días tanta determinación, tanta energía del pensamiento, una perspectiva tan abarcadora de la vida. Aun me atrevo a decir que en los recuerdos de las mujeres nobles de aquel siglo, y en la correspondencia de los no educados, se manifiesta una unidad de cosmovisión y percepción de la vida, que imprimió un sello científico sobre su existencia entera. Y junto con esto, ellos nunca favorecieron la primacía de la voluntad. Ellos exigieron, en su vida práctica, el freno de una conciencia limpia; y en esta conciencia, el liderazgo no se pudo conceder al humor o capricho, a la fantasía o la casualidad, sino solamente a la majestad del principio supremo, en el cual ellos encontraron la explicación de su existencia y al cual consagraron su vida entera.

El calvinismo restauró a la ciencia su dominio

Ahora dejen mi primer punto, que el calvinismo incentivó el amor a la ciencia, y procedo al segundo, que el calvinismo restauró para la ciencia su dominio. Con esto quiero decir que la ciencia cósmica se originó en el mundo grecorromano; que en la Edad Media el cosmos desapareció debajo del horizonte para dirigir la atención de todos hacia la vista distante de la vida futura; y que fue el calvinismo que, sin perder de la vista lo espiritual, llevó a una rehabilitación de las ciencias cósmicas. Si fuéramos obligados a elegir entre el buen gusto cósmico de Grecia con su ceguera para las cosas eternas, y la Edad Media con su ceguera para las cosas cósmicas, pero su amor místico por Cristo, entonces seguramente cada hijo de Dios se uniría con Bernardo de Clairvaux y con Tomás Aquinas, en lugar de Heraclito y Aristóteles. El peregrino que camina por el mundo sin preocuparse por su preservación y destino, nos presenta una figura más ideal que el griego mundano que buscaba religión en la adoración de Venus o de Baco, que se aduló a sí mismo en la veneración de los héroes, y que rebajó su honor varonil en la veneración de las prostitutas. De ninguna manera estoy sobreestimando el mundo clásico. Pero con todo esto, aseguro que el único Aristóteles sabía más acerca del cosmos que todos los padres de la iglesia juntos; que bajo el dominio del islam florecía una ciencia cósmica mejor que en las escuelas de las catedrales y los monasterios de Europa; que el redescubrimiento de los escritos de Aristóteles fue el primer incentivo a estudiar; y que solo el calvinismo, por medio de su principio dominante que nos insta siempre a regresar desde la cruz a la creación, y por medio de su doctrina de la gracia común, abrió nuevamente para la ciencia el campo amplio del cosmos, ahora iluminado por el Sol de Justicia, de quien las Escrituras testifican que en Él están escondidos todos los tesoros de sabiduría y conocimiento. Entonces nos detendremos aquí, para considerar primero este principio general del calvinismo, y después la doctrina de la gracia común.

Todos están de acuerdo con que la religión cristiana es substancialmente soteriológica. ¿Qué tengo que hacer para ser salvo?, fue por todas las épocas la pregunta del buscador ansioso, que requiere una respuesta por encima de todo lo demás. Esta pregunta no es entendible para aquellos que no quieren considerar el tiempo a la luz de la eternidad, y que están acostumbrados a pensar de esta tierra sin conexión orgánica y moral alguna con la vida de por venir. Pero naturalmente, donde

aparecen dos elementos, como en este caso el pecador y el santo, lo temporal y lo eterno, la vida terrenal y la vida celestial, allí hay siempre un peligro de perder de la vista la interconexión entre ellos, y de falsificar a ambos por error o parcialidad. El cristianismo no escapó de este error. Un concepto dualista de la regeneración rompió entre la vida de la naturaleza y la vida de la gracia. Por su contemplación demasiado intensa de las cosas celestiales, descuidó el mundo de la creación de Dios. Por su amor exclusivo de las cosas eternas, se atrasó en el cumplimiento de sus deberes temporales. Descuidó el cuerpo porque cuidó demasiado del alma. Y este concepto unilateral ha llevado a más que una secta a una adoración mística de Cristo solo, excluyendo a Dios el Padre Todopoderoso, Creador del cielo y de la tierra. Cristo fue percibido exclusivamente como el Salvador, y su significado cosmológico se perdió de la vista.

Este dualismo, sin embargo, no encuentra ningún apoyo en la Sagrada Escritura. Cuando Juan describe al Salvador, nos dice primero que Cristo es "el Verbo eterno, por quien todas las cosas son hechas, y quien es la vida de los hombres". Pablo también testifica que "todas las cosas fueron creadas por Cristo y subsisten por Él"; y además, que la obra de redención no es limitada a la salvación de pecadores individuales, sino que se extiende a la redención del mundo, y a la reunión orgánica de todas las cosas en el cielo y en la tierra bajo Cristo, su cabeza original. Cristo mismo habla no solamente de la regeneración de la tierra, sino de una regeneración del cosmos (Mateo 19:28). Pablo declara: "La creación entera suspira, esperando la manifestación de la gloria de los hijos de Dios." Y cuando Juan en Patmos escuchaba los himnos de los querubines y de los redimidos, toda honra, alabanza y gratitud se dio a Dios, "quien creó el cielo y la tierra." El Apocalipsis regresa al punto de partida de Génesis 1:1 - "En el principio, Dios creó el cielo y la tierra." En acuerdo con ello, el resultado final del futuro como las Escrituras lo presentan, no es una existencia meramente espiritual de almas salvadas, sino la restauración del cosmos entero, cuando Dios será todo en todos bajo el cielo renovado en la tierra renovada. Ahora este significado amplio, cósmico, todo abarcador del Evangelio fue captado nuevamente por Calvino; captado como el resultado no de un proceso dialéctico, sino de la impresión profunda de la majestad de Dios, que había moldeada su vida personal.

Por cierto, nuestra salvación es de un peso substancial; pero no se puede comparar con el peso mucho más grande de la gloria de Dios, quien reveló Su majestad en Su creación maravillosa. Esta creación es obra de Sus manos, y al ser manchada por el pecado,

se abrió el camino para una revelación todavía más gloriosa en su restauración; pero la restauración es siempre la salvación de lo que fue creado primero, la justificación de la obra original de nuestro Dios. Los hombres y los ángeles alabarán siempre a Cristo como mediador; pero aun esta obra como mediador tiene como fin la gloria del Padre; y no importa cuan grande será el esplendor del reino de Cristo, Él lo entregará finalmente a Dios el Padre. Él sigue siendo nuestro abogado ante el Padre; pero la hora llegará cuando Su intercesión por nosotros acabará, porque conoceremos en aquel día al Padre que nos ama. Por tanto, el calvinismo pone fin al desprecio por el mundo, la negligencia de lo temporal y la subestimación de las cosas cósmicas. La vida cósmica recibió nuevamente su valor, no a expensas de las cosas eternas, sino por virtud de su calidad como obra de las manos de Dios y como revelación de los atributos de Dios.

Dos hechos sean suficientes para impresionarles con la verdad de esto. Durante la plaga terrible que una vez devastó a Milán, el amor heroico del cardenal Borromeo brilló en sus ministraciones a los moribundos; pero durante la plaga que atormentó a Ginebra en el siglo XVI, Calvino actuó mejor y más sabiamente, porque no solamente se preocupó constantemente por las necesidades espirituales de los enfermos, sino al mismo tiempo introdujo medidas higiénicas que lograron detener la plaga. - El segundo hecho que quiero mencionar es no menos notable. El predicador calvinista Pedro Plancio de Amsterdam era un predicador elocuente, un pastor sin igual en su consagración a su obra, sobre todo en la lucha eclesiástica de sus días; pero al mismo tiempo era el oráculo de los dueños y capitanes de embarcaciones, por causa de sus conocimientos geográficos extensos. La investigación de las líneas de longitud y latitud del globo terráqueo, en su entendimiento, era uno con la investigación de lo ancho y lo largo del amor de Cristo. El se vio a sí mismo puesto ante dos obras de Dios, una en la creación, la otra en Cristo, y en ambas él adoraba esta majestad del Dios Todopoderoso, que transportó su alma al éxtasis. En esta luz, merece atención que nuestras mejores Declaraciones de Fe calvinistas hablan de dos medios por los cuales conocemos a Dios, las Escrituras y la naturaleza. Y es aun más notable que Calvino, en lugar de tratar la naturaleza como un asunto marginal como tantos teólogos lo hacían, comparó las Escrituras con un par de lentes, que nos capacitan para descifrar nuevamente los pensamientos divinos, escritos por la mano de Dios en el libro de la naturaleza, que había sido distorsionado a consecuencia de la maldición. Entonces desapareció toda posibilidad de pensar que aquel que se ocupaba con la naturaleza, desperdiciaría sus capacidades en la búsqueda de cosas vanas. Al contrario, se

percibía que por causa de Dios, no debemos retirar nuestra atención del estudio de la naturaleza y de la creación; el estudio del cuerpo ganó nuevamente su lugar de honor al lado del estudio del alma; y la organización social de la humanidad en la tierra fue nuevamente considerada digna de ser objeto de la ciencia, al igual que la congregación de los santos perfectos en el cielo. Esto explica también la relación cercana entre calvinismo y humanismo. En cuanto el humanismo intentó sustituir la vida eterna con la vida en este mundo, cada calvinista se opuso al humanista. Pero en cuanto el humanista se contentó con pedir un reconocimiento apropiado de la vida secular, el calvinista era su aliado.

Ahora procederé a considerar la doctrina de la "gracia común", este resultado natural del principio general que acabo de presentarles, pero en su aplicación especial al pecado, comprendido como la corrupción de nuestra naturaleza. El pecado nos enfrenta con un enigma insoluble. Si consideramos el pecado como un veneno mortal, la enemistad contra Dios, que lleva a la condenación eterna, y si representamos al pecador como siendo "completamente incapaz de hacer algo bueno, e inclinado a todo lo malo", y por tanto solo se puede salvar si Dios, en la regeneración, cambia su corazón; entonces parece que necesariamente todos los incrédulos deberían ser personas malvadas y repulsivas. Pero esto es muy lejos de nuestra experiencia en la vida real. Al contrario, el mundo incrédulo sobresale en muchos aspectos. Tesoros preciosos nos han llegado desde la antigua civilización pagana. Y si consideramos nuestro propio alrededor, mucho nos atrae, con mucho simpatizamos y mucho admiramos en los estudios y las producciones literarias de infieles profesos. No es exclusivamente el genio o el talento que excita nuestro placer en las palabras y acciones de incrédulos, sino a menudo es la belleza de su carácter, su celo, su devoción, su amor, su fidelidad y su sentido de honestidad. Y con no poca frecuencia deseamos que ciertos creyentes tengan más de esta atractividad; ¿y quién entre nosotros no se ruborizó alguna vez al verse confrontado con "las virtudes de los paganos"?

Es entonces un hecho que nuestra enseñanza de la corrupción total por el pecado no encaja siempre en nuestra experiencia diaria. Pero si ahora corremos en la dirección opuesta y nos basamos solo en estas experiencias, no olvidemos que toda nuestra confesión cristiana se viene abajo; porque entonces consideraríamos la naturaleza humana como buena y no corrompida; los criminales malvados merecerían nuestra compasión por estar éticamente enfermos; la regeneración no sería necesaria en absoluto para

vivir de manera honorable; y nuestra imaginación de una gracia superior sería nada más que jugar con una medicina ineficaz. - Algunos se salvan de esta posición incómoda al hablar de las virtudes de los incrédulos como "vicios espléndidos", y por el otro lado, al culpar al "viejo Adán" de los pecados de los creyentes; pero Uds. sentirán por Uds. mismos que este es un subterfugio que no se puede tomar en serio.

Roma intentó encontrar un camino de escape mejor, en su doctrina de las pura naturalia. Los romanistas enseñaron que existían dos esferas de vida, la esfera terrenal o meramente humana aquí abajo, y la esfera celestial, más alta, que ofrecía gozo celestial en la visión de Dios. Según esta teoría, Adán estaba bien preparado por Dios para ambas esferas. Para la esfera de la vida común, por medio de la naturaleza que Él le dio, y para la esfera extra-común, por medio del don sobrenatural de la justicia original. En la caída perdió esta última, pero no la primera. Su equipamiento natural para la vida terrenal quedó casi sin impacto. La naturaleza humana fue debilitada, pero mantuvo su integridad. Esto les explica por qué el hombre caído sobresale a menudo en el orden natural de la vida, que es meramente humano. Este sistema intenta reconciliar la doctrina de la caída con el estado real de las cosas alrededor de nosotros, y la entera religión católica romana es fundada sobre esta antropología notable. Solo dos cosas son erróneas en este sistema: Por un lado, le hace falta el concepto escritural profundo del pecado; y por el otro lado, lleva a una subestimación de la naturaleza humana. Este es el dualismo falso, el cual señalé en una exposición previa, en el carnaval. En este tiempo, se disfruta plenamente del mundo; pero después del carnaval, para salvar el ideal, sigue por corto tiempo una elevación espiritual en las esferas superiores de la vida. Por esta razón, el clero que rompe los lazos terrenales en el celibato, tiene un rango superior a los laicos; y otra vez, el monje que se aleja también de las posesiones terrenales y sacrifica su propia voluntad, se encuentra en un nivel superior al clero. Y finalmente la perfección más alta la alcanza el ermitaño que sube a su columna y se separa de todo lo terrenal, o el penitente silencioso que se hace encerrar en los muros de su cueva subterránea. Horizontalmente, si puedo usar esta expresión, el mismo pensamiento se expresa en la separación entre suelo sagrado y secular. Todo lo que no se encuentra bajo el cuidado de la iglesia, se desprecia como algo de carácter inferior, y el exorcismo en el bautismo nos dice que estas cosas inferiores realmente son pecaminosas. Ahora, es evidente que un tal punto de vista no invitó a los cristianos a estudiar las cosas terrenales.

Solo un estudio de la esfera superior de las cosas celestiales pudo atraer a aquellos que bajo esta bandera guardaban su ideal.

El calvinismo se opuso por principio a este concepto de la condición moral del hombre caído. Por un lado, tomó el concepto del pecado en el sentido más absoluto; y por el otro lado, explicó aquello que es bueno en el hombre caído, por medio de la doctrina de la gracia común. El pecado, según el calvinismo y en acuerdo con las Sagradas Escrituras, el pecado sin freno ni traba, hubiera llevado a una degeneración total de la vida humana, como podemos deducir de lo que se vio en los días antes del diluvio. Pero Dios detuvo el pecado, para impedir la aniquilación completa de la obra de Sus manos que hubiera seguido naturalmente. Él interfirió en la vida del individuo, en la vida de la humanidad entera, y en la vida de la naturaleza misma, por Su gracia común. Esta gracia, sin embargo, no mata el núcleo del pecado, ni salva para la vida eterna, sino detiene el ejercicio completo del pecado, igual como el entendimiento humano detiene la furia de las bestias salvajes. El hombre puede impedir que la bestia haga daño: 1ro encerrándola en una jaula, 2do sujetándola a su voluntad al domarla, y 3ro puede hacerla atractiva al domesticarla, p.ej. al transformar el perro y el gato salvajes en animales domésticos. De una manera parecida, Dios por Su "gracia común" refrena la operación del pecado en el hombre, en parte rompiendo su poder, en parte domando su espíritu maligno, y en parte domesticando su nación o su familia. Así, la gracia común trajo el resultado de que un pecador no regenerado puede atraernos con muchos rasgos amables y llenos de energía, igual como nuestros animales domésticos, pero a manera de seres humanos. La naturaleza del pecado sin embargo permanece tan venenosa como era siempre. Esto lo vemos en el gato que cuando se lo regresa al bosque, vuelve a su primer estado salvaje después de dos generaciones. Una experiencia similar se hizo con la naturaleza humana, ahora mismo, en Armenia y en Cuba. Si leemos sobre la masacre de San Bartolomeo, podemos atribuir estos horrores al estado inferior de la cultura en aquellos días; pero he aquí nuestro siglo XIX sobrepasó esos horrores con las masacres en Armenia. Y aquel que leyó una descripción de las crueldades que los españoles del siglo XVI cometieron en Holanda contra ancianos, mujeres y niños indefensos, y después escuchó las noticias de lo que ahora sucedió en Cuba, tiene que reconocer que lo que fue una desgracia en el siglo XVI, se repitió en el siglo XIX. Donde lo malo no aparece en la superficie, o no se manifiesta en toda su maldad, lo debemos únicamente a Dios quien con Su gracia común impide que el fuego humeando estalle en llamas. Y si Ud. se pregunta como es posible que de esta manera de lo malo refrenado pueda surgir algo que nos atrae e interesa,

tome como ilustración la balsa. Este bote es arrastrado por la corriente que lo llevaría rápidamente hacia abajo y lo arruinaría; pero con la ayuda de la cadena a la cual es atado, el bote llega salvo y seguro a la otra ribera, empujado por la misma fuerza que de otra manera lo hubiera destruido. De esta manera, Dios refrena lo malo, y es Él quien hace surgir lo bueno de lo malo. Por mientras, nosotros los calvinistas no dejamos de acusar nuestra naturaleza pecaminosa, pero alabamos y damos gracias a Dios por hacerlo posible que los hombres vivan juntos en una sociedad bien ordenada, y por refrenarnos personalmente de pecados horribles. Más aun, le damos gracias por traer a la luz todos los talentos escondidos en nuestra raza, por desarrollar en un proceso regular la historia de la humanidad, y por asegurar con la misma gracia para Su iglesia en la tierra un lugar donde pise la planta de su pie.

Esta confesión pone al cristiano en una posición muy diferente frente a la vida. Pues en su perspectiva, no solo la iglesia, sino también el mundo pertenece a Dios, y en ambos hay que investigar la obra maestra del Arquitecto y Artesano supremo.

Un calvinista que busca a Dios, no piensa ni por un momento limitarse a la teología y la contemplación, dejando las otras ciencias en las manos de los incrédulos; sino al contrario, considerándolo su tarea reconocer a Dios en todas sus obras, es consciente de su llamado de escudriñar con toda la energía de su intelecto tanto las cosas terrenales como las celestiales; de traer a la luz tanto el orden de la creación, como la gracia común del Dios al cual adora, en la naturaleza y sus maravillas, en la producción de la industria humana, en la vida de la humanidad, en la sociología y en la historia de la raza humana. Así Uds. se dan cuenta de como esta doctrina de la gracia común removi6 de una vez la prohibición que había cubierto la vida secular, aun con el peligro de estar muy cerca de un amor unilateral por estos estudios seculares.

Ahora se entendi6 que fue la gracia com6n de Dios que produjo en la antigua Grecia y Roma los tesoros de luz filos6fica, y nos abri6 los tesoros de artes y de justicia que encendieron el amor a los estudios cl6sicos, para renovarnos el beneficio de una herencia tan espl6ndida. Ahora se vio claramente que la historia de la humanidad no es solo un espect6culo de pasiones crueles, sino un proceso coherente con la Cruz en su centro; un proceso en el cual cada naci6n tiene su tarea especial, y el conocimiento del cual puede ser una fuente de bendici6n para todo pueblo. Se entendi6 que la ciencia de la pol6tica y de la econom6a pol6tica merec6a la atenci6n cuidadosa de los eruditos. S6, se entendi6

que no hay nada en la naturaleza, ni en la misma vida humana, que no se presentaba como un objeto digno de ser investigado, para echar nueva luz sobre la gloria del cosmos entero en sus fenómenos visibles y sus operaciones invisibles. Y si con un punto de vista diferente, el progreso de conocimiento científico llevó muchas veces al orgullo y al alejamiento de Dios; en el calvinismo aun el investigador más profundo nunca dejó de reconocerse a sí mismo como un pecador culpable ante Dios, y de atribuir solo a la misericordia de Dios su entendimiento espléndido de las cosas del mundo.

El calvinismo liberó la ciencia de las ataduras no naturales

Después de haber comprobado que el calvinismo incentivó el amor a la ciencia y restauró a la ciencia su dominio, ahora en tercer lugar demostraré en qué manera promovió su libertad indispensable. La libertad es para la ciencia genuina lo que es para nosotros el aire que respiramos. Esto no significa que la ciencia sea completamente suelta en el uso de su libertad y que no necesite obedecer a ninguna ley. Al contrario, un pez en tierra seca es completamente libre, o sea para morir y perecer; mientras un pez que realmente quiere ser libre para vivir y prosperar, tiene que ser enteramente rodeado por el agua y guiado por sus aletas. De la misma manera, toda ciencia tiene que mantener la conexión más cercana con su materia, y tiene que obedecer estrictamente las exigencias de su propio método; y solo cuando es atada por este doble lazo, puede avanzar libremente. Pues la libertad de la ciencia no consiste en libertinaje o iniquidad, sino en ser liberado de todos los lazos no naturales, no naturales porque no son arraigados en su principio vital. Ahora, para entender completamente la posición de Calvino, debemos abstenernos de todo concepto equivocado acerca de la vida universitaria en la Edad Media. No se conocían universidades estatales en aquellos días. Las universidades eran corporaciones libres, y de esta manera eran prototipos de la mayoría de las universidades americanas. La opinión general en aquellos días era que la ciencia llamó en existencia una respublica litterarum, "una confederación de eruditos", que tenía que vivir de su propio capital intelectual o morir por falta de talento y energía. La amenaza contra la libertad de la ciencia, en aquellos días, no vino de parte del Estado, sino de un lugar muy diferente. Por siglos, se conocían solo dos poderes dominantes en la vida de la humanidad: la iglesia y el estado. La dicotomía de cuerpo y alma se reflejaba en esa cosmovisión. La iglesia era el alma, el estado el cuerpo, y un tercer poder era desconocido. La vida de la iglesia se centraba en el papa, mientras la vida política de

las naciones tuvo su punto de unión en el emperador. El esfuerzo de resolver este dualismo en una unidad superior encendió las llamas de la lucha feroz por la supremacía de la corona imperial o la tiara papal. Desde entonces, sin embargo, la ciencia se interpuso entre ellos como un tercer poder, gracias al renacimiento. Antes que terminara el siglo XIII, la ciencia encontró en la vida universitaria una incorporación propia, y reclamó una existencia independiente del papa y del emperador.

La única pregunta que quedaba era si este nuevo poder también iba a crear un centro jerárquico que se iba a manifestar como un tercer gran potentado al lado del papa y del emperador.

Al contrario, el carácter republicano de la universidad demandaba que se dejaran de un lado todas las aspiraciones monárquicas. Pero era igualmente natural que el papa y el César, que habían repartido entre ellos el dominio entero de la vida, miraran con sospechas el crecimiento de un tercer poder independiente, y que intentaran todo para sujetar las universidades a su reinado. Si todas las universidades existentes hubieran asumido una posición firme, un tal plan nunca hubiera tenido éxito. Pero como sucede a menudo entre corporaciones libres, la competencia indujo al más débil a buscar apoyo desde afuera, y así se dirigieron al Vaticano por ayuda. Esto obligó a las universidades más fuertes a seguirles, y pronto todos codiciaban el favor del papa, para asegurarse privilegios especiales. Allí encontramos el mal fundamental. De esta manera, la ciencia entregó su carácter independiente. No se tomó en cuenta que la recepción y reflexión intelectual de nuestra conciencia del cosmos, en lo cual consiste toda ciencia, forma una esfera enteramente distinta de la iglesia. Ahora, la Reforma enfrentó este mal, y el calvinismo en especial lo dominó. Lo dominó formalmente porque la misma iglesia abandonó la jerarquía monárquica, y se introdujo una organización republicana y federal bajo la autoridad monárquica de Cristo. Una cabeza espiritual de la iglesia, que hubiera tenido la tarea de gobernar sobre las universidades, ya no existía para los calvinistas. Los luteranos tenían una tal cabeza visible en la persona del gobernador político, al cual honraban como "primer obispo"; pero no así los calvinistas que mantenían la iglesia y el estado separados como dos esferas distintas de la vida. Un doctorado, en su sistema, no podía recibir su significado de la opinión pública, ni del consentimiento papal, ni de una ordenanza eclesiástica, sino solamente del carácter científico de la institución.

A esto tenemos que añadir un segundo punto. Aparte del auspicio papal sobre la universidad como tal, la iglesia ejercía presión sobre la ciencia al agredir, acusar y perseguir a los innovadores, a raíz de sus opiniones expresadas y escritos publicados. Roma se oponía a la libertad de la palabra, no solo en la iglesia, sino también más allá de sus fronteras. Solo la "verdad", no el error, tenía el derecho de propagarse en la sociedad; y la verdad no vencía al error en un conflicto honesto, sino lo traía ante la justicia. Esto inhibía la libertad de la ciencia, porque sometía los asuntos científicos, cuando no podían resolverse por la jurisdicción eclesiástica, al juicio de la corte civil. Aquel que temía los conflictos, se callaba o se sometía a las circunstancias; y aquel que heroicamente se enfrentaba con la oposición, fue castigado y le cortaban sus alas; y si intentaba sin embargo volar con las alas cortadas, le ahogaban. Si alguien publicaba un libro que expresaba unas opiniones demasiado valientes, le consideraban un criminal, y tuvo que enfrentarse con la inquisición y el patíbulo. No se conocía el derecho de la investigación libre. La iglesia de aquellos tiempos creía firmemente que todo lo que era digno de ser sabido, ya se sabía, y no tenía idea de la tarea inmensa que todavía le esperaba a la ciencia, ni de la "lucha por sobrevivir" que seguiría al cumplimiento de esta tarea. La iglesia era incapaz de discernir en el amanecer de la ciencia una mañana rosada que anunciaba la salida de un nuevo sol, sino veía en su brillo más bien las chispas que amenazaban con incendiar el mundo; y por tanto se sentía justificada y obligada a extinguir estas llamas dondequiera que salían. Si retrocedemos en nuestra imaginación a aquellos tiempos, podemos entender esta posición, pero no sin condenar firmemente el principio subyacente, porque hubiera ahogado la ciencia naciente en su misma cuna. Pero el calvinismo fue el primero en abandonar esta posición perniciosa; teóricamente con su descubrimiento de la esfera de la gracia común, y pronto también prácticamente al ofrecer un puerto seguro para todos los que en otro lugar pasaban por tormentas. Es cierto, como siempre en estos casos, que el calvinismo no entendió desde el inicio el alcance pleno de su oposición. En sus inicios dejó intacto el deber de extirpar el error; pero la idea invencible que con el tiempo tuvo que llevar a la libertad de la palabra, encontró su expresión en el principio de que la iglesia tiene que retirarse al dominio de la gracia particular, y más allá de su gobierno se encuentra el dominio amplio y libre de la gracia común. Como resultado, los castigos de la ley penal fueron gradualmente reducidos a una letra muerta. Para mencionar un solo caso, Descartes, quien tuvo que salir de la Francia católica romana, encontró en la Holanda calvinista no solo a un antagonista científico, Voetio, sino también un asilo seguro.

A esto tengo que añadir que para que florezca la ciencia, hay que crear también una demanda de ciencia, y para este fin, la mente pública tiene que ser liberada. Pero mientras la iglesia extendía su velo sobre todo el drama de la vida pública, la atadura continuaba, porque el único fin de la vida consistía en merecer el cielo, y en disfrutar del mundo solo hasta donde la iglesia lo consideraba consistente con este fin. Desde este punto de vista, era inimaginable que alguien iba a dedicarse con simpatía y con el amor de un investigador al estudio de nuestra existencia terrenal. El amor buscador de todos estaba dirigido hacia la vida eterna, y no percibían que el cristianismo, aparte de su anhelo de la salvación eterna, tiene también en esta tierra por comisión divina una gran tarea a cumplir respecto al cosmos. Este nuevo concepto fue primeramente introducido por el calvinismo, cuando cortó hasta la raíz esta idea de que la vida en la tierra era solo destinada a merecer la bienaventuranza del cielo. Esta bienaventuranza, para todo calvinista verdadero, surge de la regeneración, y es sellada por la perseverancia de los santos. Cuando de esta manera la certeza de la fe sustituyó el tráfico de indulgencias, el calvinismo llamó a la cristiandad de regreso al orden de la creación: "Llenen la tierra, sométanla, y tengan dominio sobre todo lo que vive en ella." - La vida cristiana no perdió su carácter de un peregrinaje; pero el calvinista se convirtió en un peregrino que en su camino hacia el hogar eterno todavía tiene que cumplir una tarea importante en la tierra. El cosmos, en toda la riqueza de la naturaleza, estaba extendido delante, debajo y por encima del hombre. Este campo ilimitado tenía que ser trabajado. A este trabajo se dedicó el calvinista con entusiasmo y energía. Pues la tierra con todo lo que está en ella, según la voluntad de Dios, tenía que ser sometida al hombre. Así florecieron en aquellos días, en mi patria, la agricultura y la industria, el comercio y la navegación, como nunca antes. Esta vida nacional recién nacida despertó nuevas necesidades. Para someterse la tierra, el conocimiento de la tierra era indispensable, el conocimiento de sus océanos, de su naturaleza, y de los atributos y las leyes de esta naturaleza. Y así sucedió que la misma gente, que hasta entonces no había apoyado la ciencia, con una nueva energía repentinamente la llamaron a la acción y la animaron a avanzar con un sentido de libertad que antes no se conocía.

El conflicto científico

Y ahora llego a mi último punto, que la emancipación de la ciencia tiene que llevar inevitablemente a un conflicto agudo de

principios, y que también para este conflicto solo el calvinismo ofreció la pronta solución. Uds. entienden cual es el conflicto que tengo en mente. La investigación libre lleva a colisiones. Uno dibuja las líneas en el mapa de la vida de manera diferente de su prójimo. De allí resultan escuelas y tendencias. Optimistas y pesimistas. Una escuela de Kant y otra de Hegel. Entre abogados, los deterministas se oponen a los moralistas. Entre los médicos, los homeópatas se oponen a los alópatas. Los plutonistas y neptunistas, darwinistas y anti-darwinistas competen unos con otros en las ciencias naturales. Guillermo de Humboldt, Jacob Grimm y Max Mueller forman diferentes escuelas en el dominio de la lingüística. Los formalistas y los realistas se disputan en la filología clásica. En todo lugar hay competencia, conflicto, lucha; a veces vehemente y audaz, y a menudo mezclado con una aspereza personal. Sin embargo, estos conflictos subordinados son enteramente desplazados por el conflicto principal, que en todos los países confunde las mentes, el conflicto poderoso entre aquellos que se adhieren a la confesión del Dios Triuno y Su Palabra, y aquellos que buscan la solución del problema mundial en el deísmo, panteísmo y naturalismo.

Noten que no estoy hablando de un conflicto entre fe y ciencia. Un tal conflicto no existe. Toda ciencia, en cierto grado parte de la fe; y por el otro lado, la fe que no lleva a la ciencia, es una fe mal entendida o superstición, pero no es fe genuina. Toda ciencia presupone la fe en uno mismo, en nuestra conciencia de nosotros mismos; presupone fe en la función adecuada de nuestros sentidos; presupone fe en la exactitud de las leyes del pensamiento; presupone fe en algo universal que está escondido detrás de los fenómenos particulares; presupone fe en la vida; y especialmente presupone fe en los principios desde los cuales procedemos. Esto significa que todos estos axiomas indispensables que necesitamos en una investigación científica productiva, no nos llegan por medio de una demostración, sino están establecidos en nuestro propio juicio por nuestros conceptos internos, y dados con nuestra conciencia de nosotros mismos. Por el otro lado, todo tipo de fe tiene dentro de sí un impulso de expresarse. Para hacer esto, necesita palabras, términos, expresiones. Estas palabras tienen que manifestar pensamientos. Estos pensamientos tienen que ser interconectados, no solo entre ellos, sino también con nuestro medio ambiente, con el tiempo y la eternidad; y entonces, tan pronto como la fe brilla en nuestra conciencia, necesita ciencia y demostración. De allí concluimos que el conflicto no es entre fe y ciencia, sino entre la declaración de que el cosmos, tal como existe hoy, o está en una condición normal o en una condición anormal. Si es normal, entonces se mueve por medio de una evolución eterna desde sus potencias hacia

su ideal. Pero si el cosmos en su condición presente es anormal, entonces un disturbio ha sucedido en el pasado, y solo un poder regenerador puede asegurarle que alcance su meta. Esta, y no otra, es la antítesis principal que separa las mentes en el dominio de la ciencia en dos líneas de batalla opuestas.

Los normalistas se niegan a reconocer otros datos aparte de los naturales, no descansan hasta que hayan encontrado una interpretación idéntica para todos los fenómenos, y se oponen con todo vigor a cualquier intento de quebrantar las inferencias lógicas de causa y efecto. Por tanto, ellos también honran la fe en un sentido formal, pero solo hasta donde permanece en armonía con la conciencia humana en general, que es considerada como normal. Materialmente, sin embargo, rechazan la misma idea de la creación, y solo pueden aceptar la evolución - una evolución sin un punto de partida en el pasado, y eternamente evolucionándose en el futuro hasta lo infinito. Según ellos, ninguna especie, ni siquiera el homo sapiens, se originó como tal, sino se desarrolló dentro de la naturaleza desde formas inferiores de vida. Especialmente ningún milagro puede suceder, sino la ley natural domina inexorablemente. Ningún pecado existe, sino solamente la evolución desde una posición moralmente inferior a una superior. Si siquiera toleran las Sagradas Escrituras, lo hacen bajo la condición de que se omitan todas aquellas partes que no se pueden explicar lógicamente como un producto humano. A un Cristo aceptan, si es necesario, pero solo a uno que es el producto del desarrollo humano de Israel. Y en la misma manera aceptan a un Dios, o mejor dicho un Ser Supremo, pero a la manera de los agnósticos, uno escondido detrás del universo visible, o de manera panteísta escondido en todas las cosas que existen, y entendido como el reflejo ideal de la mente humana.

Los anormalistas, por el otro lado, hacen justicia a una evolución relativa, pero se adhieren a la creación primordial en contra de una evolución infinita. Se oponen a la posición de los normalistas con toda su fuerza; mantienen inexorablemente el concepto del hombre como una especie independiente, porque en él solo se refleja la imagen de Dios; ellos entienden el pecado como la destrucción de nuestra naturaleza original, y por tanto como rebelión contra Dios; y por esta causa, ellos postulan que lo milagroso es la única manera de restaurar lo anormal; el milagro de la regeneración, el milagro de las Escrituras, el milagro en Cristo que descendió como Dios con Su propia vida a la nuestra; y así, debido a esta regeneración de lo anormal, encuentran la norma ideal no en lo natural sino en el Dios Triuno.

Por tanto, no son la fe y la ciencia que se oponen, sino dos sistemas científicos, de los cuales cada uno tiene su propia fe. Ni podemos decir que es la ciencia que se opone a la teología, puesto que tratamos con dos formas absolutas de ciencia, de las cuales ambas reclaman el dominio entero de conocimiento humano para sí, y de las cuales ambas tienen una sugerencia particular acerca del Ser Supremo como punto de partida para su cosmovisión. Tanto el panteísmo como el deísmo es un sistema acerca de Dios, y sin reserva la entera teología moderna tiene su hogar en la ciencia de los normalistas. Y finalmente, estos dos sistemas científicos de los normalistas y los anormalistas no son opositores relativos, caminando juntos hasta medio camino y después pacíficamente permitiendo que escojan caminos diferentes; no, los dos se disputan seriamente el dominio entero de la vida, y no pueden dejar de esforzarse constantemente a tirar abajo el entero edificio de los postulados de sus opositores respectivos, incluso los fundamentos sobre los cuales descansan estos postulados. Si no intentaran hacer esto, entonces demostrarían en ambos lados que no creen honestamente en su punto de partida, que no eran combatientes serios, y que no entendieron la exigencia primordial de la ciencia, que exige una unidad del concepto.

Un normalista que retiene en su sistema aun la más menuda posibilidad de una creación, de una imagen específica de Dios en el hombre, del pecado como caída, de Cristo en cuanto trasciende lo humano, de una regeneración diferente de la evolución, de las Escrituras como verdaderas palabras de Dios - este es un erudito ambivalente y traiciona el nombre de científico. Pero, por el otro lado, el que como anormalista transforma la creación hasta cierta medida en evolución, que ve en algún animal el origen del hombre, que abandona la creación del hombre en justicia original, y que intenta explicar la regeneración, Cristo, y las Escrituras como resultado de causas meramente humanas, en lugar de adherirse con toda su energía a la causa divina como dominante, este tiene que ser igualmente expulsado de nuestras filas como un hombre ambivalente y no científico. Lo normal y lo anormal son dos puntos de partida absolutamente diferentes, que no tienen nada en común. Líneas paralelas nunca se cruzan. Tenemos que escoger o la una o la otra. Pero cualquiera que escoja Ud, lo que Ud. sea como hombre científico, Ud. tiene que serlo de manera consistente, no solo en la facultad de teología, sino en todas las facultades; en su cosmovisión entera, en el reflejo pleno del cuadro mundial entero en el espejo de su conciencia humana.

Cronológicamente, es cierto, nosotros los anormalistas hemos sido los protagonistas por muchos siglos, casi nunca desafiados, mientras nuestros opositores tuvieron apenas una oportunidad para

contradecir nuestros principios. Con la caída de la antigua cosmovisión pagana, y el surgimiento de la cosmovisión cristiana, pronto era la convicción general entre todos los estudiosos que todo fue creado por Dios, que las especies de seres vivos fueron traídos en existencia por actos creativos especiales, y que entre estas especies el hombre fue creado como portador de la imagen de Dios en justicia original; además, que la armonía original fue quebrantada por el pecado; y que, para restaurar este estado anormal a su condición original, Dios introdujo las medidas anormales de regeneración, de Cristo como mediador, y de las Sagradas Escrituras. Por supuesto, en todas las épocas hubo burladores que se reían de estos hechos, y gente indiferente que no se interesaba en ello; pero durante diez siglos eran muy pocos que se opusieron científicamente a esta convicción universal. El renacimiento, sin duda, favoreció una tendencia infiel que fue sentida incluso en el Vaticano. También el humanismo creó un entusiasmo por ideales grecorromanos. Pero aun por siglos después, la gran mayoría de los filólogos, abogados, físicos y médicos dejaron estos fundamentos de la antigua convicción sin tocarlos. Fue durante el siglo XVIII que la oposición salió de su margen y asumió una posición en el centro; y fue la nueva filosofía que por primera vez declaró de manera general que los principios de la cosmovisión cristiana eran insostenibles. De esta manera, los normalistas se hicieron conscientes de su oposición fundamental. Antes de este tiempo, cualquier posición que reaccionaba en contra de la convicción prevaleciente, se había desarrollado en un sistema filosófico particular. Pero aunque estos sistemas divergían entre sí, todos estaban de acuerdo en su negación de lo anormal. Después que estos sistemas se aseguraron el apoyo de los líderes, las otras ciencias siguieron, e inmediatamente introdujeron la nueva hipótesis de un proceso normal infinito como punto de partida de sus investigaciones en el derecho, la medicina, las ciencias naturales y la historia.

Entonces, por un momento, la opinión pública se asustó repentinamente; pero puesto que la mayoría de la gente no tenía fe personal, no vacilaron por mucho tiempo. Dentro de cuarto siglo, la cosmovisión de los normalistas había literalmente conquistado el mundo en su centro de liderazgo. Y solo aquellos que seguían el principio anormalista a raíz de su fe personal, se negaron a cantar este cántico del "pensamiento moderno". Ellos, en el primer instante, se inclinaron a maldecir toda ciencia y a retirarse en el misticismo. Aunque por un tiempo los teólogos intentaron defender su causa de manera apologética, su defensa era comparable a un hombre que intenta ajustar el marco chueco de

una ventana, sin darse cuenta de que toda la casa se está cayendo al suelo.

Por esta razón, los teólogos más capaces, especialmente los alemanes, se imaginaron que lo mejor sería valerse ellos mismos de uno de estos sistemas filosóficos para sostener el cristianismo. El primer resultado era la así llamada teología intermediaria, que más y más se volvía más pobre en su parte teológica y más rica en su parte filosófica, hasta que al final la teología moderna levantó su cabeza y buscó su gloria en el intento de limpiar la teología de su carácter anormal, de tal manera que Cristo fue transformado en un hombre, nacido como nosotros nacemos, que ni siquiera era libre de pecado; y las Sagradas Escrituras fueron transformadas en una colección de escritos mayormente seudepigráficos y de toda manera posible llenos de mitos, leyendas y fábulas. Se cumplió literalmente el cántico del salmista: "Ya no vemos nuestras señales; ellos levantaron sus insignias como señales." Cada señal de lo anormal, incluso Cristo y las Escrituras, fue desarraigada, y la señal del proceso normal fue abrazada como el único criterio de la verdad. En este resultado, yo repito, no hay nada que debe sorprendernos. Aquel que considera su ser interior y el mundo alrededor como normal, no puede hablar de otra manera, no puede llegar a un resultado diferente, y no sería sincero como científico si representase las cosas en una luz diferente. Por tanto, desde un punto de vista moral (y no pensando ahora en la responsabilidad de un tal hombre en el juicio de Dios), no se puede decir nada en contra de su punto de vista personal, con tal que en consecuencia tenga la valentía de abandonar voluntariamente la iglesia cristiana en todas sus denominaciones.

Si este es el carácter del conflicto agudo e inevitable, entonces he aquí la posición inconquistable que el calvinismo nos señala en esta lucha. No se mantiene ocupado con apologías inútiles; no convierte la gran batalla en una escaramuza acerca de uno de los resultados menores, sino vuelve inmediatamente a la conciencia humana desde la cual cada científico tiene que partir como su conciencia. Esta conciencia, justamente por causa del estado anormal de las cosas, no es la misma en todos. Si la condición normal de las cosas no hubiera sido quebrantada, la conciencia emitiría el mismo sonido en todos; pero de hecho este no es el caso. En algunos, la conciencia del pecado es muy fuerte, en otros es débil o completamente ausente. En algunos, la certeza de la fe habla con decisión y claridad como resultado de la regeneración, otros ni siquiera comprenden lo que es. En algunos, el Testimonium Spiritus Sancti resuena a voz alta, mientras otros declaran que nunca escucharon su testimonio. Ahora, estos tres,

la conciencia del pecado, la certeza de la fe y el testimonio del Espíritu Santo, son elementos constituyentes en la conciencia de cada calvinista. Sin estos tres, no tiene conciencia de sí mismo. El normalista desaprueba esto, y por tanto intenta imponernos su conciencia, y exige que nuestra conciencia sea idéntica a la suya. Desde su punto de vista, no se podría esperar otra cosa. Pues si él admitiese que existe una diferencia verdadera entre su conciencia y la nuestra, entonces hubiera admitido una ruptura en la condición normal de las cosas. Nosotros, al contrario, no exigimos que nuestra conciencia se encuentre igualmente en él. Es cierto, Calvino mantiene que en el corazón de cada persona se encuentra una "semilla religiosa" escondida (semen religionis), y que el "sentido de Dios" (sensus divinitatis), en momentos de estrés mental intenso, hace temblar el alma; pero igualmente enseña que la conciencia humana en un creyente y en un incrédulo no pueden ponerse de acuerdo, sino que el desacuerdo es inevitable. Aquel que no ha nacido de nuevo, no puede tener un conocimiento substancial del pecado, y el inconverso no puede tener la certeza de la fe; el que no tiene el testimonio del Espíritu Santo, no puede creer en las Sagradas Escrituras, y todo esto en acuerdo con el dicho de Cristo mismo: "Excepto que un hombre nazca de nuevo, no puede ver el reino de Dios", y también en acuerdo con el dicho del apóstol: "El hombre natural no recibe las cosas del Espíritu de Dios". Calvino, sin embargo, no excusa por eso a los incrédulos. El día llegará cuando serán convencidos en su propia conciencia. Pero en cuanto a la condición presente de las cosas, por supuesto, tenemos que admitir dos tipos de conciencia humana: la del regenerado y la del no regenerado; y estas dos no pueden ser idénticas. En la una se encuentra lo que falta en la otra. Una es inconsciente de una ruptura y se adhiere a lo normal; la otra tiene la experiencia de una ruptura y de un cambio, y por tanto tiene en su conciencia el conocimiento de lo anormal. Si es cierto, entonces, que la conciencia de una persona es su primum verum, y que es entonces el punto de partida también para cada científico, entonces la conclusión lógica es que es imposible que los dos estén de acuerdo, y que cada intento de ponerlos de acuerdo tiene que fracasar. Ambos, como hombres honestos, se sentirán obligados a levantar un edificio científico para el cosmos entero, de una manera que esté en armonía con los datos fundamentales que les da su propia conciencia.

Uds. se dan cuenta de cuan radical y fundamental es esta solución calvinista del problema que nos confunde. La ciencia no se subestima ni se pone de un lado, al contrario, se postula la ciencia para el cosmos entero y para todas sus partes. Se exige que vuestra ciencia tiene que formar una unidad completa. Y la diferencia entre la ciencia de los normalistas y de los

anormalistas no se basa en ninguna diferencia en los resultados de investigación, sino en la diferencia innegable entre sus conciencias. La ciencia libre es la fortaleza que defendemos contra el ataque de su gemela tiránica. El normalista intenta violarnos incluso en nuestra propia conciencia. Él nos dice que nuestra conciencia tiene que ser uniforme con la suya, y que todo lo demás que encontramos en nuestra conciencia tiene que ser condenado como un engaño de nosotros mismos. En otras palabras, el normalista quiere arrebatarnos esta misma cosa que en nuestra conciencia es el don supremo y más sagrado, por el cual un río continuo de gratitud sube de nuestros corazones hacia Dios. Lo que para nosotros es más precioso y cierto que nuestra vida, él lo llama una mentira en nuestras propias almas. Nuestra conciencia de fe, y la indignación de nuestro corazón, se levantan contra todo esto. Nos contentamos con el destino de ser marginados y oprimidos en el mundo, pero no permitimos que alguien nos someta a su dictadura en el santuario de nuestro corazón. No atacamos la libertad del normalista de construir una ciencia desde las premisas de su propia conciencia; pero es nuestro derecho y nuestra libertad de hacer lo mismo, y esto lo defendemos, si es necesario, a cualquier precio.

Las frentes están intercambiadas ahora. Hace no mucho tiempo, se consideraban las posiciones principales del anormalismo como axiomas para todas las ciencias en casi todas las universidades, y los pocos normalistas que se opusieron a este principio, tenían dificultades de encontrar una cátedra. Primero eran perseguidos, después prohibidos por la ley, después a lo máximo tolerados. Pero en el presente, ellos son los dueños de la situación, controlan toda la influencia, llenan noventa por ciento de todas las cátedras universitarias; y el resultado es que el anormalista que ha sido expulsado de la casa oficial, está ahora obligado a buscar un lugar donde poner su cabeza. Anteriormente, nosotros les señalamos la puerta; pero ahora, este ataque contra su libertad es vengado por el juicio justo de Dios, con que ellos nos echan a la calle. Ahora es la gran pregunta, si la valentía, la perseverancia, la energía, que les permitieron ganar su causa, se encontrarán ahora igualmente o aún más en los eruditos cristianos. ¡Que Dios lo conceda! Ud. no puede ni pensar en privar a aquel cuya conciencia difiere de Ud, de la libertad del pensamiento, de la palabra y de la prensa. Es inevitable que ellos, desde su punto de vista, tiren abajo todo lo que es sagrado en la estimación de Ud. Pero en lugar de aliviar nuestra conciencia científica en quejas y protestas, o en sentimientos místicos, o en trabajos que no requieren una confesión de fe; en lugar de ello, cada erudito cristiano debe tomar la energía de nuestros antagonistas como un incentivo para regresar también a

sus propios principios de pensamiento, para renovar toda investigación científica de acuerdo con estos principios, y para cargar y sobrecargar la prensa con sus estudios convincentes. Si quisiéramos consolarnos con la idea de que podríamos sin peligro dejar las ciencias seculares en las manos de nuestros opositores, si tan solamente logramos salvar la teología, entonces nuestra táctica sería la del avestruz. Limitarnos a salvar el aposento alto, cuando la casa entera está en llamas, es realmente necio. Calvino, hace mucho tiempo, lo sabía mejor, cuando exigió una filosofía cristiana. Por fin, cada facultad, y en estas facultades cada ciencia, es conectada con esta antítesis de principios. No debemos buscar nuestra seguridad en cerrar los ojos ante la condición presente de las cosas, como tantos cristianos se lo imaginan. Todo lo que los astrónomos, geólogos, físicos, químicos, zoólogos, bacteriólogos, historiadores o arqueólogos traen a la luz, debemos anotar, desconectarlo de las hipótesis que ellos escondieron detrás de ello y de las conclusiones que sacaron de ello; pero cada hecho y dato debemos anotar como un hecho, e incorporarlo tanto en nuestra ciencia como en la de ellos.

Para que esto sea posible, sin embargo, la vida universitaria tiene pasar por un cambio radical, igual como en los tiempos cuando el calvinismo empezó su carrera. Últimamente, los universitarios en todo el mundo asumen que la ciencia surgió de una sola conciencia humana homogénea, y que solo los conocimientos y la habilidad determinan si alguien merece una cátedra universitaria o no. Nadie piensa hoy como Guillermo el Silencioso, cuando fundó la Universidad de Leyden en contra de aquella de Louvain, pensando en dos líneas de universidades, opuestas una a la otra a raíz de una diferencia radical en sus principios. Desde entonces, el conflicto entre los normalistas y anormalistas estalló con toda fuerza, y se sintió nuevamente por ambos lados la necesidad de una división en la vida universitaria. Los primeros en pensar así eran (estoy hablando solamente de Europa) los mismos normalistas incrédulos, cuando fundaron la Universidad Libre de Bruselas. Anteriormente, en el mismo país de Bélgica, la universidad católico romana de Louvain fue fundada en oposición contra las universidades neutrales de Liege y Gent. En Suiza, una universidad surgió en Friburgo, como manifestación del principio católico romano. En Gran Bretaña, se sigue el mismo principio en Dublin. En Francia, las facultades católico romanas se oponen a las facultades estatales. Y también en Holanda, Amsterdam vio el nacimiento de la Universidad Libre, para la cultivación de las ciencias sobre la base del principio calvinista.

Si ahora, según las exigencias del calvinismo, la iglesia y el estado retiran no sus donaciones, pero su autoridad, de la vida universitaria, para que la universidad eche raíz y florezca en su propio suelo, entonces la división que ya empezó se cumplirá por sí misma, y se verá que solamente una separación pacífica de los seguidores de principios antitéticos traerá progreso - un progreso honesto - y un entendimiento mutuo. La historia es nuestro testigo. Primero, los emperadores romanos intentaron realizar su idea equivocada de un único Estado, pero su monarquía universal tuvo que dividirse en una multitud de naciones independientes para desarrollar los poderes políticos de Europa. Después de la caída del Imperio Romano, Europa fue seducida por la idea de una sola iglesia mundial, hasta que la Reforma despejó esta ilusión, abriendo el camino para un desarrollo superior de la vida cristiana. En la idea de una sola ciencia, todavía se mantiene la vieja maldición de la uniformidad. Pero también de ello se puede profetizar que los días de su unidad artificial son contados, que se dividirá, y que en este dominio por lo menos el principio católico romano, el principio calvinista y el principio evolucionista harán surgir esferas distintas de la vida científica, que florecerán en una multiformidad de universidades. Necesitamos sistemas en la ciencia, coherencia en la instrucción, unidad en la educación. Solo aquello es realmente libre, que se mantiene estrictamente atado a su propio principio, mientras se libera de todos los lazos no naturales. El resultado final será que la libertad de la ciencia triunfará la final; primero al garantizar a cada cosmovisión importante el poder para cosechar una cosecha científica basada en su propio principio; y segundo, al rehusar el nombre de científico a cualquier investigador que no se atreva a mostrar los colores de su propia bandera, y que no nos muestre en su escudo el principio por el cual vive y del cual deriva sus conclusiones.

Quinta exposición:
El calvinismo y las artes

En esta quinta exposición, que es la penúltima, hablaré de Calvinismo y las Artes. No es la tendencia prevaleciente de la actualidad que me induce a tratar este tema. La adoración casi fanática de las artes, como la incentiva nuestro tiempo, armoniza poco con la seriedad de la vida por la cual aboga el calvinismo. El amor por las artes que está tan en aumento en nuestro tiempo, no debe cegar nuestros ojos, sino debe ser examinado de manera sobria y crítica.

Se presenta el hecho de que el arte refinado, hasta ahora limitado a unos pocos círculos privilegiados, ahora gana terreno entre la clase media y a veces incluso en la clase baja. Podemos decir que es la democratización de una expresión de la vida que hasta ahora estaba asociada con la aristocracia. Aunque el artista realmente inspirado podría quejarse de que la música de piano de la mayoría no es más que tecleo, y su pintura no más que garabatos, sin embargo, el sentimiento exuberante de poder compartir los privilegios del arte es tan abrumador que se prefiere el menosprecio del artista al abandono de la educación artística. El hecho de haber puesto una producción propia, aunque pobre, sobre el altar de las artes, se vuelve más y más la característica de una educación cumplida. Finalmente, en todo esto se expresa el deseo de disfrutar con el ojo y el oído, especialmente en la música y en el escenario. Muchos desean estos placeres sensuales en formas menos nobles y más pecaminosas; pero en otras ocasiones, este amor por el arte lleva a los hombres a buscar formas más nobles y disminuye su apetito de baja sensualidad. Especialmente en nuestras ciudades grandes, los gerentes de teatros son capaces de ofrecer un entretenimiento de primera calidad; y los medios de comunicación entre las naciones imparten un carácter tan internacional a nuestros mejores cantantes y actores, que ahora los placeres artísticos más refinados están al alcance del público en general, a casi ningún costo.

Además, bajo la amenaza de atrofia por parte del materialismo y el racionalismo, el corazón humano busca naturalmente un antídoto contra esta tendencia, en su instinto artístico. Si no, las influencias del dinero y del intelectualismo estéril reducirían la vida emocional al punto de congelación. Y el misticismo del corazón, incapaz de captar los beneficios santos de la religión, reacciona por medio de una intoxicación de artes. Aunque no estoy olvidando que el genio verdadero busca las alturas del aislamiento en vez de las planicies bajas, y que nuestra época,

tan pobre en la producción de arte realmente creativo, tiene que calentarse en las brasas del pasado; aunque admito que este homenaje a las artes por parte del vulgo profano tiene que llevar necesariamente a una corrupción de las artes; sin embargo, aun el fanatismo estético menos juicioso es todavía muy superior a la carrera común por las riquezas, o a la adoración pecaminosa a Baco o Venus. En esta época fría, irreligiosa y práctica, el calor de esta devoción a las artes mantuvo vivas muchas aspiraciones superiores del alma, que de otra manera hubieran muertas, como sucedió en la mitad del siglo pasado. Entonces, Uds. ven, no estoy subestimando el movimiento estético presente. Pero lo que debemos desaprobamos es el esfuerzo loco de poner este movimiento a un nivel superior o igual al movimiento religioso del siglo XVI. Si yo abogo por la importancia del calvinismo en el dominio de las artes, no lo hago en vista de esta vulgarización de las artes, sino mantengo mis ojos fijos en el Hermoso y Sublime en su significado eterno, y sobre el arte como uno de los dones más ricos de Dios a la humanidad.

Cada estudioso de la historia sabe que aquí me enfrento con un prejuicio profundamente arraigado. Se dice que Calvino personalmente carecía de todo instinto artístico, y que el calvinismo que en Holanda fue culpable de iconoclasta, tiene que ser incapaz de cualquier desarrollo artístico. Por tanto, es apropiada una palabra acerca de este prejuicio fuerte. Sin duda, Lutero era más artísticamente dispuesto que Calvino; ¿pero qué comprueba esto? ¿Negaremos el reconocimiento artístico al helenismo, solo porque Sócrates, carente de todo sentido de lo hermoso, se jactó de la hermosura de su nariz gigante porque permitía que su aliento pasara más libremente? ¿O demuestran los escritos de Juan, Pedro y Pablo, estas tres columnas de la iglesia cristiana, algún aprecio especial de las artes? Incluso puedo preguntar reverentemente: ¿Existe algún pasaje en los Evangelios de Cristo que aboga por el arte como tal, o busca disfrutar del arte? - Y si tenemos que responder negativamente a todas estas preguntas, ¿podemos entonces negar el hecho de que el cristianismo como tal era un aporte impagable para el desarrollo de las artes? Y si no, ¿por qué acusaríamos el calvinismo solo por la razón de que Calvino personalmente tuvo poco sentir artístico? Y si hablamos de los iconoclastas, ¿nos olvidamos que en el siglo VIII, en medio del mundo griego hermoso y artístico, León Isauro incentivó un iconoclasto todavía más violento, y negaremos por eso a Bizancio el honor de haber producido tantos monumentos hermosos? ¿Me piden más pruebas? Bien, todavía más que los iconoclastas del siglo XVI y León Isauro en el siglo VIII, luchó Mahoma en su Corán contra las imágenes de todo tipo; ¿pero

justifica esto la acusación de que el Alhambra en Granada y el Alcázar en Sevilla no son productos hermosos del arte de la arquitectura?

No olvidemos que el instinto artístico es un fenómeno humano universal, pero respecto a los tipos nacionales, climas y países, el desarrollo de este instinto artístico es repartido entre las naciones de una manera muy desigual. ¿Quién buscará un desarrollo de las artes en Islandia? ¿y quién no percibirá su fragancia en todas partes del Levante con su naturaleza abundante? ¿Es entonces una sorpresa que el sur de Europa era más favorable al desarrollo de las artes que el norte? Y cuando la historia demuestra que el calvinismo fue más ampliamente recibido por los países del norte, ¿es esta una prueba en contra del calvinismo, que en naciones de un clima más frío y de una naturaleza más pobre no pudo incentivar la misma vida artística como en las naciones del sur? Puesto que el calvinismo prefirió la adoración a Dios en espíritu y verdad, en lugar de las riquezas sacerdotales, fue acusado por Roma de carecer de la apreciación de las artes; y puesto que desaprobó que una mujer se rebaje a ser el modelo de un artista, o que eche a perder su honor en el baile, su seriedad chocó contra el sensualismo de aquellos que no escatimaban ningún sacrificio para la diosa de las artes. Todo esto, sin embargo, solo limita el lugar que el arte debe ocupar en la esfera de la vida, y las fronteras de su dominio; pero no ataca el arte como tal. Entonces, para ver el significado del calvinismo para las artes, investigaremos tres puntos:

1. por qué el calvinismo no pudo desarrollar un estilo artístico propio,
2. qué fluye de su principio en cuanto a la naturaleza del arte,
- y 3. qué hizo realmente para su avance.

Por qué el calvinismo no pudo desarrollar un estilo artístico propio

Todo fuera bien, si tan solamente el calvinismo hubiera desarrollado su propio estilo de arquitectura. Al igual como Atenas se jacta de su Partenón, Roma de su Panteón, Bizancio de su Santa Sofía, Colonia de su Catedral, o el Vaticano de su San Pedro, así también el calvinismo debería haber sido capaz de exhibir una estructura impresionante, manifestando toda la plenitud de su ideal. Y que no lo hizo, es considerado como prueba suficiente de su pobreza artística. Por supuesto, se asume

que el calvinismo intentó ascender al mismo lujo artístico y no lo logró; que su inflexibilidad estéril impidió todo desarrollo estético superior. En contra de esta acusación injusta, yo declaro que por la misma razón de su principio superior, al calvinismo no le era permitido desarrollar un tal estilo propio de arquitectura. Es este respecto, tuve que escoger la arquitectura como ejemplo, porque tanto en el arte clásico como en el arte supuestamente cristiano, la producción absoluta y abarcadora del arte se exhibía en la arquitectura, y todos los otros departamentos de arte se adaptaron finalmente al templo, a la iglesia, la mezquita o la pagoda. Apenas un estilo artístico se puede mencionar que no hubiera surgido desde el centro de la adoración divina, y que no hubiera buscado la realización de su ideal en la estructura suntuosa edificada para esta adoración. Este era un impulso noble. El arte derivó sus motivos más ricos de la religión. La pasión religiosa era la mina de oro que hizo posible sus conceptos más audaces. Para realizar sus conceptos en este dominio sagrado, el arte tuvo no solamente el círculo estrecho de amantes del arte, sino la nación entera a sus pies. La adoración divina era el lazo que unía las diferentes artes. El estilo artístico y el estilo de la adoración coincidían. Si este matrimonio de adoración inspirada por las artes, con artes inspiradas por la adoración, es la meta suprema, entonces el calvinismo sí es culpable. Pero si podemos demostrar que esta alianza de religión y artes representa un nivel inferior del desarrollo religioso y humano, entonces el calvinismo se muestra superior por su misma falta de un estilo arquitectónico particular. Esta es de hecho mi convicción, y les rendiré cuentas por qué.

Primero, este desarrollo estético de la adoración que llevó a las alturas expresadas en el Partenón y el Panteón, Santa Sofía y San Pedro, es solamente posible mientras la misma forma de religión es impuesta a una nación entera, tanto por el príncipe como por el sacerdote. En este caso, cualquier diferencia en la expresión espiritual se funde en una sola forma de adoración simbólica; y esta unión de las masas, bajo el liderazgo del gobierno y del clero, provee la posibilidad de invertir sumas tan inmensas en estas estructuras colosales y su adorno. Pero en el caso de un desarrollo progresivo de las naciones, cuando los rasgos individuales dividen las masas, la religión también avanza a este nivel superior donde se mueve desde lo simbólico hacia la vida claramente consciente. Esto exige la división de la adoración en muchas formas, y la emancipación de la religiosidad madura de toda vigilancia sacerdotal y política. En el siglo XVI, Europa se acercaba lentamente a este nivel superior del desarrollo

espiritual; y no fue el luteranismo con su sujeción de la nación entera bajo la religión del príncipe, sino el calvinismo con su concepto profundo de la libertad religiosa, que inició la transición. En cada país donde apareció el calvinismo, llevó a una multiformidad de tendencias de la vida, quebrantó el poder del estado en el dominio de la religión, y en gran medida puso fin al sacerdotalismo. Como resultado, abandonó la forma simbólica de la adoración, y se negó a manifestar su espíritu religioso en monumentos espléndidos a pedido de las artes.

La objeción de que una tal adoración simbólica tenía su lugar en Israel, no debilita mi argumento, al contrario, lo apoya. Pues, ¿no nos enseña el Nuevo Testamento que el ministerio de sombras que florecía bajo la antigua dispensación, bajo la dispensación de profecía cumplida "es viejo y se vuelve obsoleto y ya está por desaparecer"? En Israel encontramos una religión estatal que es una y la misma para la población entera. Esta religión está bajo el liderazgo sacerdotal. Y finalmente se expresa en símbolos, y en consecuencia se manifiesta en el templo espléndido de Salomón. Pero cuando el ministerio de las sombras cumplió los propósitos del Señor, Cristo vino a profetizar la hora cuando Dios no sería más adorado en el templo monumental de Jerusalén, sino en espíritu y en verdad. Y de acuerdo a esta profecía, no encontramos ningún rasgo ni sombra de artes para la adoración en toda la literatura apostólica. El sacerdocio visible de Aarón en la tierra cedió su lugar al sumo sacerdocio invisible según el orden de Melquisedec en el cielo. Lo puramente espiritual se abre paso por las nieblas de lo simbólico.

Mi segunda prueba es que esto está enteramente en acuerdo con la relación superior entre religión y arte. Aquí apelo a Hegel y Von Hartmann, que serán testigos imparciales puesto que se encuentran afuera del calvinismo. Hegel dice que el arte, que en un nivel inferior de su desarrollo se presta para una religión todavía sensual, finalmente le ayuda a desechar las ataduras de la sensualidad. Pues en un nivel inferior es solamente la adoración estética que libera el espíritu; pero "las bellas artes no son su emancipación suprema, pues esta se encuentra solamente en el ámbito de lo invisible y espiritual." Y Von Hartmann declara que originalmente, la adoración divina estaba inseparablemente unida a las artes, pues en su etapa inferior la religión todavía se pierde en la forma estética. En ese período, dice, todas las artes participan en el servicio del culto; no solo la música, la pintura, la escultura y la arquitectura, sino también la danza, la pantomima y el drama. Por el otro lado, cuanto más la religión se desarrolla hacia la madurez espiritual, se desata de los lazos

del arte, porque el arte para siempre es incapaz de expresar la misma esencia de la religión. Y el resultado final de este proceso histórico de separación, concluye, será que la religión plenamente madura se abstendrá enteramente del estimulante de la pseudo-emoción estética, para concentrarse enteramente y exclusivamente en aquellas emociones que son puramente religiosas.

Ambos, Hegel y Von Hartmann, tienen razón en este pensamiento fundamental. La religión y las artes tienen ambas una esfera particular en la vida. Al inicio parece que no se puede distinguir entre estas dos esferas tan entrelazadas, pero con el avance del desarrollo se separan necesariamente. Viendo a dos bebés en la cuna, es difícil decir cuál es varón y cuál es mujer; pero cuando alcanzan la madurez, los vemos como hombre y mujer, ambos con rasgos y expresiones particulares. De la misma manera, cuando alcanzan su desarrollo maduro, religión y arte exigen ambos una existencia independiente; y los dos sistemas entrelazados ahora tienen ambos su propia raíz. Este es el proceso desde Aarón hacia Cristo, desde Bezaleel y Oholiab hacia los apóstoles. Y por medio del mismo proceso, el calvinismo ocupa un nivel superior en el siglo XVI de lo que pudo alcanzar el romanismo. En consecuencia, el calvinismo no fue capaz, ni le era permitido, de desarrollar un estilo artístico particular desde su principio religioso. Si lo hubiera hecho, hubiera retrocedido a un nivel inferior de la vida religiosa. Al contrario, tiene que esforzarse a liberar la religión y la adoración de su forma sensual, y devolverle su espiritualidad vigorosa. Y si en nuestros días nuestras iglesias calvinistas se consideran frías e incómodas, y se desea introducir nuevamente lo simbólico en nuestros lugares de adoración, entonces es porque el pulso de la vida religiosa en nuestros días es mucho más débil de lo que era en los días de nuestros mártires. Pero en vez de deducir de ello el derecho de descender nuevamente a un nivel inferior de religión, esta debilidad de la vida religiosa debe inspirarnos a orar por una obra más poderosa del Espíritu Santo. Una segunda niñez, en nuestra edad avanzada, es un movimiento doloroso de retroceso. El hombre que teme a Dios y cuyas facultades permanecen intactas, no regresa en el auge de su vida a los juguetes de su niñez.

Una objeción más podría levantarse. Uno podría preguntar si una cosmovisión realmente independiente no debería crear su propio estilo artístico, incluso si lo desarrollase de manera absolutamente secular. Esta pregunta no sugiere que el calvinismo debería haber dado una cierta dirección a la práctica de las artes; pues demostraremos que el calvinismo sí hizo esto. El

punto es, primero, si un estilo artístico completamente secular es imaginable; y segundo, si se pudiese exigir del calvinismo la creación de un tal estilo artístico secular. Mi respuesta a lo primero es: que en la historia de las artes no se encuentra ningún estilo artístico tan abarcador, independiente de la religión. No me refiero con esto a una escuela de un arte en particular, sino a un estilo artístico que influencia a todas las artes en conjunto. En cierta medida podríamos decir que el arte romano y el arte del renacimiento, sin tener un impulso religioso que los dirigía, llegaron a expresarse en todas las formas de arte. El renacimiento será considerado en la tercera parte de esta exposición; en cuanto al estilo romano digo, primero, que un estilo que se prestó casi todos sus motivos del arte griego no puede llamarse independiente; y segundo, que en Roma la idea del Estado se identificaba tanto con la idea religiosa que cuando el arte alcanzó su prosperidad, al mismo tiempo se quemaron sacrificios al Divus Augustus; de manera que no podemos considerar la religión y el Estado como dos esferas distintas en aquel tiempo.

Pero, aparte de la evidencia histórica, podríamos preguntar si un tal estilo artístico todo-abarcador podría haberse originado aparte de la religión. Esto exige que haya un motivo central en la vida mental y emocional de una nación, que domine toda su existencia desde adentro, y que por consecuencia lleve su efecto desde este centro espiritual hasta su circunferencia más exterior. - No como si un arte nacional pudiera ser el producto del pensamiento intelectual. Arte intelectual no es arte. Nuestra vida intelectual, ética, religiosa y estética gobiernan cada una, una esfera propia. Estas esferas son paralelas y no permiten que se derive una de la otra. Es la emoción central, el impulso central, y el ánimo central, en la raíz mística de nuestro ser, que busca manifestarse al mundo exterior en esta cuádruple ramificación. El arte tampoco es una rama lateral de un tronco principal, sino un tronco independiente que surge de la vida misma, aunque está relacionado con la religión de manera más cercana que con el pensamiento o con la ética. Pero si preguntamos cómo puede surgir un concepto que abarque estos cuatro dominios, entonces podemos en lo finito encontrar la unidad solo en aquel punto donde lo finito surge de la fuente de lo infinito. No hay unidad en el pensamiento excepto por medio de un sistema filosófico bien ordenado; y no hay ningún sistema filosófico que no ascienda a los asuntos de lo infinito. De la misma manera, no hay unidad en nuestra existencia moral excepto cuando unimos nuestra existencia interior con el orden moral mundial, y no existe ningún orden moral mundial excepto por medio

de un poder Infinito que mandó orden en este mundo moral. Por tanto, tampoco podemos imaginarnos una unidad en el arte, excepto por medio de la inspiración artística de un Eterno Hermoso, que fluye de la fuente de lo infinito. Por tanto, ningún estilo artístico todo-abarcador puede surgir excepto como consecuencia de un impulso particular de lo Infinito que opera en nuestro ser interior. Puesto que esto es el mismo privilegio de la religión, por encima del intelecto, la moral y el arte, que solo ella lleva a cabo la comunión con lo Infinito, en nuestra conciencia; la exigencia de un estilo artístico secular, todo-abarcador, independiente de cualquier principio religioso, es simplemente absurda.

Entiendan que el arte no es un borde pegado a un vestido, y no es una diversión añadida a la vida, sino un poder muy serio en nuestra existencia presente; y por tanto, sus variaciones principales tienen que mantener, en su expresión artística, una relación cercana con las variaciones principales de nuestra vida entera. Puesto que estas variaciones principales de nuestra existencia humana entera, sin excepción, son dominadas por nuestra relación con Dios, ¿no sería una degradación y una subestimación de las artes, imaginarse que todas las ramificaciones de las artes serían independientes de la raíz profunda que toda la vida humana tiene en Dios? En consecuencia, ningún estilo artístico surgió del racionalismo del siglo XVIII, ni del principio de 1789, y todos los esfuerzos de nuestro siglo XIX de crear un nuevo estilo artístico propio fracasaron. Sus producciones artísticas tienen un verdadero atractivo solamente cuando son inspiradas por las maravillas del pasado.

Entonces, por sí misma tenemos que negar la posibilidad de que un estilo artístico propio podría surgir de manera independiente de la religión; pero aun si fuera de otra manera, siempre sería ilógico - y este es mi segundo argumento - exigir del calvinismo una tal tendencia secular. ¿Cómo puede Ud. desear que un movimiento que encontró su poder en el juicio de todos los hombres y de toda la vida humana ante el rostro de Dios, haya buscado el impulso, la pasión y la inspiración para su vida fuera de Dios, en un dominio tan importante como las poderosas artes? Entonces, no hay ninguna verdad en el reproche de que el calvinismo, por no haber creado su propio estilo arquitectónico, sea artísticamente pobre. Solo bajo los auspicios de su principio religioso, el calvinismo podría haber creado un estilo artístico general; y exactamente porque alcanzó una etapa tan superior en el desarrollo religioso, su mismo principio le prohibió la expresión simbólica de su religión en formas visibles y sensuales.

El principio calvinista en cuanto a la naturaleza del arte

Entonces, tenemos que hacer la pregunta de una manera diferente. Y esto nos trae a nuestro segundo punto. La pregunta no es por qué el calvinismo no produjo aquello que, por su punto de vista superior, no le era permitido producir, o sea, un propio estilo artístico general; sino qué interpretación de la naturaleza de las artes fluye de su principio. En otras palabras, ¿hay en la cosmovisión del calvinismo un lugar para las artes? ¿Y si es así, cuál lugar? ¿Se opone su principio a las artes, o, según su principio, perdería un mundo sin artes una de sus esferas ideales? No estoy hablando ahora del abuso, sino simplemente del uso de las artes. En cada dominio, la vida tiene que respetar las dimensiones de su dominio. Entrometerse en el dominio de otros es siempre ilegal; y nuestra vida humana alcanzará su noble armonía solamente cuando todas sus funciones colaboran en proporción justa para nuestro desarrollo general. La lógica de la mente no debe menospreciar las emociones del corazón, ni debe el amor a lo hermoso silenciar la voz de la conciencia. No importa cuán sagrada sea la religión, ella tiene que quedarse dentro de sus propios límites; sino degenerará en superstición, locura o fanatismo. Y de la misma manera, la pasión demasiado exuberante por las artes que se ríe de las advertencias de la conciencia, terminará en una discordia fea. Por ejemplo, el hecho de que el calvinismo se opuso al juego profano con el honor de la mujer, y acusó toda forma de placer artístico inmoral como una degradación, no tiene que ver con nuestra pregunta. Todo esto denuncia apropiadamente el abuso, pero no tiene ninguna injerencia en cuanto al uso legal. Y Calvino mismo no se opuso al uso legal de las artes, sino lo animó e incluso lo recomendó. Donde las Escrituras mencionan la primera manifestación de las artes, en las tiendas de Jubal quien inventó el arpa y el órgano, Calvino nos hace recordar enfáticamente que este pasaje habla de "dones excelentes del Espíritu Santo". Él declara que con el instinto artístico, Dios enriqueció a Jubal y su descendencia con dones extraordinarios. Y él declara francamente que estos poderes inventores del arte son testimonios evidentes de la bondad de Dios. Más todavía, él declara, en sus comentarios sobre Éxodo, que "todas las artes vienen de Dios y deben ser respetadas como invenciones divinas." Según Calvino, estas cosas preciosas de la vida natural las debemos originalmente al Espíritu Santo. En todas las artes, la alabanza y la gloria de Dios deben exaltarse. Las artes, dice, nos fueron dadas para nuestro consuelo, en este estado deprimido de nuestra vida. Ellas reaccionan contra la corrupción de la vida y de la naturaleza por la maldición. Cuando

su colega, el profesor Cop en Ginebra, alzó las armas contra las artes, Calvino inició medidas para restaurar a este hombre necio a la razón y a sus sentidos sanos, como él mismo escribe. El prejuicio ciego contra la escultura, a base del segundo Mandamiento, Calvino dice que ni merece la pena refutarlo. La música la exalta como un poder maravilloso para mover los corazones y para ennoblecer las tendencias y la moral. Entre los favores excelentes de Dios para nuestra recreación y disfrute, la música ocupa el rango más alto. Y aun cuando el arte se vuelve en un instrumento tan solo para el entretenimiento de las masas, Calvino asegura que no se les debe negar este placer. En vista de todo esto, podemos decir que Calvino estimaba el arte, en todas sus ramificaciones, como un don de Dios; o, más específicamente, un don del Espíritu Santo; que entendió plenamente los efectos profundos del arte sobre las emociones; que apreciaba el fin para el cual las artes fueron dadas, o sea, que por medio de ellas glorifiquemos a Dios y ennoblezcamos nuestra vida, y bebamos de la fuente de placeres superiores; y finalmente, lejos de considerar las artes una mera imitación de la naturaleza, les atribuía la noble vocación de revelar al hombre una realidad superior a este mundo pecaminoso y corrompido.

Ahora, si esta fuera solamente la interpretación personal de Calvino, no sería ninguna prueba para el calvinismo en general. Pero cuando observamos que el mismo Calvino no se desarrolló artísticamente, y que por tanto tuvo que haber derivado este sistema de estética desde sus principios, entonces podemos considerar que él expuso el concepto calvinista del arte como tal. Para ir directamente al corazón del asunto, empezamos con el último dicho de Calvino, que el arte nos revela una realidad superior a este mundo pecaminoso. Uds. conocen la discusión de si el arte debe imitar la naturaleza o trascenderla. En Grecia, se pintaban uvas con tanta exactitud que las aves se confundieron e intentaron comerlas. Esta imitación de la naturaleza era el ideal supremo de la escuela socrática. En ello hay algo de verdad, y los idealistas a menudo se lo olvidan, que las formas y relaciones exhibidas por la naturaleza siguen siendo las formas y relaciones fundamentales de toda realidad; y un arte que no mira las formas y los movimientos de la naturaleza, ni escucha sus sonidos, sino los pasa arbitrariamente por alto, se deteriora en un juego salvaje de la imaginación. Pero, por el otro lado, toda interpretación idealista del arte es justificada en oposición contra lo puramente empírico, donde lo empírico limita su tarea a la imitación. Porque entonces el arte comete el mismo error como los científicos cuando limitan su tarea a la mera observación y anotación. Igual como la ciencia tiene que ascender desde los fenómenos a la investigación de su orden inherente, para que el

hombre por medio de este conocimiento pueda producir especies más nobles de animales, flores y frutas de lo que la naturaleza podría producir, así es también la vocación del arte, no solo observar todo lo visible y audible para reproducirlo, sino descubrir en estas formas naturales el orden de lo hermoso, y por medio de este conocimiento producir un mundo hermoso que trasciende la belleza de la naturaleza. Y esto es lo que Calvino declaró: que el arte exhibe dones que Dios puso a nuestra disposición, ahora que en consecuencia del pecado la verdadera belleza se alejó de nosotros.

Nuestra decisión aquí depende enteramente de nuestra interpretación del mundo. Si consideramos el mundo como la manifestación de lo bueno absoluto, entonces no existe nada superior, y el arte no puede tener otra vocación que copiar la naturaleza. Si el mundo procede en un proceso lento desde lo incompleto a la perfección, como enseña el panteísta, entonces el arte se convierte en la profecía de una fase futura de la vida por venir. Pero si confesamos que el mundo era hermoso alguna vez, pero por la maldición fue deshecho, y por una catástrofe final tiene que llegar a su estado pleno de gloria que excede aun la belleza del paraíso, entonces el arte tiene la tarea mística de hacernos recordar la belleza que fue perdida, y de anticipar su época perfecta por venir. Esta última es la confesión calvinista. Más claramente que Roma se dio cuenta de la influencia del pecado que corrompe; esto llevó a una estimación más alta de la belleza de la justicia original en el paraíso; y dirigido por este recuerdo encantador, el calvinismo profetizó una redención de la naturaleza externa que se realizará en el reino de gloria celestial. Desde este punto de vista, el calvinismo honró el arte como un don del Espíritu Santo y como un consuelo en nuestra vida presente, que nos permite descubrir en y detrás de esta vida pecaminosa un fondo más rico y más glorioso. Parado al lado de las ruinas de esta creación antes tan hermosa, el arte le señala al calvinista tanto las líneas todavía visibles del plan original, como la restauración espléndida con la cual el Artista Supremo y Constructor Maestro un día renovará y exaltará la belleza de Su creación original.

Si entonces, en este punto principal, la interpretación personal de Calvino está enteramente de acuerdo con la confesión calvinista, lo mismo se aplica al siguiente punto. Si la soberanía de Dios es el punto de partida inalterable, entonces el arte no puede tener su origen en el maligno, pues satanás es destituido de cualquier poder creativo. Todo lo que puede hacer es abusar de los buenos dones de Dios. El arte tampoco puede tener su origen en el hombre, porque siendo una criatura él

mismo, el hombre no puede hacer otra cosa que emplear los poderes y dones que Dios puso a su disposición. Si Dios es y permanece soberano, entonces el arte puede obrar de manera apropiada solo cuando se acomoda a las ordenanzas que Dios ordenó en cuanto a la belleza, cuando Él, como Artista Supremo, llamó este mundo en existencia. Y además, si Dios es y permanece soberano, entonces El también imparte estos dones artísticos a aquellos que Él quiere, primero incluso a la descendencia de Caín y no de Abel; no como si el arte fuera cainita, pero, como dice Calvino de manera tan hermosa, para que aquel que por el pecado perdió los dones supremos, tuviese por lo menos un testimonio de la bondad divina en los dones inferiores del arte. Esta habilidad artística tiene un espacio en la naturaleza humana que tenemos por ser creados en la imagen de Dios. En el mundo real, Dios es el Creador de todo; solo Él tiene el poder de producir cosas realmente nuevas, y por eso Él sigue siendo siempre el artista creativo. Como Dios, El solo es el Original; nosotros somos solamente portadores de Su imagen. Nuestra capacidad de crear detrás de Él y detrás de Sus obras, puede consistir solamente en las creaciones no reales del arte. Así podemos nosotros, a nuestra manera, imitar la obra de las manos de Dios. Creamos una especie de cosmos, en nuestro monumento arquitectónico; embellecemos las formas de la naturaleza, en la escultura; reproducimos la apariencia de la vida, en nuestra pintura; pasamos a las esferas místicas, en nuestra música y poesía. Y todo esto porque lo hermoso no es el producto de nuestra propia fantasía, ni de nuestra percepción subjetiva, sino tiene una existencia objetiva como expresión de la perfección divina. Después de la Creación, Dios vio que todas las cosas eran buenas. Imagínense que todo ojo humano se cierre y todo oído humano se tape - aun así, lo hermoso permanece, y Dios lo ve y escucha, pues no solamente "Su Eterno Poder", sino también "Su Divinidad", es percibida en Su creación, tanto espiritualmente como somáticamente. Un artista puede darse cuenta de ello en sí mismo. Si él se da cuenta de que su propia capacidad artística depende de su ojo para el arte, él tiene que llegar a la conclusión que el ojo original para el arte está en Dios mismo, cuya capacidad artística produce todo, y según la imagen del cual el artista fue creado. Lo sabemos por la creación a nuestro alrededor, por el firmamento encima de nosotros, por el lujo abundante de la naturaleza, por la riqueza de formas en el hombre y el animal, por el sonido del río y el canto del ruiseñor; pues ¿cómo podría existir toda esta belleza sino por la creación de Aquel quien preconció la belleza en Su propio Ser, y la produjo desde Su propia perfección divina? Así Uds. ven que la soberanía de Dios, y nuestra creación en Su imagen, necesariamente llevan a esta interpretación suprema del origen, la naturaleza y la vocación

del arte, como Calvino la adoptó y nuestro instinto artístico la aprueba. El mundo de sonidos, el mundo de formas, el mundo de matices, y el mundo de ideas poéticas, no puede tener otra fuente sino Dios; y es nuestro privilegio como portadores de Su imagen, tener una percepción de este mundo hermoso, reproducirlo artísticamente, y disfrutarlo humanamente.

Lo que hizo el calvinismo para el avance de las artes

Y así llego a mi tercer y último punto. Encontramos que la falta de un estilo artístico propio, en vez de ser una objeción contra el calvinismo, al contrario indica la etapa más avanzada de su desarrollo. Después hemos considerado la interpretación exaltada de la naturaleza de las artes que fluye desde el principio calvinista. Y ahora veremos cuan noblemente el calvinismo incentivó el progreso de las artes tanto en principio como en práctica.

Y aquí, en primer lugar, dirijo vuestra atención al hecho importante que el calvinismo fue el primero que reconoció la importancia de las artes, al liberarlas de la vigilancia de la iglesia. No niego que el renacimiento tenía la misma tendencia, pero esta fue manchada por una preferencia unilateral por lo pagano, y una pasión para ideas más paganas que cristianas; mientras Calvino, por el otro lado, mantuvo firmemente las ideas cristianas, y de manera más cortante que cualquier otro reformador se opuso a toda influencia pagana. Sin embargo, para ser justos hacia la iglesia más antigua, tenemos que dar una explicación más completa. La religión cristiana apareció en el mundo griego y romano, que aunque desmoralizado, todavía mostraba su civilización avanzada y su esplendor artístico. Por tanto, para oponerse a un principio con otro principio, el cristianismo tuvo que reaccionar en contra de la sobreestimación de las artes que dominaba en aquel tiempo, para así quebrantar la influencia peligrosa del paganismo. Por tanto, mientras la lucha contra el paganismo era una lucha a muerte, la relación del cristianismo con las artes tuvo que ser hostil. A este período siguió la invasión de las tribus germanas bárbaras en el Imperio Romano altamente civilizado. Después de que estas tribus fueron rápidamente bautizadas, el centro del poder se movió poco a poco desde Italia hacia el lado norte de los Alpes, dando a la iglesia desde el siglo VIII un señorío casi exclusivo sobre toda Europa. Debido a esta constelación, la iglesia se convirtió por varios siglos en el ayo de la vida humana desarrollada, y alcanzó un resultado glorioso. En el sentido literal de la palabra, todo desarrollo humano de aquel período dependía enteramente de la

iglesia. Ninguna ciencia y ningún arte pudo prosperar sin el escudo de la protección eclesiástica. Y de allí se originó aquel arte específicamente cristiano, que en su primera pasión intentó expresar el máximo de esencia espiritual en un mínimo de forma y pintura y notas. No era ningún arte copiado de la naturaleza, sino un arte invocado desde las esferas celestiales, que ató la música en las cadenas gregorianas, que con su pincel y cincel anhelaba creaciones acósmicas, y que solamente en la construcción de catedrales realmente alcanzó lo sublime y la fama. Pero toda vigilancia educacional lleva a su propia disolución. Un ayo de actitud recta intenta hacer que su vigilancia sea superflua lo más pronto posible, y aquel que intenta prolongar su control aun después que su alumno haya alcanzado la madurez, crea una relación no natural y provoca resistencia. Cuando entonces la primera educación del norte de Europa fue completada, y la iglesia seguía levantando su cetro absoluto sobre el dominio entero de la vida, cuatro grandes movimientos empezaron desde lados diferentes: el renacimiento en el dominio de las artes, el republicanismo de Italia en la política, el humanismo en la ciencia y lo más central, en la religión, la Reforma.

Sin duda, estos cuatro movimientos recibieron su impulso de principios muy diferentes que en algunos casos estaban en conflicto entre ellos mismos. Pero todos estaban de acuerdo en un punto: Intentaron escapar de la tutela eclesiástica y crear una vida propia, en acuerdo con su propio principio. Entonces no nos sorprende que en el siglo XVI, repetidamente estos cuatro poderes actuaron de manera concertada. Era la única vida humana que buscaba de todas maneras un desarrollo más libre, y por tanto, cuando el viejo ayo intentó a la fuerza atrasar la declaración de la madurez, estos cuatro poderes naturalmente se animaron una a otra a resistir ferozmente hasta alcanzar la libertad. Sin esta alianza cuádruple, no solo hubiera permanecido la tutela de la iglesia sobre Europa, sino su señorío se hubiera vuelto incluso más opresor e intolerable después de aplastar la rebelión. Gracias a esta cooperación, la empresa audaz tuvo éxito, y los combatientes, con su energía combinada, trajeron las artes y la ciencia, la política y la religión, al disfrute pleno de su madurez.

¿Sería justo, sobre esta base, asegurar que el calvinismo liberó la religión, pero no las artes, y que el honor de la emancipación de las artes pertenece exclusivamente al renacimiento? Yo concedo que el renacimiento participó en la victoria, especialmente en cuanto estimuló a las artes a reivindicar su libertad por medio de sus producciones maravillosas. El genio estético, si puedo llamarlo así, fue implantado por Dios mismo en los griegos, y

solo al redescubrir las leyes fundamentales de arte que el genio griego había descubierto, el arte pudo justificar su exigencia de una existencia independiente. Pero esto por sí solo todavía no hubiera logrado la liberación deseada. La iglesia de aquellos días no se oponía ni en lo mínimo a las artes clásicas como tales. Al contrario, ella dio la bienvenida al renacimiento, y el arte cristiano no vaciló en enriquecerse a sí mismo con lo mejor que el renacimiento ofrecía. En el auge del renacimiento, Bramante y Da Vinci, Miguel Angel y Rafael, llenaron las catedrales romanistas con tesoros de arte nunca superados. Así, el viejo lazo seguía uniendo la iglesia y las artes. La verdadera liberación de las artes requería mucho más energías patentes. Desde un principio, la iglesia tuvo que ser obligada a retirarse a su ámbito espiritual. El arte, que hasta entonces se había limitado a las esferas sagradas, tuvo que entrar al mundo social. Y en la iglesia, la religión tuvo que despojarse de sus vestimentas simbólicas, para que ascendiese al nivel espiritual superior y su aliento de vida animase el mundo entero. Como observa Von Hartmann acertadamente: "Es la religión puramente espiritual que con una mano despoja al artista de su arte específicamente religioso, pero con la otra mano le ofrece en cambio un mundo entero para ser animado religiosamente." Por cierto, Lutero deseaba una tal religión pura, espiritual, pero el calvinismo era el primero en captarla. Primero bajo los impulsos del calvinismo, nuestros padres rompieron con el splendor ecclesiae, o sea, con su brillo exterior, y con sus posesiones amplias, con las cuales mantenía atado el arte económicamente. Aunque el humanismo se rebeló contra este estado opresivo y no natural de las cosas, nunca pudo esperar lograr un cambio radical desde sus propios recursos. Solo piensen en Erasmo. El triunfo en la lucha de aquel tiempo no pertenecía al hombre que luchó por la libertad religiosa solo criticando, sino solo a aquel que desde un nivel superior de desarrollo religioso superó la religión simbólica como tal. Y por tanto, podemos asegurar que era el calvinismo que proveyó el impulso espiritual que llevó a la victoria, y con su perseverancia infatigable, puso fin a la tutela injustificada de la iglesia sobre toda la vida humana, incluido el arte.

Este resultado hubiera sido puramente accidental, si el calvinismo no hubiera al mismo tiempo llevado a una interpretación más profunda de la vida humana y así del arte humano. Cuando bajo Victor Emanuel, con la ayuda de Garibaldi, Italia fue liberada, el día de la libertad amaneció también para los valdenses; pero ni el Re galantuomo, ni Garibaldi, pensaban jamás en los valdenses. De igual manera era posible que en su lucha por la libertad humana, también el calvinismo cortó la

atadura que hasta entonces había cautivado el arte, pero sin tener la intención de hacerlo, solo por virtud de su principio. Y por tanto tengo que ilustrar el segundo factor, que únicamente decide este caso. Ya mencioné, más que una vez, la importancia de la doctrina calvinista de la "gracia común", y por supuesto en esta exposición sobre las artes tengo que mencionarla otra vez. Lo que quiere ser eclesiástico, tiene que llevar el sello de la fe; por tanto, un arte genuinamente cristiano puede venir solo de los creyentes. El calvinismo, al contrario, nos enseñó que todas las artes son dones que Dios imparte tanto a creyentes como a no creyentes, e incluso que estos dones han florecido en una medida mayor afuera del círculo sagrado. "Estas irradiaciones de la luz divina", escribió, "brillaron más entre gente incrédula que entre los santos de Dios." Y esto, por supuesto, revierte el orden propuesto de las cosas. Si limitamos el disfrute del arte a la regeneración, entonces este don es exclusivamente la porción de los creyentes, y debe tener un carácter eclesiástico. En este caso sería el resultado de la gracia particular. Pero si la experiencia y la historia nos persuaden de que los instintos artísticos son dones naturales, y por tanto pertenecen a aquellos dones que a pesar del pecado siguieron brillando en la naturaleza humana por medio de la gracia común, entonces sigue que el arte puede inspirar tanto a creyentes como incrédulos, y que Dios es soberano para impartirlo según Su voluntad, a naciones paganas y cristianas por igual. Esto se aplica no solamente a las artes, sino a todas las expresiones naturales de la vida humana, y es ilustrado por la comparación entre Israel y las naciones en los tiempos tempranos. En cuanto a las cosas sagradas, Israel es elegido, y no solamente es bendecido por encima de todas las naciones, sino es único entre todas las naciones. En el asunto de la religión, Israel no solamente tiene una porción más grande, sino Israel solo tiene la verdad, y todas las otras naciones, incluso los griegos y los romanos, están bajo el yugo del error. Cristo no es parcialmente de Israel y parcialmente de las naciones; Él es de Israel solo. La Salvación viene de los judíos. Pero en la misma proporción como Israel brilla en el dominio de la religión, está atrasado cuando comparamos el desarrollo de su arte, ciencia, política y comercio con el de las naciones que lo rodean. La construcción del Templo requería la venida de Hiram de un país pagano; y Salomón, en quien se encuentra la sabiduría de Dios, sabe que Israel está atrasado en la arquitectura y necesita ayuda desde afuera; y con su acción demuestra públicamente que él, como rey de los judíos, no se avergüenza de la venida de Hiram, sino lo considera una ordenanza natural de Dios.

Entonces el calvinismo, a base de las Escrituras y de la historia, llegó a la confesión de que dondequiera que el

Santuario se abre, todas las naciones incrédulas se quedan afuera; pero en su historia secular, ellas son llamadas por Dios a una vocación especial, y por su misma existencia son un eslabón indispensable en la larga cadena de fenómenos. Toda expresión de vida humana requiere una disposición especial en la sangre y descendencia, y tanto la adaptación de la suerte como el ambiente natural y los efectos climáticos contribuyen a su desarrollo. En Israel, todo esto fue adaptado a la herencia sagrada que recibió en la revelación divina. Pero si Israel fue elegido por causa de la religión, esto no impidió de ninguna manera una elección paralela de los griegos para el dominio de la filosofía y las revelaciones del arte, ni de los romanos para el desarrollo clásico en el dominio del derecho y estado. Un fenómeno como las artes llegan a la revelación de los fundamentos de su existencia inalterable una sola vez, y esta revelación, una vez dada a los griegos, permanece clásico y para siempre dominante. Y aunque un desarrollo futuro pueda buscar nuevas formas y material adicional, la naturaleza del hallazgo original permanece la misma. Así el calvinismo tuvo que confesar que por la gracia de Dios, los griegos eran la nación primordial del arte; que debido al desarrollo griego clásico, el arte conquistó su derecho de una existencia independiente; y aunque debía irradiar también en la esfera de la religión, no debería ser injertado de ninguna manera en el árbol eclesiástico. Por tanto, al ser un regreso del arte a sus líneas fundamentales, el renacimiento no se presentó al calvinismo como un esfuerzo pecaminoso, sino como un movimiento ordenado divinamente. Y como tal, el calvinismo animó el renacimiento no por accidente, sino con conciencia clara y propósito definido, en acuerdo con su principio más profundo.

De allí no hay duda que, simplemente como resultado involuntario de su oposición contra la jerarquía de Roma, el calvinismo iba al mismo tiempo a animar la emancipación de las artes. Reclamó esta liberación y necesariamente la logró, dentro de su propio círculo, como consecuencia de su cosmovisión. El mundo después de la caída no es un planeta perdido, solo destinado a proveer para la iglesia un lugar donde luchar; y la humanidad no es una masa de personas sin meta que sirve solo al propósito de hacer nacer a los elegidos. Al contrario, el mundo ahora como en el inicio es el escenario para las obras poderosas de Dios, y la humanidad sigue siendo una creación de Su mano, que aparte de la Salvación, completa en esta dispensación presente aquí en la tierra un proceso poderoso, y en su desarrollo histórico hay que glorificar el nombre del Dios Todopoderoso. Para este fin, Él ordenó para la humanidad todo tipo de expresiones de vida, y entre estas, el arte ocupa un lugar bien independiente. El arte revela ordenanzas de la creación que ni la ciencia, ni la política, ni la vida

religiosa, ni siquiera la revelación, puede traer a la luz. Es una planta que crece y florece desde su propia raíz, y sin negar que esta planta requiere la ayuda de un soporte temporal, y que en los tiempos tempranos la iglesia proveía este soporte en una manera excelente, sin embargo, el principio calvinista exigió que esta planta de la tierra adquiriera fuerza para crecer sola y extender sus ramas en todas las direcciones. Y así confesó el calvinismo que en cuanto los griegos descubrieron primero las leyes que gobiernan el crecimiento de esta planta del arte, ellos siguen encargados de atar todo futuro crecimiento del arte a su primer desarrollo clásico; no para quedarnos parados en Grecia, ni para adoptar su forma pagana sin criticar. El arte, como la ciencia, no puede permanecer en sus orígenes, sino tiene que seguir desarrollándose más y limpiándose de cualquier cosa que equivocadamente fue mezclada con la planta temprana. Solo que la ley de su crecimiento y vida, una vez descubierta, tiene que seguir siendo la ley fundamental del arte para siempre; una ley, no impuesta desde afuera, sino saliendo de su propia naturaleza. Y así, soltando toda atadura no natural, y manteniendo todo lazo natural, el arte tiene que encontrar la fuerza interior necesaria para mantener su libertad. Calvino, por tanto, no enajena el arte, la ciencia y la religión uno del otro; al contrario, lo que él desea es que toda la vida humana sea impregnada por estos tres poderes vitales juntos. Tiene que haber una ciencia que no descansa hasta que haya reflexionado sobre el cosmos entero; una religión que no puede sentarse tranquila hasta que haya impregnado cada esfera de la vida humana; y también un arte que adopta en su mundo espléndido lo entero de la vida humana, la religión incluida.

Esta sugerencia de la extensión amplia del dominio del arte introduce mi último punto: que el calvinismo efectivamente y de manera concreta hizo avanzar el desarrollo de las artes. Está claro que en el ámbito del arte, el calvinismo no pudo jugar el papel de un brujo, y pudo trabajar solamente con los hechos naturales. Que el italiano tiene una voz más sonora que el escocés, y que el alemán se deja llevar por un impulso más apasionado en su canto que el holandés, son hechos simples que el arte tiene que reconocer, tanto bajo la supremacía romana como bajo la calvinista. Por eso no es lógico ni honesto reprochar al calvinismo por lo que son solamente diferencias nacionales. Es igualmente obvio que el calvinismo no era capaz de producir, como por arte de magia, mármol o pórfido en el suelo; y que por tanto las artes de escultura y arquitectura se desarrollaron más rápidamente en aquellos países donde estos tipos de piedra abundan, que en Holanda donde el suelo consiste en barro y lodo. Solo la poesía, la música y la pintura podemos considerar como

artes que son casi independientes de los recursos naturales. Aun así, las ciudades flamencas y holandeses ocupan una propia posición de honor entre las creaciones de la arquitectura. Louvain y Middleburg, Amberes y Amsterdam siguen siendo testigos de lo que el arte holandés produjo en piedra. Y aquel que vio las estatuas en Amberes y en la tumba de Guillermo el Silencioso, esculpidas por Quellino y por De Keyzers, no cuestiona la habilidad de nuestros artistas del cincel. Pero esto es sujeto a la objeción de que el estilo de nuestra Sala Municipal surgió mucho antes de que el calvinismo apareciera en Holanda, y que aun en su desarrollo posterior no exhibe ningún rasgo que nos recuerda del calvinismo. Por causa de su principio, el calvinismo no edificó catedrales ni palacios ni anfiteatros, ni pudo poblar los nichos de tales edificios con adornos esculpidos.

De hecho, los méritos del calvinismo en cuanto a las artes se encuentran en otro campo. No en las artes objetivas, sino en las más subjetivas, que no dependen del auspicio de las riquezas ni requieren de mármol, sino que surgen espontáneamente en la mente humana. La poesía no puedo mencionar en este contexto; para este propósito yo tendría que abrir ante Uds. los tesoros de la literatura holandesa que ha sido excluida del mundo en general, por causa de los límites estrechos de nuestro idioma holandés. El privilegio de convertir su poesía en un fenómeno mundial, es reservado para aquellas naciones grandes cuyo idioma, hablado por millones y millones, es un vehículo de comunicación internacional. Pero aunque el dominio del idioma es limitado para las naciones más pequeñas, el ojo es internacional, y la música que oye el oído, la entiende todo corazón. Para trazar la influencia del calvinismo en el desarrollo del arte, tenemos que limitarnos entonces, en el sentido internacional, a la pintura y la música.

De estas dos artes tenemos que declarar que antes de los días del calvinismo, volaban muy por encima de la vida común de las naciones, y solo bajo la influencia calvinista descendieron a la vida de los pueblos. En cuanto a la pintura, solo recuerden las producciones holandeses en los siglos XVI y XVII. El nombre de Rembrandt es suficiente para evocar todo un mundo de tesoros artísticos ante nuestras mentes. Los museos de cada país y continente siguen compitiendo por alguna pieza de sus obras. Y aun en nuestros días, los maestros en todo el mundo siguen prestándose sus motivos de mayor efecto de lo que era, en aquel tiempo, una escuela completamente nueva de pintura. Por supuesto, esto no significa que todos aquellos pintores eran personalmente calvinistas convencidos. En la escuela de arte anterior, que florecía bajo la influencia de Roma, los "buenos católicos" eran

tampoco en la mayoría. Esta clase de influencias no operan personalmente, sino imprimen su sello sobre el ambiente y la sociedad, sobre el mundo de percepciones, representaciones y pensamientos; y como resultado de estas impresiones variadas, una escuela de arte aparece. En este sentido, la antítesis entre el pasado y el presente en la escuela de arte holandesa es inequívoca. Antes de aquel período, la gente no se tomaba en cuenta; solo aquellos fueron considerados que eran superiores al hombre común: los sacerdotes de la iglesia, los caballeros y príncipes. Pero desde entonces, el pueblo maduró, y bajo el auspicio del calvinismo, el arte de pintura era como una profecía de la vida democrática de tiempos posteriores, proclamando primero la madurez del pueblo. La familia dejó de ser un anexo de la iglesia, y defendió su significado independiente. En la luz de la gracia común, se vio que la vida no-eclesiástica era también muy importante y un motivo artístico. Después de haber estado bajo la sombra de distinciones de clase por muchos siglos, la vida común del hombre salió de su escondite como un mundo nuevo en toda su realidad. Fue la emancipación amplia de nuestra vida terrenal, y el instinto por la libertad, que cautivó el corazón de las naciones y las inspiró con el gozo de tesoros que tanto tiempo habían descuidado ciegamente. Aun Taine alabó la bendición del amor calvinista por la libertad en el ámbito de las artes; y Carriere, igualmente lejos de simpatizar con el calvinismo, sin embargo proclama que solo el calvinismo era capaz de arar el campo donde el arte libre pudo florecer.

Se observó a menudo que la idea de la elección solo por gracia contribuyó bastante a interesar el arte en lo que es aparentemente pequeño e insignificante. Si un hombre común, en quien el mundo no se fija, es valorado e incluso elegido por Dios, esto tiene que llevar al artista a encontrar también un motivo de arte en lo que es común y trivial, a estar atento a las emociones y asuntos del corazón humano en estas ocurrencias de la vida diaria, a captar con su instinto artístico su impulso ideal, y, finalmente, a interpretar con su pincel para el mundo este descubrimiento precioso que hizo. Incluso las extravagancias necias y exageradas se convirtieron en motivos artísticos, como revoluciones del corazón humano y manifestaciones de la vida humana. Al hombre se le tuvo que mostrar la imagen de su locura, para que se apartase de lo malo. Hasta entonces, los artistas habían trazado solamente las figuras idealizadas de profetas y apóstoles, santos y sacerdotes; pero ahora, al ver como Dios había elegido al cargador y al jornalero, tomó interés no solo en la cabeza, el cuerpo y la personalidad del hombre común, sino empezó a reproducir la expresión humana de toda clase y todo nivel. Y si antes los ojos de todos se habían fijado únicamente

en el sufrimiento del "Varón de dolores", algunos empezaron ahora a entender que existía también un sufrimiento místico en el dolor general de la humanidad, que revelaba profundidades antes desconocidas del corazón humano, y de esta manera nos permitía entender mucho mejor las profundidades aun más profundas de la agonía misteriosa del Calvario. El poder eclesiástico ya no refrenaba al artista, y el oro del príncipe ya no lo ataba. Si artista, entonces también era hombre, mezclándose libremente con la gente, y descubriendo en y detrás de sus vidas humanas algo muy diferente de lo que el palacio y el castillo le habían ofrecido hasta ahora. Como dice Taine: Para Rembrandt, la vida humana escondía su rostro detrás de muchas matices sombrías, pero aun en este claroscuro, su mano agarraba esta vida de una manera profundamente real y significativa. Como resultado de la declaración de la madurez del pueblo, y del amor por la libertad que el calvinismo despertó en el corazón de las naciones, la vida humana común pero rica abrió a las artes un mundo completamente nuevo; y al abrir sus ojos para lo pequeño e insignificante, y al abrir su corazón para los sufrimientos de la humanidad, la escuela holandesa de artes produjo estas producciones maravillosas de fama inmortal, que mostraron el camino a todas las naciones para nuevos descubrimientos.

Finalmente, en cuanto al significado del calvinismo para la música, encontramos una de sus excelencias que no es muy conocida, pero sumamente importante - como Douen nos enseñó hace diez años en sus dos tomos sobre Marot. Aquí, la música y la pintura van paralelamente. Al igual como en el período eclesiástico-aristocrático los pintores se interesaban solamente por lo sublime y sagrado, en la música el canto llano de Gregorio dominaba, que abandonaba el ritmo, despreciaba la armonía, y que según una crítica profesional, con su carácter provisional y conservador cerró el camino hacia un desarrollo futuro de la música. Muy debajo del nivel de este canto imponente, se encontraba el canto libre del pueblo, con demasiada frecuencia inspirado por la adoración de Venus, que en los tiempos de los así llamados "festivales de burros" penetraba incluso los muros de las iglesias. Solo la iglesia tenía el privilegio de hacer música, mientras lo que producía el pueblo era despreciado como indigno del arte. Aun en el mismo oratorio, mientras la gente podía escuchar la música sagrada, les era prohibido participar en el canto. Así, la música como arte no tenía ninguna existencia independiente. Solo hasta donde podía servir a la iglesia, se le permitía florecer artísticamente. Todo lo que emprendía por cuenta propia, no tenía ningún llamado aparte del uso popular. Y como en todas las áreas de la vida, el protestantismo en general y el calvinismo de manera más consistente, frenó la tutela de la

iglesia y emancipó la música, y abrió así el camino para su desarrollo moderno. Los hombres que primero arreglaron la música de los Salmos para el canto calvinista, eran héroes valientes que cortaron las ataduras que nos ataban al "Cantus firmus", y seleccionaron sus melodías desde el mundo libre de la música. Al hacer esto, adoptaron las melodías del pueblo; pero como observa Douen, solo para poder devolver estas melodías al pueblo purificadas y bautizadas en seriedad cristiana. Desde entonces, también la música iba a florecer no dentro de las limitaciones de la gracia particular, sino en los campos anchos y fértiles de la gracia común. Se abandonó el coro; en los santuarios cantaba el pueblo mismo; y por tanto, Bourgeois y los virtuosos calvinistas que le siguieron tuvieron que seleccionar melodías populares, pero con la meta de que la gente ahora ya no iba a cantar más en la cantina o en la calle, sino en el santuario; y que así, en sus melodías, la seriedad del corazón triunfe sobre las pasiones inferiores.

Si este es el mérito del calvinismo, o mejor dicho el cambio que efectuó en el dominio de la música, de cambiar la idea del laicado por la idea del sacerdocio general, se requiere una elucidación más concreta. Si Bourgeois era el gran maestro cuyas obras le aseguran un alto rango entre los compositores de la Europa protestante, entonces tenemos que notar que este Bourgeois vivía y trabajaba en Ginebra, bajo los ojos del mismo Calvino y parcialmente incluso bajo su dirección. Fue este mismo Bourgeois que tuvo la valentía de usar ritmos, y de cambiar los ocho modos gregorianos por los dos modos de mayor y menor, de la música popular; y de santificar su arte en el himno consagrado, y así honrar este arreglo de melodías del cual ha surgido toda la música moderna. De la misma manera, Bourgeois adoptó la armonía, o el canto a múltiples voces. Él era el hombre quien adaptó la melodía a la letra por medio de lo que llamamos expresión. El solfeggio, o sea el cantar por notas, la reducción del número de acordes, la distinción más clara de las diferentes escalas, etc, todo lo que simplificó tanto el conocimiento de la música, se debe a la perseverancia de este compositor calvinista. Y cuando Goudimel, su colega calvinista, antes en Roma el profesor del gran Palestrina, al escuchar el canto de la gente en la iglesia, descubrió que las voces más agudas de los niños dominaban sobre el tenor, que siempre había sido la voz dominante, entonces dio por primera vez la voz principal al soprano; un cambio de gran alcance que se ha mantenido siempre desde entonces.

Perdónenme si me detuve por un tiempo en estos detalles, pero los méritos del protestantismo, y más particularmente del calvinismo, en cuanto a la música, son de demasiada importancia como para

seguir siendo menospreciados. Yo reconozco que el calvinismo ejerció sobre algunas artes solo una influencia indirecta, al declarar su madurez y al proveerles la libertad de florecer en su propia independencia; pero en la música, la influencia del calvinismo era muy positiva, debido a su adoración espiritual a Dios, que no dio lugar para las artes más materiales, pero asignó un nuevo papel al canto y a la música, en la creación de melodías y canciones para el pueblo. Aun con todo lo que la escuela antigua hizo para juntarse con este nuevo desarrollo de la música, la música moderna permanecía ajena al cantus firmus, porque surgió de una raíz muy diferente. El calvinismo, por otro lado, no solo se juntó con ella, sino le dio su primer impulso bajo el liderazgo de Bourgeois y Goudimel, de manera que aun los autores católico romanos se ven obligados a reconocer que nuestro desarrollo hermoso de la música en los últimos siglos se debe en la mayor parte a los himnos heréticos.

No se puede negar que en un período posterior el calvinismo perdió casi toda la influencia en este dominio. Por mucho tiempo, los anabaptistas nos abrumaron con sus prejuicios dualistas, y un espiritualismo malsano prevaleció. Pero si por esta razón, y sin tomar en cuenta nuestro gran pasado musical, Roma acusa al calvinismo de una apatía estética, entonces es apropiado hacer recordar que el gran Goudimel fue asesinado por fanáticos romanistas en la masacre de San Bartolomeo. Entonces, preguntamos con Douen: ¿Tiene el hombre algún derecho de quejarse del silencio en el bosque, si él con su propia mano atrapó y mató al ruiseñor?

Sexta exposición:
El calvinismo y el futuro

El propósito principal de mis exposiciones en este país era erradicar la idea equivocada de que el calvinismo representa solo un movimiento dogmático y eclesiástico.

El calvinismo no se detuvo en el orden de la iglesia, sino se extendió en un sistema de vida, y no agotó su energía en una construcción dogmática, sino creó una cosmovisión, y una tal que sigue capaz de adaptarse a cualquier etapa del desarrollo humano, en cada área de la vida. El calvinismo levantó nuestra religión cristiana a su esplendor espiritual supremo: creó un orden eclesiástico que se convirtió en el ejemplo de lo que son las confederaciones de estados; demostró ser el ángel de la guarda de la ciencia; emancipó las artes; propagó un esquema político que

produjo el gobierno constitucional, tanto en Europa como en América; incentivó la agricultura y la industria, el comercio y la navegación; puso un sello plenamente cristiano sobre el hogar y los lazos familiares; promovió con su estándar moral elevado la pureza en nuestros círculos sociales; y para alcanzar todo esto, puso bajo la iglesia y el estado, bajo la sociedad y el hogar, un concepto filosófico fundamental que fue estrictamente derivado de su propio principio dominante.

Esto, de por sí mismo, excluye todo pensamiento en una imitación. Lo que deben hacer los descendientes de los calvinistas holandeses antiguos, y de los Padres Peregrinos, no es copiar el pasado, como si el calvinismo fuera petrificación; sino volver a la raíz viviente de la planta calvinista, para limpiarla y regarla y así hacerla retoñar y florecer nuevamente, pero ahora de acuerdo con nuestra vida actual en estos tiempos modernos, y con las demandas de los tiempos por venir.

Esto explica el tema de mi exposición final: Un nuevo desarrollo calvinista es necesario por las demandas del futuro.

Como todo estudioso de la sociología admitirá, el futuro no se presenta en colores brillantes. No iría tan lejos para decir que estamos al borde de una bancarrota social universal, pero sí que las señales de los tiempos son ominosas. Por cierto, en el control de la naturaleza y sus fuerzas se hacen avances inmensos cada año, y nuestra imaginación más audaz no puede decir a qué alturas de poder llegará la humanidad en el próximo medio siglo. Como resultado de ello, la comodidad de la vida aumenta. El intercambio y la comunicación mundiales se vuelven cada vez más rápidos y extendidos. Asia y África, durmiendo hasta hace poco, gradualmente se sienten jalados en el círculo más amplio de la vida desarrollada. Los principios de la higiene ejercen una influencia creciente. En consecuencia, somos físicamente más fuertes que la generación precedente. Vivimos más años. Y al combatir los defectos y enfermedades que amenazan nuestra vida física, la ciencia médica nos deja maravillados ante sus logros. En breve, el lado material de la vida nos promete lo mejor para el futuro.

Pero se escuchan voces descontentas, y la mente que reflexiona no puede suprimir la desilusión: No importa cuanto uno valora las cosas materiales, ellas no llenan nuestra existencia humana. Nuestra vida personal no se alimenta de las comodidades que nos rodean, ni del cuerpo que es nuestro enlace con el mundo exterior, sino del espíritu que actúa internamente; y en esta

conciencia interna nos damos cuenta con dolor, que la hipertrofia de nuestra vida externa resulta en una atrofia seria de la vida espiritual. No como si las facultades de pensamiento y reflexión, o las artes de poesía y letras, estuviesen disminuyendo. Al contrario, la ciencia empírica es más brillante en sus logros que nunca, el conocimiento universal alcanza círculos cada vez más amplios, y la civilización, por ejemplo en Japón, se queda pasmada ante sus logros demasiado rápidos. Pero aún el intelecto no constituye la mente. La personalidad se encuentra más profunda en nuestro ser interior, donde se forma el carácter, se enciende la llama del entusiasmo, se ponen los fundamentos de la moral, retoña el amor, surge la consagración y el heroísmo, y donde al sentir lo Infinito, nuestra existencia confinada al tiempo desea tocar las puertas de la eternidad.

En cuanto a este asiento de la personalidad, escuchamos por todos lados la queja de un empobrecimiento, degeneración, y petrificación. Este estado malsano explica el auge de un espíritu como el de Arturo Schopenhauer, y la aceptación amplia de su doctrina pesimista revela hasta donde ya se secaron los campos de la vida. Es cierto, los esfuerzos de Tolstoi demuestran una fuerza del carácter, pero aun su teoría religiosa y social es una única protesta contra la degeneración espiritual de nuestra raza. Nietzsche puede ofendernos con su burla sacrílega, ¿pero qué es su exigencia del "Ueberschensch" (super-hombre), sino el grito de desesperación al darse cuenta que espiritualmente, la humanidad se está consumiendo? ¿Y qué es la democracia social, sino una sola protesta gigantesca contra la insuficiencia del orden existente de las cosas? Incluso el nihilismo y el anarquismo demuestran abiertamente que hay miles y miríadas que preferirían demoler y aniquilar todo, en vez de seguir cargándose con las condiciones presentes. El autor alemán de la "Decadencia de las naciones" no describe nada para el futuro sino descomposición y ruina social. Aun el sobrio Lord Salisbury hace poco habló de pueblos y estados para cuyo entierro ya se hacen los preparativos. Cuántas veces no se hizo la paralela entre nuestro tiempo y la edad dorada del Imperio Romano, cuando igualmente el brillo externo de la vida asombró el ojo, pero el diagnóstico social solo arrojó el veredicto "Podrido hasta los tuétanos". Y aunque en el continente americano, un mundo más joven, prevalece una nota de vida relativamente más saludable que en la Europa envejecida, esto no desviará la mente que reflexiona. Es imposible para Uds aislarse herméticamente del mundo viejo, pues Uds. no son una humanidad aparte, sino un miembro del gran cuerpo de la raza. Y una vez que el veneno entró el sistema en un solo punto, a su tiempo impregnará el organismo entero.

Ahora nos enfrentamos con la pregunta seria si podemos esperar que por evolución natural se desarrollará una fase superior de vida social. La historia provee una respuesta desalentadora. En la India, en Babilonia, en Egipto, en Persia, en China y en otros lugares, a los períodos de crecimiento vigoroso les siguieron tiempos de decadencia espiritual; pero en ninguno de estos países este rumbo hacia abajo se resolvió en un movimiento hacia cosas superiores. Todas estas naciones han permanecido en su paralización espiritual hasta hoy. Solo en el Imperio Romano, la noche oscura de la desmoralización fue quebrantada por el amanecer de una nueva vida. Pero esta luz no surgió de una evolución; sino brilló desde la Cruz del Calvario. El Ungido de Dios apareció, y solo por Su Evangelio la sociedad de aquel tiempo se salvó de la destrucción segura. Y otra vez: cuando al fin de la Edad Media Europa fue amenazada con la bancarrota social, se observaron una segunda resurrección de los muertos y una manifestación de un nuevo poder vital, ahora entre los pueblos de la Reforma. Pero también esta vez, no fue por medio de una evolución, sino por el mismo Evangelio cuya verdad fue proclamada libremente como nunca antes. Entonces, ¿qué antecedentes nos provee la historia para hacernos esperar que al presente haya una evolución de muerte a vida, mientras los síntomas de la descomposición ya evocan la amargura de la tumba? Es cierto que Mahoma en el siglo VII tuvo éxito al levantar los huesos muertos por todo el Levante, al imponerse sobre las naciones como un segundo Mesías, más grande que Cristo mismo. Y si la venida de otro Cristo, con mayor gloria que el Cristo de Belén, fuera posible, entonces hubiéramos encontrado el remedio para la corrupción moral. Por eso, algunos realmente han estado esperando ansiosamente la venida de algún "Espíritu Universal" glorioso, que podría dar nuevamente su poder vivificante a las naciones. ¿Pero por qué demorar en tales fantasías inútiles? Nada puede sobrepasar al Cristo dado por Dios, y lo que debemos esperar, en vez de un segundo Mesías, es la segunda venida del mismo Cristo del Calvario, esta vez viniendo para el juicio, no para abrir una nueva evolución para esta vida bajo la maldición del pecado, sino para llegar a su meta y solemnemente concluir la historia de este mundo. Entonces, o esta segunda venida es cercana y lo que vemos es la agonía mortal de la humanidad, o un rejuvenecimiento nos espera todavía; pero si es así, este rejuvenecimiento puede venir solo desde el Evangelio antiguo y siempre nuevo, que al inicio de nuestra época, y otra vez en la Reforma, ha salvado la vida amenazada de nuestra raza.

El rasgo más alarmante, sin embargo, de la situación presente es la ausencia lamentable de esta receptividad en nuestro organismo enfermo, que es indispensable para efectuar una curación. En el

mundo grecorromano existía una tal receptividad; los corazones se abrieron espontáneamente para recibir la verdad. Esta receptividad era aun más fuerte en los tiempos de la Reforma, cuando grandes masas clamaron por el Evangelio. En aquellos tiempos como hoy, el cuerpo sufría de anemia, e incluso de intoxicación, pero no hubo ningún rechazo al antídoto. Ahora es precisamente esto lo que distingue nuestra decadencia moderna de las dos precedentes: que en las masas, la receptividad para el Evangelio disminuye, mientras entre los científicos el rechazo está en aumento. La invitación de doblar las rodillas ante Cristo como Dios, encuentra como respuesta un encoger de hombros, o el comentario sarcástico: "Esto es para niños y abuelitas, no para nosotros hombres!" La filosofía moderna prevaleciente se considera como haberse emancipado del cristianismo.

Por tanto, tenemos que responder primero a la pregunta: ¿Qué fue que nos trajo a esta situación? Solo un diagnóstico correcto puede llevar al tratamiento eficaz. Históricamente, la causa del mal se encuentra en la degeneración espiritual que marcó el fin del siglo anterior (XVIII). Esta degeneración es parcialmente la culpa de las mismas iglesias cristianas, incluidas las de la Reforma. Cansadas de su lucha contra Roma, estas iglesias se habían dormido, habían dejado marchitarse las hojas y flores en sus ramas, y aparentemente se habían olvidado de su deber en cuanto a la humanidad en general, y en cuanto a la esfera entera de la vida humana. Hacia el fin de aquel siglo, la nota general de la vida era desabrida e indiferente, común y vil. La literatura de aquel período lo comprueba. En reacción contra esto, los filósofos deístas y ateístas propusieron entonces, primero en Inglaterra, pero después principalmente en Francia por parte de los enciclopedistas, colocar la vida entera sobre una nueva base, invertir el orden existente, y arreglar un nuevo mundo sobre la suposición de que la naturaleza humana sigue en su estado no corrompido. Este era un concepto heroico y despertó aceptación; tocó algunas de las cuerdas más nobles del corazón humano. Pero en la gran revolución de 1789, este concepto fue ejecutado en su forma más peligrosa, pues en esta revolución, en esta subversión no solo de las condiciones políticas, sino de las convicciones, ideas y costumbres de la vida, tenemos que distinguir claramente dos elementos. En un aspecto, era una imitación del calvinismo, mientras en otro aspecto era la oposición directa contra sus principios. No olvidemos que esta gran revolución estalló en un país católico romano, donde primero en la noche de San Bartolomeo, y después en la revocación del edicto de Nantes, los hugonotes habían sido asesinados y expulsados. Después de esta supresión violenta del protestantismo

en Francia, y en otros países católico romanos, el despotismo antiguo surgió nuevamente, y para esas naciones se perdieron todos los frutos de la Reforma. Esto llevó al intento, como caricatura del calvinismo, de alcanzar la libertad por medio de la violencia, y de establecer un estado pseudo-democrático para impedir para siempre el regreso al despotismo. Entonces la Revolución Francesa, al enfrentar la violencia con violencia, el crimen con crimen, buscó la misma libertad social que el calvinismo había proclamado entre las naciones, pero que el calvinismo buscó alcanzar por medio de un movimiento puramente espiritual. Así, en cierto sentido la Revolución Francesa ejecutó un juicio de Dios, cuyo resultado es razón de alegrarse, incluso para los calvinistas.

Pero esta es solo una cara de la moneda. Su reverso nos muestra un propósito directamente opuesto a la sana idea calvinista de la libertad. El calvinismo, por medio de su concepto profundamente serio de la vida, había fortalecido y consagrado los lazos sociales y éticos; la Revolución Francesa los soltó completamente, y así desprendió la vida no solamente de la iglesia, sino también de las ordenanzas de Dios, incluso de Dios mismo. El hombre como tal, cada individuo, desde entonces era su propio señor y amo, guiado por su propio libre albedrío y buen placer. El tren de la vida iba a avanzar más rápidamente todavía, pero ya no en el riel de los mandamientos divinos. ¿Qué otra cosa pudo resultar sino fracaso y ruina? Investigue en Francia hoy qué fruto dio la idea fundamental de su gran revolución para la nación después de su primer siglo, tan abundante en horrores, y la respuesta será un cuento muy deplorable de decadencia nacional y desmoralización social.

Humillada por el enemigo del otro lado del Rin, internamente desgarrada por la furia de partidarios, deshonrada por la intriga de Panamá y más todavía por el caso Dreyfus, desgraciada por su pornografía, la víctima de una recesión económica, disminuyendo en su población, Francia fue llevada a degradar el matrimonio, a destruir la vida familiar por la lujuria, y presenta hoy el espectáculo repulsivo de hombres y mujeres perdidos en pecados sexuales desnaturalizados. Estoy consciente de que todavía hay miles de familias en Francia que viven sin reproche y lamentan la ruina moral de su país; pero ellos son los mismos círculos que resistieron las pretensiones equivocadas de la revolución; y por el otro lado, los círculos casi bestializados son aquellos que sucumbieron ante el primer ataque del volterianismo.

Desde Francia, este espíritu de disolución, esta pasión de emancipación salvaje, se extendió a otras naciones, especialmente

por medio de una literatura infamemente obscena, e infectó sus vidas. Entonces unas mentes más nobles, especialmente en Alemania, que se dieron cuenta de la profundidad de maldad a la que había llegado Francia, hicieron el intento de realizar esta idea seductora de una "emancipación de Dios" en una forma superior, pero reteniendo su esencia. Los filósofos de primera, uno por uno, construyeron una cosmología que iba a devolver su fundamento firme a las relaciones sociales y éticas, colocándolas sobre la base de la ley natural, o dándoles un ideal derivado de sus propias especulaciones. Por un momento, este intento parecía tener éxito: en vez de expulsar a Dios de su sistema a manera de los ateos, estos filósofos se refugiaron en el panteísmo. Así fundamentaron la estructura social, no como los franceses sobre el estado de la naturaleza como tal ni sobre la voluntad del individuo, sino sobre el proceso de la historia y la voluntad colectiva de la raza que inconscientemente apunta a la meta suprema. Y de hecho, durante más de medio siglo, esta filosofía dio cierta estabilidad a la vida; no porque su sistema hubiera tenido una estabilidad inherente, sino porque el orden establecido y las fuertes instituciones políticas en Alemania apoyaron con su tradición este edificio que de otra manera hubiera colapsado inmediatamente. Aun así, no pudo impedir que también en Alemania los principios morales se volvieran más y más problemáticos, los fundamentos morales más y más inseguros. Ningún otro derecho aparte de la ley actual fue reconocido; y Francia y Alemania estaban de acuerdo en su rechazo contra el cristianismo tradicional. El "Ecrasez l&rsquoinfàme" ("Aplasten la infame", en respecto a la iglesia) de Voltario fue sobrepasado desde lejos por las declaraciones blasfemas de Nietzsche sobre Cristo, y Nietzsche es el autor cuyas obras son más ávidamente devoradas por la Alemania moderna de nuestros días.

De esta manera llegamos, en Europa por lo menos, a lo que se llama vida moderna, con una ruptura radical con las tradiciones cristianas de la Europa del pasado. El espíritu de esta vida moderna se caracteriza más claramente por el hecho de que busca el origen del hombre no en la creación según la imagen de Dios, sino en la evolución desde el animal. Esto implica dos ideas fundamentales: (1) que el punto de partida ya no es lo ideal o lo divino, sino lo material y lo vil; (2) que la soberanía de Dios que debería ser suprema, es negada, y el hombre se entrega a la corriente mística de un proceso infinito. De la raíz de estas dos ideas, ahora se está desarrollando un doble tipo de vida. Por un lado, la vida interesante, rica y bien organizada de los círculos universitarios, solo al alcance de las mentes más refinadas; y por el otro lado, una vida materialista de las masas que persiguen el placer, que en su manera también toman como punto de

partida la materia, y que igualmente, a su manera, se emancipan de todas las ordenanzas fijas. Especialmente en nuestras grandes ciudades crecientes, este segundo tipo empieza a dominar, imponiéndose en contra de la voz de los distritos rurales, y está moldeando la opinión pública que declara su carácter impío más abiertamente en cada generación sucesiva. El dinero, el placer, y el poder social, solo estos son los objetos de todo esfuerzo; y la gente es cada vez menos considerada en cuando a los medios que utilizan para alcanzarlos. La voz de la conciencia es menos y menos audible. El fuego de todo entusiasmo superior fue ahogado, solo las cenizas muertas permanecen. En medio de la fatiga de la vida, ¿qué puede detener a los decepcionados de refugiarse en el suicidio? Privado de la influencia saludable del descanso, el cerebro es sobreestimulado y sobreejercitado hasta que los manicomios ya no alcanzan para alojar a los locos. Se discute más y más seriamente si la propiedad privada no es sinónimo de robo. Se acepta más y más que la vida debe ser más libre y el compromiso matrimonial menos serio. Ya no se defiende la monogamia, pues la poligamia y poliandria se glorifican sistemáticamente en todos los productos del arte y de la literatura realista. En armonía con todo esto, la religión se declara superflua porque entristece la vida. Pero para el arte hay mucha demanda, no por su valor ideal, sino porque complace e intoxica los sentidos. Así la gente vive en el tiempo y para cosas temporales, y cierra sus oídos ante el sonido de las campanas de la eternidad. Toda la perspectiva de la vida se vuelve concreta, concentrada, práctica. De esta vida privada modernizada emerge un tipo de vida social y política que se caracteriza por una decadencia del parlamentarismo, por un deseo fuerte de tener un dictador, por un conflicto agudo entre pauperismo y capitalismo, mientras el armamento pesado, aun al precio de la ruina económica, se vuelve el ideal de estos estados poderosos que en su deseo de expansión territorial amenazan la misma existencia de las naciones más débiles. Gradualmente, la lucha entre el fuerte y el débil llegó a ser el rasgo dominante de la vida, surgiendo del darwinismo con su idea central de la lucha por la vida. Desde que Bismarck lo introdujo en la política, el concepto del derecho del más fuerte fue aceptado de manera casi universal. Los eruditos y expertos de nuestros días exigen con más y más audacia que el hombre común se incline ante su autoridad. Y el fin solo puede ser que una vez más los principios sanos de la democracia serán rechazados, para dar lugar, esta vez, no a una nueva aristocracia de sangre noble e ideales supremos, sino a una kratistocracia tosca y arrogante, basada en el poder brutal del dinero. Nietzsche no es una excepción, sino proclama el futuro de nuestra vida moderna. Y mientras Cristo, en compasión divina, mostró misericordia hacia

los débiles, la vida moderna asume la posición opuesta de que el débil tiene que ceder su lugar al más fuerte. Este es, dicen, el proceso de selección al cual nosotros mismos debemos nuestro origen, y este proceso tiene que ejercerse hasta sus últimas consecuencias.

Por mientras, como observamos arriba, no debemos olvidar que en la vida moderna hay una corriente marginal de un origen más noble. Un ejército de hombres con motivos elevados se levantó, que se alarmaron por la brutalidad del egoísmo predominante, e intentaron dar un nuevo calor a la vida, por parte con altruismo, por parte con un culto místico de las emociones, por parte incluso con el nombre del cristianismo. Aunque siguen la Revolución Francesa en su ruptura con la tradición cristiana, y no reconocen ningún otro punto de partida excepto el empirismo y racionalismo, sin embargo estos hombres aceptaron, como Kant, un dualismo cortante, para así escapar de las consecuencias fatales de su propio principio. Es precisamente este dualismo que les inspiró a muchas ideas nobles. En ellos, la conciencia mantuvo su autoridad al lado del intelecto, y esta conciencia es tan ricamente instrumentada por Dios. A la iniciativa de estos hombres debemos las investigaciones sociológicas numerosas, y las medidas prácticas que han aliviado tanto sufrimiento, y que con su altruismo ideal han hecho avergonzar el egoísmo de muchos corazones. Con su predisposición personal para el misticismo, algunos de ellos reclamaron el derecho de emancipar la vida interior del alma de toda crítica. Perderse en lo Infinito, y sentir el río de lo Infinito pulsar en su vida interior más profunda, es para ellos la piedad deseable. Otros, especialmente teólogos, asumieron la tarea de transformar a Cristo, de manera que Él siga brillando desde el trono de la humanidad, como el ideal supremo del corazón humano modernizado. Todos inspirados por la sinceridad, podemos trazar estos intentos desde Schleiermacher hasta Ritschl. Entonces no miremos a estos hombres con desdén. Deberíamos darles gracias por lo que ellos intentaron salvar. Incluso el espiritismo, tan equivocado como es, recibió a menudo su impulso desde la esperanza de que el contacto con el mundo eterno, destruido por el criticismo, podría ser restablecido por medio de visiones. Desafortunadamente, detrás de cualquier forma de este dualismo ético se esconde siempre el sistema naturalista, racionalista que el intelecto ha inventado. Ellos exaltaron el carácter normal de su cosmología en contra del anormalismo de nuestra fe; y la religión cristiana que es anormalista en su principio y en su manifestación, perdió su terreno en tal medida que algunos de nuestros mejores hombres profesaron que preferían el espiritismo, el mahometismo, o aun el

budismo a la vieja fe evangélica. Es cierto que todo el frente de teólogos desde Schleiermacher hasta Pfleiderer seguía honrando altamente el nombre de Cristo; pero lo hicieron solamente después de someter a Cristo y la confesión cristiana a unas metamorfosis más audaces. Esto es tristemente evidente cuando comparamos el credo que ahora es corriente en estos círculos, con la confesión por la cual murieron nuestros mártires.

Aun limitándonos al Credo Apostólico, que por casi dos mil años ha sido el estándar común de todos los cristianos, encontramos que se abolió la fe en Dios como "Creador del cielo y de la tierra"; pues la creación fue sustituida por la evolución. Se abolió también la fe en Dios el Hijo, nacido de la virgen María, concebido por el Espíritu Santo. Además, muchos abolieron la fe en Su resurrección y Su ascensión y Su regreso para el juicio. Y finalmente, se abolió la fe de la iglesia en la resurrección de los muertos, o por lo menos en la resurrección del cuerpo. Todavía se mantiene el nombre de la religión cristiana, pero en esencia se volvió una religión muy diferente, incluso de un carácter diametralmente opuesto. Nos acusan incesantemente de que en realidad el Cristo tradicional de la iglesia pasó por una metamorfosis completa del Jesús genuino, mientras la interpretación moderna levantó el velo sobre el carácter verdadero del histórico Jesús de Nazaret. Solo podemos responder que después de todo, históricamente, no este concepto moderno de Jesús de Nazaret, sino la confesión de la iglesia acerca de Cristo es lo que conquistó el mundo; y que siglo tras siglo, los hombres mejores y más piadosos de nuestra raza rindieron homenaje al Cristo de la tradición, y se regocijaron en Él como su Salvador en la sombra de la muerte.

Entonces, a pesar de que aprecio sinceramente lo que es noble en estos intentos, estoy plenamente convencido de que no podemos esperar ayuda de aquel lado. Una teología que virtualmente destruye la autoridad de las Sagradas Escrituras; que ve en el pecado nada más que una falta de desarrollo; que reconoce a Cristo como nada más que un genio religioso; que mira la redención como nada más que la reversión de nuestra manera subjetiva de pensar; y que se complace en un misticismo que es de manera dualista opuesto al mundo del intelecto; - una tal teología es como un dique que se quebranta al primer levantamiento de la marea alta. Es una teología que no alcanza las masas, una pseudo-religión que no puede restaurar nuestra vida moral deshecha.

¿Podemos quizás esperar más de la energía maravillosa que Roma desplegó en la última mitad de este siglo? No rechazaremos la pregunta demasiado rápidamente. Aunque la historia de la Reforma estableció una antítesis fundamental entre Roma y nosotros, sería señal de una mente estrecha, subestimar el poder verdadero que aun ahora se manifiesta en la guerra de Roma contra el ateísmo y el panteísmo. Calvino ya reconoció en sus días que contra un espíritu del Gran Abismo, aun a los creyentes romanistas les consideraba sus aliados. Un protestante ortodoxo solo tiene que marcar en su confesión y catequismo aquellas doctrinas que no son sujetas a una controversia entre Roma y nosotros, para percibir que lo que tenemos en común con Roma, concierne precisamente aquellos fundamentos de nuestro credo cristiano que ahora son más ferozmente atacados por el espíritu moderno. Sin duda, en cuanto a la jerarquía eclesiástica, la naturaleza del hombre antes y después de la caída, la justificación, la misa, la invocación de santos y ángeles, la adoración de imágenes, el purgatorio, y muchos otros asuntos, somos tan inalterablemente opuestos a Roma como nuestros padres. ¿Pero no demuestra la literatura actual que estos no son los puntos en los cuales se concentra la lucha de la época? ¿No son estas las líneas de batalla ahora: el teísmo en contra del panteísmo; el pecado en contra de la imperfección, el Cristo divino de Dios en contra de Jesús solo hombre; la cruz como sacrificio de reconciliación en contra de la cruz como un símbolo del martirio; la Biblia dada por inspiración de Dios en contra de un producto puramente humano; los Diez Mandamientos como ordenados por Dios en contra de un mero documento arqueológico; las ordenanzas de Dios absolutamente establecidas en contra de una ley y moralidad cambiante, inventada en la conciencia subjetiva del hombre? Ahora, en este conflicto Roma no es un antagonista, sino está de nuestro lado, en cuanto reconoce también la Trinidad, la Deidad de Cristo, la Cruz como sacrificio expiatorio, las Escrituras como Palabra de Dios, y los Diez Mandamientos como una regla para la vida divinamente impuesta. Por tanto, déjenme preguntar: Si los teólogos romanistas levantan la espada para pelear valientemente contra la misma tendencia que nosotros intentamos combatir a muerte, ¿no sería sabio aceptar la ayuda preciosa de su elucidación? Calvino por lo menos estaba acostumbrado a apelar a Tomás Aquino. Y yo por mi parte no me avergüenzo de confesar que en muchos puntos, mi perspectiva fue clarificada por mis estudios de los teólogos romanistas.

Pero esto no significa en lo más mínimo que pongamos nuestra esperanza para el futuro en los esfuerzos de Roma, y que perezosamente esperemos la victoria de Roma. Un panorama rápido de la situación nos convencerá de lo contrario. Empezando con nuestro propio continente, ¿puede Sudamérica tan solo por un

momento soportar la comparación con el Norte? Ahora, en América Central y en Sudamérica domina la iglesia católica romana. Tiene un control exclusivo en su territorio; el protestantismo ni siquiera se toma en cuenta. Entonces, aquí hay un campo inmenso donde Roma puede ejercer libremente todo el poder social y político que puede ofrecer para la regeneración de nuestra raza; un campo, además, donde Roma no ha llegado recientemente, sino que lo ha ocupado por casi tres siglos. El desarrollo de la juventud del organismo social de estas naciones estuvo bajo su influencia; ella permaneció en control también de su vida intelectual y espiritual desde su liberación de España y Portugal. Además, la población de estos estados se deriva de aquellos países europeos que siempre estaban bajo el señorío indiscutible de Roma. Entonces, la comparación es tan completa y tan justa como fuera posible. Pero en vano buscamos en aquellos estados romanistas de América una vida que se levante, que desarrolle energía, y que ejerza una influencia saludable en el exterior. Financieramente son débiles, poco progresivos en sus condiciones económicas. En su vida política presentan el triste espectáculo de peleas internas interminables. Y si uno quisiera diseñar un cuadro ideal del futuro del mundo, casi podría hacerlo imaginándose lo contrario de toda la situación actual en Sudamérica. Tampoco podemos excusar a Roma con que esto se debe a circunstancias excepcionales. Este atraso político lo encontramos no solamente en Chile, sino igualmente en Perú, Brasil, y la República Venezolana. Cuando cruzamos del Nuevo al Antiguo Mundo, llegamos a la misma conclusión en Europa: Todos los estados protestantes tienen un alto crédito, pero los países del sur que son católicos romanos, están dolorosamente atrasados. Los asuntos económicos y administrativos en España y Portugal, y no menos en Italia, son causas de quejas continuas. El poder y la influencia externa de estos estados está disminuyendo visiblemente. Y lo que desanima aun más, la infidelidad y el espíritu revolucionario han hecho tantos estragos en estos países que la mitad de la población, aunque nominalmente católicos, han en realidad roto con toda religión verdadera. Esto lo podemos ver en Francia que es casi enteramente católica romana, pero que vez tras vez ha votado con mayorías abrumadoras en contra de los defensores de la religión. De hecho podemos decir que para apreciar los rasgos nobles y llenos de energía del romanista, tenemos que observarlos no en sus propios países, sino en el norte de la Alemania protestante, en la Holanda protestante, en Inglaterra, y en vuestros propios Estados Unidos protestantes. En las regiones donde ellos no pueden controlar la situación, y se ajustan a la política de otros y concentran sus fuerzas como un partido de la oposición, allí excitan nuestra admiración como defensores entusiastas de su causa.

Pero aun aparte de este testimonio de pobreza que Roma misma provee por medio de su mala administración en Sudamérica y el sur de Europa, donde tiene todo el poder; aun en la competencia entre las naciones su poder e influencia están disminuyendo. El poder en Europa está pasando gradualmente a las manos de Rusia, Alemania e Inglaterra, todos ellos países no romanistas. En vuestro propio continente, el norte protestante tiene el dominio. Desde 1866, Austria ha retrocedido continuamente, y después de la muerte del emperador actual se verá amenazada con su disolución. Italia intentó vivir más allá de sus recursos; se esforzó para ser un poder grande, colonial y naval; y como resultado llegó al borde de la ruina económica. España y Portugal perdieron absolutamente toda influencia en el desarrollo social, intelectual y político de Europa. Y Francia, que hace tan solo cincuenta años hizo temblar a todo Europa ante su espada, está ahora ella misma angustiada por su futuro. Aun desde el punto de vista estadístico, el poder de Roma está disminuyendo. La depresión económica y moral hizo disminuir considerablemente la tasa de natalidad en varios países romanistas. Mientras en Rusia, Alemania, Inglaterra y los Estados Unidos la población crece, en algunos países romanistas se detuvo. Al presente, apenas la mitad de todos los cristianos pertenecen a la iglesia católica romana, y podemos predecir que dentro del próximo medio siglo su porción será menos de cuarenta por ciento. Entonces, a pesar de que estoy valorando el poder inherente de la unidad y erudición católico romana para la defensa de mucho de lo que es sagrado para nosotros también, sin embargo no hay ningún indicio de que el dominio político vuelva a pasar a las manos de Roma. Y aun si esto sucediera, ¿quién podría alegrarse de ello, al ver las condiciones actuales en el sur de Europa y en Sudamérica reproducirse en otros países?

Podemos decirlo de manera aun más fuerte: esto sería un paso hacia atrás en la historia. La cosmovisión de Roma representa una etapa anterior y por tanto inferior en el desarrollo de la historia humana. El protestantismo le siguió, y por tanto ocupa un nivel espiritual superior. Aquel que no quiere retroceder, sino busca las cosas superiores, entonces tiene que adherirse a la cosmovisión protestante, o, si esto es imaginable, apuntar a un punto de vista aun más elevado. Esto es exactamente lo que la filosofía moderna actual pretende hacer, al reconocer a Lutero como un gran hombre para su tiempo, pero exaltando a Kant y Darwin como los apóstoles de un evangelio aun más rico. Pero esto no debe detenernos. Pues nuestra propia época, tan grande en inventos, en poderes de la mente y de energía, no nos hizo avanzar ni un solo paso en el establecimiento de principios, no

nos ha dado de ninguna manera una vista superior de la vida, ni nos dio más estabilidad ni un mejor fundamento en nuestra existencia religiosa y ética. En el lugar de la fe sólida de la Reforma puso hipótesis cambiantes, y cuando se esforzó por una cosmovisión sistematizada y estrictamente lógica, entonces no procedió hacia adelante sino hacia atrás, a aquella sabiduría pagana de los tiempos pre-cristianos, de la cual Pablo dijo que Dios la avergonzó por la locura de la cruz. Entonces, que nadie diga: "Ustedes que protestan contra un regreso a Roma, porque la historia no retrocede, ustedes mismos no tienen el derecho de defender el protestantismo, porque después del protestantismo vino el modernismo." Esta objeción tenemos que negar como impertinente, mientras no se pueda refutar mi declaración de que el avance material de nuestro siglo no tiene nada en común con un avance en cuanto a los principios éticos, y que lo que el modernismo nos ofrece no es moderno, sino muy antiguo y anterior al protestantismo, derivado de la Stoa y de Epicuro.

Entonces, solo en la línea del protestantismo podemos avanzar, y de hecho se busca la salvación en esta línea al presente, de parte de dos tendencias diferentes, que ambas tienen que llevar la decepción amarga. La primera es práctica, la otra mística. La primera, la práctica, sin esperanza de una defensa contra el criticismo moderno, sostiene que los cristianos solo pueden apoyarse en toda clase de obras cristianas. Sus devotos están inciertos en cuanto a la actitud que deben asumir frente a las Escrituras; están enajenados de la doctrina; pero esto no les impide sacrificar su persona y su oro para la causa de la filantropía, el evangelismo, y las misiones. Así tienen una triple ventaja: se unen cristianos de todos los matices de opinión; se alivia mucha miseria; y tiene una atracción conciliatoria para el mundo no cristiano. Esta propaganda por medio de la acción es digna de ser alabada. En el siglo pasado, la actividad cristiana estaba demasiado limitada; y un cristianismo que no comprueba su valor en la práctica, degenera en un escolasticismo seco y palabras vanas. Pero sería equivocado suponer que el cristianismo pueda limitarse a esta manifestación práctica. Nuestro Salvador sanó a los enfermos y alimentó a los hambrientos, pero lo más importante en Su ministerio era que Él, en estricta lealtad a las Escrituras del Antiguo Testamento, proclamó Su propia Divinidad y Su ministerio de Mediador, la expiación de los pecados por Su sangre, y Su venida para el juicio. La Iglesia de Cristo nunca confesó un dogma central que no hubiera sido la definición intelectual de lo que Cristo proclamó acerca de Su propia misión hacia el mundo; y acerca del mundo al cual Él fue enviado. Él sanó el cuerpo enfermo, pero más

todavía vendó nuestras heridas espirituales. Él nos rescató del paganismo y del judaísmo, y nos trasladó a un mundo completamente nuevo de convicciones en el cual El mismo, como Mesías ordenado por Dios, constituye el centro. Además, en lo que concierne nuestra disputa contra Roma, no perdamos de la vista el hecho de que Roma siempre nos sobrepasa en cuanto a las obras cristianas y la devoción. Sí, admitamos que incluso el mundo incrédulo empieza a competir con nosotros, y que en las obras de filantropía intenta más y más adelantarse a nosotros. En las misiones, por cierto, la incredulidad no sigue en nuestras huellas; pero ¿cómo podemos continuar haciendo misiones mientras no tenemos un Evangelio bien definido a predicar? ¿O es posible imaginarse algo más monstruoso que los así llamados misioneros liberales que predicán solo humanidad y piedad descolorida, y reciben de parte de los sabios paganos la respuesta de que ellos mismos, en sus círculos civilizados, nunca pensaron o enseñaron otra cosa que este mismo humanismo moderno?

¿Tiene quizás la otra tendencia, la mística, un poder de defensa más fuerte? ¿Cuál pensador o historiador afirmaría esto? Sin duda, el misticismo irradia un fervor que calienta el corazón; y ay del gigante del dogma y del héroe de la acción, que es extraño a su profundidad y ternura. Dios creó la mano, la cabeza y el corazón; la mano para la acción, la cabeza para el mundo, y el corazón para el misticismo. Rey en la acción, profeta en la profesión, y sacerdote en el corazón, así debe el hombre presentarse en este triple oficio ante Dios, y un cristianismo que descuida el elemento místico, se vuelve frígido y se congela. Por tanto, debemos considerarnos afortunados cuando un ambiente místico nos envuelve y nos hace respirar el aire suave de la primavera. Por medio de ello, la vida se hace más auténtica, más profunda y más rica. Pero sería un triste error suponer que el misticismo por sí mismo pueda lograr un revés en el espíritu de la época. No Bernardo de Clairvaux sino Tomás Aquino, no Tomás a Kempis sino Lutero, gobernaron los espíritus de los hombres. El misticismo, por su misma naturaleza, se aísla y evita el contacto con el mundo exterior. Su fuerza está en la vida del alma, y esto no es suficiente para asumir una posición ofensiva. El misticismo fluye en un lecho subterráneo y no muestra líneas bien demarcadas por encima del suelo. Lo que es peor, la historia demuestra que todo misticismo unilateral se volvió mórbido, y que finalmente degeneró en un misticismo de la carne, asombrando al mundo con su infamia moral.

Entonces, aunque me alegro del avivamiento tanto de la tendencia práctica como de la mística, ambas resultarán en pérdida en vez de ganancia, si se espera de ellas que superen el abandono de la

Verdad de la Salvación. El misticismo es dulce, y las obras cristianas son preciosas, pero la semilla de la iglesia, tanto en el nacimiento del cristianismo como en la época de la Reforma, fue la sangre de los mártires; y nuestros santos mártires derramaron su sangre no por el misticismo ni por proyectos filantrópicos, sino por sus convicciones en cuanto a la aceptación de la verdad y el rechazo del error. Vivir con conciencia es la prerrogativa divina del hombre, y solo de la visión clara, no oscurecida de la conciencia procede la palabra poderosa que puede hacer que los tiempos cambien su rumbo, y que puede causar una revolución en el espíritu del mundo. Entonces se engañan a sí mismos si estos cristianos prácticos y místicos creen que puedan seguir adelante sin una cosmovisión cristiana propia. Nadie puede avanzar sin ello. Cualquiera que piensa que puede abandonar las verdades cristianas, y poner de un lado el catequismo de la Reforma, sin darse cuenta prestará su oído a las hipótesis de la cosmovisión moderna, y sin saber cuan lejos ya se ha desviado, jurará por el catequismo de Rousseau y de Darwin.

Por tanto, no nos quedemos en medio camino. Tan cierto como cada planta tiene una raíz, un principio está escondido debajo de cada manifestación de la vida. Estos principios son interconectados y tienen su raíz común en un principio fundamental; y de este principio fundamental se desarrolla sistemática y lógicamente el complejo entero de ideas y conceptos gobernantes que constituyen nuestra cosmovisión. Con una tal cosmovisión coherente, descansando firmemente sobre su principio y consistente en su estructura espléndida, el modernismo ahora se enfrenta al cristianismo; y contra este peligro mortal, Uds. los cristianos no pueden defender exitosamente vuestro santuario, excepto colocando en oposición contra todo esto, una cosmovisión propia, fundamentada con igual firmeza sobre la base de vuestro propio principio, elaborada con la misma claridad y brillando en una consistencia igualmente lógica. Ahora, esto no se consigue ni con obras cristianas ni con misticismo, sino solamente regresando, con el corazón lleno del calor místico y con nuestra fe personal manifestada en fruto abundante, regresando a aquel punto del cambio histórico que se alcanzó en la Reforma; y esto es equivalente a un regreso al calvinismo. Aquí no hay otra alternativa. El socinianismo murió una muerte sin gloria; el anabaptismo pereció en orgías revolucionarias. Lutero nunca elaboró completamente su pensamiento fundamental. Y el protestantismo en un sentido general, sin diferenciar más, o es un concepto puramente negativo sin contenido, o un nombre camaleónico que les gusta adoptar como escudo a aquellos que niegan al Dios-Hombre. Solo del calvinismo se puede decir que

siguió de manera consistente y lógica las líneas de la Reforma, que estableció no solo iglesias sino también estados, que puso su sello sobre la vida social y pública, y que así, en el pleno sentido de la palabra, creó para la vida humana entera un mundo de pensamiento enteramente propio.

Estoy convencido que después de lo que dijo en mi primera exposición, nadie me acusará de subestimar el luteranismo. Sin embargo, el emperador actual de Alemania proveyó no menos de tres veces un ejemplo de los malignos efectos posteriores de los errores aparentemente pequeños de Lutero. Lutero se desvió al reconocer al soberano del país como la cabeza de la iglesia establecida, ¿y qué es lo que hemos testificado ahora, como resultado de ello, de parte del emperador excéntrico de Alemania? Primero, que Stocker, el campeón de la democracia cristiana, fue despedido de su corte, solo porque este defensor audaz de la libertad de las iglesias había expresado el deseo de que el emperador abdique de su sumo episcopado. Después, al viajar los escuadrones alemanes a China, le instruyó al príncipe Enrique de Rusia que lleve al Lejano Oriente, no el Evangelio cristiano, sino el "evangelio imperial". Y más recientemente, él exhortó a sus sujetos leales que sean fieles en sus deberes, porque después de su muerte iban a presentarse ante Dios y ... ¿Su Cristo? ... No; sino ante Dios ... y el gran Emperador. Y finalmente, en el banquete de Porta Westfalia, que Alemania tenía que continuar su labor bajo la bendición de la paz, como es concedido por la mano extendida del gran Emperador que aquí está parado por encima de nosotros. Cada vez una intrusión más audaz del cesarismo en la esencia de la religión cristiana. Como Uds. ven, estas no son trivialidades; esto toca principios de aplicación mundial, por los cuales nuestros padres en la época de la Reforma pelearon sus grandes batallas. Para colocar en defensa del cristianismo un principio en contra del otro principio, una cosmovisión en contra de la otra cosmovisión, es obvio para un protestante verdadero que solo el principio calvinista provee un fundamento sobre el cual se puede edificar

Entonces, ¿qué entendemos con este regreso al calvinismo? ¿Estoy diciendo que todos los protestantes creyentes deben firmar tan pronto como posible las confesiones reformadas, y que toda la multiformidad eclesiástica sea absorbida en la unidad de la organización de la iglesia Reformada? Estoy muy lejos de entretener un deseo tan crudo, tan ignorante, tan en contra de la historia. (...) Ante todo, ningún estándar reformado, ni aun el más puro, es infalible como la Palabra de Dios. Y después, la confesión calvinista es tan profundamente religiosa, tan

altamente espiritual que excepto en períodos de conmoción religiosa profunda, las grandes masas nunca la entenderán, sino solo un círculo relativamente pequeño. Además, nuestra parcialidad innata siempre llevará necesariamente a la manifestación de la Iglesia de Cristo en muchas formas. Y por fin, la absorción a gran escala de miembros de iglesias por una iglesia diferente puede suceder solamente en momento críticos de la historia. En la vida ordinaria, ochenta por ciento de la población cristiana mueren en la iglesia en la cual nacieron y fueron bautizados. Además, una tal identificación de mi programa con la absorción de una iglesia por otra estaría en contra de la entera tendencia de mi argumento. Les encomendé el calvinismo histórico, no eclesiásticamente limitado a un círculo estrecho, sino como un fenómeno de significado universal. Por tanto, lo que pido puede reducirse a los siguientes cuatro puntos:

(1) que el calvinismo ya no sea ignorado donde sigue existiendo, sino que sea fortalecido donde su existencia continúa.

(2) que el calvinismo sea nuevamente una materia de estudio, para que el mundo exterior llegue a conocerlo.

(3) que sus principios sean nuevamente desarrollados de acuerdo con las necesidades de nuestro tiempo, y que sean aplicados de manera consistente a las varias áreas de la vida,

y (4) que las iglesias que siguen confesando el calvinismo, que ya no se avergüencen de su propia confesión.

Primero, entonces, que el calvinismo ya no sea ignorado donde sigue existiendo, sino que sea fortalecido donde sus influencias históricas siguen siendo manifiestas. Señalar en detalle las huellas que el calvinismo dejó tras sí en la vida social y política, científica y estética, demandaría un estudio más amplio de lo que se puede hacer en una exposición rápida. Permítanme, entonces, al hablar a una audiencia americana, señalar un solo rasgo de vuestra propia vida política. Ya observé en mi tercera exposición como en el preámbulo de más de una de vuestras Constituciones, mientras asume una posición decididamente democrática, sin embargo no se tomó el punto de vista ateísta de la Revolución Francesa, sino la confesión calvinista de la soberanía suprema de Dios, como fundamento; a veces incluso repitiendo literalmente las palabras de Calvino. No se encuentra entre Uds. ni una huella de este anti-clericalismo cínico que fue identificado como la misma esencia de la democracia revolucionaria en Francia y en otros lugares. Y cuando vuestro presidente proclama un día nacional de acción de gracias, o

cuando las cámaras del Congreso reunidas en Washington se abren con oración, esta es una evidencia de que por la democracia americana sigue corriendo una vena que se originó con los Padres Peregrinos y sigue ejerciendo su poder hasta el presente. Aun vuestro sistema escolar común, en cuanto es bendecido con la lectura de las Escrituras y la oración de apertura, señala, aunque con una distinción disminuyente, hacia el mismo origen calvinista. De manera similar, en vuestra educación universitaria que surge en su mayoría desde la iniciativa individual; en el carácter descentralizado y autónomo de vuestros gobiernos locales; en vuestra observancia estricta pero no nomista del Día de Reposo; en la estima que tiene la mujer entre Uds, sin caer en la deificación parisiense de su sexo; en vuestro sentido de hogar; en la cercanía de vuestros lazos familiares; en vuestro campeonato de oratoria libre, y en vuestra consideración ilimitada por la libertad de la conciencia; en todo esto, vuestra democracia cristiana está en oposición directa contra la democracia de la Revolución Francesa.

(N.d.Tr.): Note como los Estados Unidos han pasado por unos cambios enormes durante el siglo XX: Hace cien años, Kuyper todavía encontró un Congreso y un sistema escolar que se ponían bajo la bendición de Dios y la lectura de las Escrituras. Hoy en día, ¡la oración y la lectura Bíblica son prohibidos en las escuelas públicas de los Estados Unidos!

Históricamente también se puede demostrar que Uds. deben esto al calvinismo y solo al calvinismo. Pero, he aquí, mientras Uds. están así gozando de los frutos del calvinismo, y mientras incluso más allá de vuestras fronteras el sistema constitucional de gobierno, un resultado de la lucha calvinista, levanta el honor nacional, se dice en el extranjero que todo esto ha de ser considerado como una bendición del humanismo, y apenas uno piensa todavía en honrar en ello los efectos posteriores del calvinismo, del cual se considera que lleva una vida secreta solo en algunos círculos dogmáticamente petrificados. Lo que exijo, entonces, y lo exijo con derecho histórico, es que termine esta ignorancia malagradecida del calvinismo; que la influencia que ejerció reciba nuevamente nuestra atención mientras sigue siendo inscrita sobre la vida real de nuestros días; y que allá donde hombres de un espíritu muy diferente quieren a escondidas desviar la corriente de la vida hacia un lecho revolucionario francés o panteísta alemán, que Uds. por este lado de las aguas y nosotros por nuestro lado nos opongamos con todas nuestras fuerzas a tales falsificaciones de los principios históricos de nuestra vida.

Para que podamos hacer esto, yo defiendo, en segundo lugar, un estudio histórico de los principios del calvinismo. No hay amor sin conocimiento; y el calvinismo perdió su lugar en los corazones de la gente. Se le defiende solamente desde un punto de vista teológico, y aun esto de manera muy unilateral. La causa de ello señalé en una exposición anterior. Desde que surgió el calvinismo, no desde un sistema abstracto sino de la misma vida, en el siglo de su florecimiento, nunca fue presentado entero y sistemáticamente. El árbol floreció y dio su fruto, pero sin que alguien hubiera hecho un estudio botánico de su naturaleza y crecimiento. El calvinismo, al levantarse, actuó más de lo que argumentó. Pero ahora ya no debemos postergar más este estudio. Tanto la biografía como la biología del calvinismo tienen que ser investigadas a fondo y elaboradas. Sino, por falta de conocimiento de nosotros mismos, seremos desviados a un mundo de ideas más ajenas que cercanas de la vida de nuestra democracia cristiana, y seremos cortados de la raíz sobre la cual florecíamos una vez tan vigorosamente.

Solo por medio de un tal estudio será posible lo que mencioné en tercer lugar: el desarrollo de los principios del calvinismo según las necesidades de nuestra conciencia moderna, y su aplicación a cada área de la vida. No estoy excluyendo la teología de ello; pues la teología también ejerce su influencia sobre la vida en todas sus ramificaciones; y por tanto es triste ver como aun la teología de las iglesias reformadas cayó en tantos países bajo el señorío de sistemas totalmente ajenos. Pero, de toda manera, la teología es solo una de las muchas ciencias que exigen un tratamiento calvinista. La filosofía, la sicología, la estética, el derecho, las ciencias sociales, la literatura, y aun las ciencias médicas y naturales, cada una de ellas, cuando son comprendidas filosóficamente, se remontan a principios; y necesariamente tenemos que hacer la pregunta con mucho más seriedad, si los principios ontológicos y antropológicos que dominan en el método presente de estas ciencias, están de acuerdo con los principios del calvinismo o lo contradicen.

Finalmente, añadiré a estas tres exigencias - históricamente justificadas como me parece - una cuarta, que aquellas iglesias que dicen profesar la fe reformada, dejen de avergonzarse de esta confesión. Uds. han escuchado cuan ancho es mi concepto y cuan amplio mi punto de vista, aun en cuanto a la vida eclesiástica. Solo en un desarrollo libre veo la salvación de esta vida eclesiástica. Yo exalto la multiformidad y la considero una etapa

superior del desarrollo. Aun para la iglesia con la confesión más pura, no renunciaría a la ayuda de las otras iglesias, para que su parcialidad inevitable sea complementada. Pero siempre me indignó ver una iglesia o encontrarme con el ministro de una iglesia, que tiene su bandera enrollada o escondida debajo de la vestimenta oficial, en vez de desplegar audazmente sus colores gloriosos. Lo que uno confiesa que es la verdad, también tiene que practicarlo en la palabra, en los hechos, y en toda la manera de vivir. Una iglesia de origen calvinista, todavía reconocible por su confesión calvinista, que no tiene la valentía ni siente el impulso de defender esta confesión contra todo el mundo, una tal iglesia no deshonor al calvinismo sino se deshonor a sí misma. Aunque la iglesia verdaderamente reformada sea pequeña en número, como iglesias siempre serán indispensables para el calvinismo; y aquí también la pequeñez de la semilla no debe ofendernos, si tan solamente esta semilla es sana e íntegra, llena de vida generativa e irreprochable.

Y así, mi última exposición llega rápidamente a su fin. Pero antes de concluir, siento que todavía una pregunta exige una respuesta: si debemos abandonar o mantener la doctrina de la elección. Para responder, permítanme contrastar con esta palabra elección una segunda palabra que difiere de ella en una sola letra: Nuestra generación recibe la palabra elección con oídos sordos, pero se entusiasma locamente por la selección. Entonces, ¿cómo formulamos el problema tremendo que está escondido detrás de estas dos palabras; y en qué aspecto difieren entre ellas las soluciones del problema que son representadas por estas dos palabras casi idénticas? - El problema tiene que ver con la pregunta fundamental: ¿Por qué existen diferencias? ¿Por qué no es todo igual? ¿Por qué existen ciertas cosas de una manera y otras cosas de otra manera? No hay vida sin diferenciación, y no hay diferenciación sin desigualdad. La percepción de diferencias es la fuente de nuestra conciencia humana, el principio causativo de todo lo que existe. Entonces, cualquier otro problema puede ser reducido a este: ¿De dónde vienen estas diferencias? ¿Por qué la existencia, la génesis y la conciencia son heterogéneas? Para decirlo de una manera concreta: Si Ud. fuera una planta, preferiría ser una rosa en vez de un hongo; si un insecto, una mariposa y no una araña; si un ave, un águila en vez de una lechuza; si un mamífero, mejor un león que una hiena; y si hombre, rico en vez de pobre, talentoso en vez de tosco, europeo en vez de africano. Entre todos ellos hay una diferenciación amplia. En todo lugar hay diferencias entre los seres vivos; y estas diferencias incluyen en casi todos los casos también una preferencia. Cuando el halcón atrapa y desmenuza la paloma, ¿de

dónde es que estas dos criaturas son así opuestas y diferentes? Esta es la pregunta suprema en el reino vegetal y animal, entre los hombres, en toda la vida social; y es por medio de la teoría de la selección que nuestra época presente intenta resolver este problema de todos los problemas. Aun en la célula individual, postula la existencia de elementos más fuertes y más débiles. Los más fuertes vencen a los más débiles, y la ganancia es atesorada en una potencia superior del ser. O si el más débil todavía mantiene su existencia, la diferencia se manifestará en el desarrollo futuro de la lucha.

Ahora, la hoja del pasto no está consciente de ello, y la araña sigue atrapando la mosca, el tigre sigue matando el venado, y la criatura más débil no se culpa a sí misma de su miseria. Pero nosotros, los humanos, somos claramente conscientes de estas diferencias. Entonces, nosotros no podemos evadir la pregunta si la teoría de la selección es una solución calculada para reconciliar al más débil con su existencia. Se reconocerá que esta teoría solo puede incitar una lucha más feroz, con un "Deja toda esperanza" para el más débil. Según el sistema de la elección, ninguna lucha puede prevalecer contra la ordenanza de fe de que el más débil sucumbirá ante el más fuerte. Entonces, la reconciliación no puede surgir de los hechos; solo puede surgir de la idea. ¿Pero cuál es la idea aquí? ¿No es esta, que donde estas diferencias han sido establecidas una vez, y aparecen seres altamente diferenciados, que esto es o el resultado de la casualidad, o la consecuencia necesaria de fuerzas naturales ciegas? Ahora, ¿creeremos que la humanidad que sufre se dejará reconciliar alguna vez con su sufrimiento por una tal solución? Sin embargo, admiro la penetración y el poder del pensamiento de los hombres que nos encomiendan esta teoría. No por su contenido; pero porque esta teoría tuvo la valentía de atacar nuevamente el problema más fundamental de todos, y por tanto alcanza la misma profundidad del pensamiento como el calvinismo.

Pues este es precisamente el significado elevado de la doctrina de la elección, que en esta doctrina, hace tres siglos, el calvinismo se atrevió a enfrentar este mismo problema que domina todo; pero no lo solucionó en el sentido de una selección ciega que remueve las células inconscientes, sino honró la elección soberana de Aquel quien creó todas las cosas visibles e invisibles. La determinación de la existencia de todas las cosas que iban a ser creadas, de lo que iba a ser camelia o trébol, ruiseñor o cuervo, ciervo o cerdo, e igualmente entre los hombres, la determinación de nuestras propias personas, si uno nace como niña o niño, rico o pobre, tonto o astuto, blanco o moreno, o incluso Abel o Caín, esta es la predestinación más

tremenda que se puede imaginar en el cielo o en la tierra. Y seguimos viendo como esto sucede ante nuestros ojos todos los días, y estamos sujetos a ello en nuestra personalidad entera; nuestra existencia entera, nuestra misma naturaleza, nuestra posición en la vida depende enteramente de ello. Esta predestinación que abarca todo, el calvinista no la coloca en las manos del hombre, ni mucho menos en las manos de una fuerza natural ciega, sino en las manos del Dios Todopoderoso, Creador y Dueño soberano del cielo y de la tierra; y es en la ilustración del alfarero y el barro que la Escritura nos expuso desde los tiempos de los profetas esta elección que domina todo. Elección en la creación, elección en la providencia, y así también elección para la vida eterna; elección en el ámbito de la gracia al igual que en el ámbito de la naturaleza. Ahora, cuando comparamos estos dos sistemas de selección y elección, ¿no demuestra la historia que la doctrina de la elección, siglo tras siglo, devolvió la paz y el consuelo a los corazones de los creyentes que sufrían; y que todos los cristianos honran como nosotros la elección tanto en la creación como en la providencia; y que el calvinismo difiere de las otras confesiones cristianas solo en este único punto, que al buscar la unidad y al colocar la gloria de Dios sobre todas las cosas, se atreve a extender al misterio de la elección a la vida espiritual, y a la esperanza de la vida por venir?

Entonces, esto es todo en lo que consiste la estrechez dogmática del calvinismo. O mejor dicho, porque los tiempos son demasiado serios para la ironía, que cada cristiano que todavía no puede abandonar sus objeciones, por lo menos se haga esta pregunta: ¿Conozco alguna otra solución de este problema mundial fundamental, que me capacite mejor para defender mi fe cristiana, en esta hora del conflicto más agudo, contra el paganismo renovado que gana fuerzas día tras día? No se olviden que el contraste fundamental fue siempre, y es, y será hasta el fin: el cristianismo en contra del paganismo, los ídolos o el Dios viviente. Así hay una verdad bien percibida en el cuadro drástico pintado por el emperador alemán, que representó al budismo como el enemigo por venir. Un velo espeso cubre el futuro; pero Cristo nos profetizó en Patmos que se acerca un último conflicto sangriento, e incluso ahora, el desarrollo gigantesco de Japón en menos de cuarenta años ha llenado a Europa con temor a las calamidades que podrían venir de parte de la hábil "raza amarilla" que forma una proporción tan grande de la familia humana. ¿Y no testificó Gordon que sus soldados chinos, con los que venció sobre los Taipins, cuando estaban bien entrenado y guiados, eran los soldados más espléndidos que él jamás comandó?

La cuestión asiática es muy seria. El problema del mundo surgió en Asia, y en Asia encontrará su solución final; y en el desarrollo tanto técnico como material, se demostró que las naciones paganas, tan pronto como despiertan y se levantan de su letargia, casi instantáneamente competen con nosotros.

Por supuesto, este peligro sería mucho menos amenazante si los cristianos, tanto en el Mundo Antiguo como en el Mundo Nuevo, estuvieran unidos alrededor de la cruz, cantando alabanzas a su Rey, y dispuestos como en los días de las cruzadas a avanzar al conflicto final. ¿Pero cómo, si pensamientos paganos, aspiraciones paganas, ideales paganos están ganando terreno entre nosotros mismos, y están penetrando al mismo corazón de la nueva generación? ¿No fueron los armenios vilmente abandonados al destino de ser asesinados, porque el concepto de solidaridad cristiana se ha debilitado tanto? ¿No fueron los griegos aplastados por los turcos, mientras el estadista cristiano Gladstone, políticamente un calvinista hasta los tuétanos, que tuvo la valentía de llamar al sultán "Gran asesino", partió de nosotros? Entonces, tenemos que insistir en una determinación radical. Medidas a medias no pueden traer el resultado deseado. La superficialidad no nos preparará para el conflicto. Un principio tiene que testificar nuevamente contra un principio, una cosmovisión contra una cosmovisión, un espíritu contra un espíritu. Y aquí, que hable quien lo sabe mejor; pero yo por mi persona no conozco ninguna fortaleza más fuerte y más firme que el calvinismo, con tal que lo asumamos en su forma sana y vigorosa.

Y si Ud. contesta, medio en burla, si yo realmente soy tan ingenuo de esperar que ciertos estudios calvinistas cambien la cosmovisión de los cristianos, entonces esta es mi respuesta: El avivamiento no viene de hombres; es el privilegio de Dios, y es solo por Su voluntad soberana que el caudal de la vida religiosa suba en un siglo y baje en el siguiente. También en el mundo moral, tenemos tiempos de primavera cuando todo retoña con vida, y otra vez el frío del invierno, cuando todo río de la vida se congela y la energía religiosa es petrificada.

Nuestro período presente, sin duda está muy seco religiosamente.

Si Dios no envía Su Espíritu, no habrá ningún cambio, y temiblemente rápido será el agotamiento de las aguas. Pero recuerdan Uds. el arpa eólica, que los hombres solían colgar afuera de su ventana, para que la brisa despertase su música. Mientras no había viento, el arpa permanecía en silencio; pero también cuando había viento, mientras el arpa no estaba en su

lugar, se escuchaba el sonido del viento, pero ninguna música etérea. Ahora, que el calvinismo sea nada más que una tal arpa eólica - absolutamente sin poder, sin el espíritu vivificante de Dios - pero siempre es nuestro deber impuesto por Dios, mantener nuestra arpa, con sus cuerdas bien afinadas, lista en la ventana de la Sión santa de Dios, esperando el aliento del Espíritu.
